



**Mi**  
hermano  
y su hermano

**Håkan Lindquist**

*Mi hermano y su  
hermano (Spanish  
Edition)*

Lindquist, Håkan  
Egales (2012)

---

«La eternidad está enamorada de las obras del tiempo.»

WILLIAM BLAKE, *El matrimonio del cielo y el infierno*

*A la memoria de mi querido hermano  
Arne.  
Håkan Lindquist*

# 1

Entre el último día de tu vida y el primero de la mía transcurrieron quinientos dos días. Sin embargo, siempre has estado presente de alguna manera.

La primera imagen real que tuve de ti era la foto que estaba sobre el televisor de la sala. En ella eres un chico de trece años que se parece a mamá. Llevas el pelo negro bastante largo y bien peinado, como el de mamá. No sonríes. No me miras. Tus ojos se fijan en algo que está más allá de la cámara y de los compañeros de colegio. Tengo casi trece años y estoy ante el televisor, mirando tu fotografía. La puerta del

balcón está abierta. Los copos de nieve se cuelan en el cálido interior y serpentean en torno a tu foto antes de caer al suelo y derretirse.

—¿Quién es? —pregunto a mis padres.

—Tu hermano —responde mamá, cerrando el balcón—. Tu hermano Paul.

—Murió antes de que tú nacieras —explica papá.

Pero tengo frío y soy demasiado joven para entenderlo.

Sigo mirando tu foto. A veces, cuando estoy triste, tú también estás triste. Cuando estoy contento, me parece ver una sonrisa secreta en tus labios.

Me quedaba allí, contemplando tu foto. No podía comprender que fueses mi hermano y hubieses muerto. Era una idea demasiado abstracta para mí. Mi familia se limitaba a mis padres y a mí. Tú solo eras una idea. O, tal vez, un deseo.

Cuando me hice mayor —cuando empecé a ir al colegio—, preguntaba por ti a mis padres. Quería saber quién eras, qué habías hecho, con quién jugabas. Aunque hubieses jugado mucho, Paul, solo eras un niño cuando falleciste.

—Paul era un encanto —decía mamá con el tono de voz que utilizaba para leerme cuentos—. Era muy inteligente. Le gustaba dibujar y pintar. Todo el mundo lo quería: los profesores, los compañeros del colegio, los chicos de la calle. Todos lo adoraban. Y se pusieron muy tristes cuando murió, tristísimos.

—¿Sus compañeros fueron al funeral? —preguntaba yo.

—No, por Dios. Solo los más íntimos. Hicieron una ceremonia en el colegio, creo que el día antes del funeral, y la iglesia se llenó.

—¿Por qué murió?

—Ya lo sabes —decía mamá con paciencia—. Te lo he contado cientos de veces.

—Pero quiero que me lo cuentes una vez más, quiero oírlo —imploraba yo.

—Lo arrolló el tren y murió en el acto. Todo fue repentino.

—No —replicaba yo—. Así no. Cuéntamelo como siempre.

—A Paul le gustaba ir al bosque. Le encantaban los animales, las flores y los árboles. Siempre estaba buscando criaturillas salvajes...

—¿Encontró algún cachorrillo de zorro? —interrumpía yo.

Mi madre sonreía.

—Sí, un día que se levantó muy temprano. Stefan y yo acabábamos de despertarnos cuando Paul llegó a casa. Entró en casa riendo y gritando: «¡Levantaos! ¡Arriba!», y fue a nuestra habitación. Se sentó en la cama y nos habló de los cachorros de zorro.



—¿Cuántos años tenía entonces?

—Once o doce. Nos contó su excursión por el bosque. Estaba sentado en un viejo tronco cuando oyó una especie de quejido. Al principio se asustó, pero era muy curioso, así que se subió a una roca para ver mejor y protegerse. Y allí, debajo de la roca, vio tres cachorritos de zorro jugando ante su madriguera.

—Seguro que se puso muy contento, ¿verdad?

—Sí —respondió mi madre con cierta tristeza—. Muy contento.

—El día que murió también había ido al bosque. Por la mañana, durante el desayuno, nos dijo que saldría a dar un largo paseo. Quería encontrar algo nuevo, algo que no hubiese visto nunca. Le preparé un sándwich y un termo con bebida. Y antes de que se fuese, le recordé que llevase la brújula por si se perdía. Al otro lado de la carretera el bosque es muy extenso.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Pues... Paul hizo algo muy peligroso, algo que tú no debes hacer nunca. Recuérdalo bien. Subió a las vías del tren, y cuando apareció el tren, él tenía la mente en otra cosa. Tal vez había visto un animal o algo así. No oyó el tren, que lo atropelló y lo mató.

—¿Sufrió? —quise saber.

Mi madre negó con la cabeza.

—No creo. Fue demasiado rápido. En una cosa así no tienes tiempo para sentir dolor.

Tras una pausa continuó, aunque en tono distinto.

—Fue el 21 de julio del año antes de que tú nacieses —añadió mi madre, casi como si hablase para sí—. Por cierto, ese día el hombre pisó la luna por primera vez. Recuerdo que por la tarde estaba nerviosa, muy inquieta. Stefan se encontraba en la cocina fregando los platos. Tenía la radio

encendida y tarareaba una canción que estaba muy de moda ese verano: *Es la época del año en que el amor es más fuerte...* Sonó el timbre. Abrí la puerta y me encontré con dos policías. Me preguntaron si podían pasar.

»No entendí por qué habían venido hasta que llegamos a la cocina. “¿Le ha ocurrido algo a Paul?”, pregunté. Uno de los agentes bajó la vista, el otro asintió y dijo: “Su hijo ha sufrido un grave accidente”. Pero no comprendí bien lo que decía. La radio seguía encendida. Entonces nos dijo que Paul había muerto. Grité: “¡Apaga la puta radio!”. Y de pronto, no hubo más que silencio, un silencio espantoso, roto únicamente por los sollozos de Stefan.

Después de la historia que me contó mamá, la casa no volvió a ser la misma. Me parecía distinta, casi irreal.

Imaginad algo así: tuve un hermano que vivió aquí, en este lugar que consideramos nuestro hogar. Un hermano que se movía por toda la casa, que se reía y jugaba aquí. Un hermano que hablaba con mis padres y pasaba mucho tiempo con ellos.

Imaginadlo: tuve un hermano que vivió en la habitación que considero propia.

Cuando era pequeño cogía la foto de Paul que estaba sobre el televisor, la estudiaba a fondo, acercándola a los ojos para ver algo nuevo, algo que no hubiese visto antes. A veces llevaba la foto a mi habitación para que él la viese, para que pudiese reconocerse. Porque no solo había heredado la habitación de Paul, sino también sus muebles, sus juguetes y sus libros, e incluso parte de su ropa.

Cuando aprendí a leer y a escribir, escribía cosas sobre mi hermano en trocitos de papel. De vez en cuando aún encuentro

notitas con letras y números rudimentarios.

«De Paul a Jonas, 502 días.» O «Hay 12.048 horas entre tú y yo».

En los márgenes de mi libro de Inglés de séptimo curso escribí: «Te marchaste diecisiete meses antes».

No recuerdo todo lo que pensaba de Paul cuando era niño, solo sé que pensaba en él a menudo y que estaba muy presente. A veces nos fundíamos y nos convertíamos en una sola persona. Y me daba la impresión de que yo también había formado parte de su vida. Era como si fuese yo el que —en un sueño o en un tiempo lejano— había visto las crías de zorro junto a la madriguera aquella mañana. Era yo el que estaba demasiado ensimismado contemplando el extenso bosque del otro lado de la carretera para darme cuenta de que se me echaba encima el tren. Era yo el que había muerto. Era yo el que había vuelto a

nacer —casi resucitado— diecisiete meses después. Y sin embargo, también eras tú, Paul. Siempre.

A veces me habría gustado escribir un diario cuando era más joven, pero nunca se me ocurrió. Por eso, las pruebas escritas de la presencia de mi hermano en mí durante mi niñez solo son trocitos de papel con notas sobre el tiempo que separaba nuestras vidas.

«Cuando yo nací habían pasado 722.880 minutos...»

Cuando dejé de escribir notas sobre Paul, seguía pensando mucho en él, pero ya no lo sentía tan cercano. Era como si se hubiese desvanecido. De pronto, sucedió algo que reavivó su recuerdo.

Faltaba poco para mis vacaciones deportivas de octavo curso, y me había inscrito en una competición de tenis de mesa en el gimnasio del colegio, pero unos días

antes de jugar la primera partida se me rompió la raqueta.

—¡Mierda! —murmuré, mirando el mango roto—. No puedo comprar una nueva. ¡Mierda!

Cuando llegué a casa, encontré a mi padre cansado y de mal humor. Estaba en la sala leyendo una revista de pesca. Le enseñé la raqueta y le conté lo que había ocurrido.

—¡Qué torpe eres! —exclamó, irritado—. Lo rompes todo.

—No es cierto. ¿Por qué dices eso?

—Cállate. ¿No ves que estoy leyendo?

—Pero, papá —imploré, procurando no parecer desagradable—, tengo una competición en el colegio. Necesito una raqueta para jugar, ¿lo entiendes?

—Pues debiste pensarlo antes.

—¿Y cómo iba a pensarlo antes? Fue un accidente. ¿Puedo comprar otra?

—¡No!

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado cara. Si quieres una raqueta nueva, tendrás que ahorrar para ella. No pienso pagar todas tus torpezas.

Estaba a punto de rematar la conversación de mala manera cuando me llamó mi madre. Di la vuelta y fui a la cocina.

—Escucha, Jonas —dijo en tono sereno—, no pasa nada. Espera un poco.

—¿A qué? —pregunté de mal humor.

—Hay una o dos raquetas en el trastero —respondió, abrazándome—. Con un poco de suerte, te servirán para jugar. Al menos puedes usarlas hasta que tengas una nueva.

—¿En el trastero? ¿De quién son?

Cogió la llave del trastero colgada detrás de la puerta de la cocina.

—Eran de Paul —dijo—. Se le daba bien. Daniel y él jugaban a menudo. Daniel tenía una mesa en el sótano de su casa.



—¿Daniel tiene una mesa de tenis? No lo sabía.

—Bueno, antes la tenía. No sé si la sigue teniendo. De todas formas, ahora no podría utilizarla, ¿no crees?

—¿Y por qué no?

Mi madre se rio y me miró con expresión interrogante.

—Pero ¿qué te ocurre, Jonas? ¿Acaso no te has dado cuenta de que Daniel lleva dos o tres años caminando con un bastón?

Me puse colorado e hice un gesto negativo con la cabeza.

—Ni siquiera lo había pensado.

Daniel era uno de los mejores amigos de mi madre desde siempre. Me cuidaba cuando yo era pequeño. Me sorprendió mucho cuando empezó a caminar con bastón. Era un año menor que mi madre, pero parecía aún más joven. Y lo que más me sorprendió fue el motivo de su invalidez. Mi padre, que a veces se hartaba de la

intimidación que mi madre y yo teníamos con Daniel, me contó que el consumo de alcohol había destruido los vasos sanguíneos de las piernas de Daniel y que por eso necesitaba un bastón para caminar. «Es realmente patético», había dicho mi padre. Y mi madre, con su visión más humana de la gente en general y de Daniel en particular, no pudo explicarlo de otra manera, aunque utilizó otras palabras. La bebida *había* destrozado las piernas de Daniel, obligándolo a valerse de un bastón antes de cumplir los cincuenta.

—Te enseñaré las raquetas —dijo mi madre, pero rectificó enseguida—: No, no puedo. Voy a ver a Else. Son casi las tres. Tendrás que buscarlas tú solo. Creo que están en la maleta burdeos. Te ayudaré cuando vuelva si aún no las has encontrado.

Abrí la puerta del altillo de los trasteros. Nunca había estado allí solo. Encontré el interruptor de la luz y entré en el pasillo con trasteros hechos de tela metálica.

El nuestro estaba lleno de esquíes, trineos, lámparas antiguas, ropa y bolsas. Detrás de un feo aparador marrón vi la maleta burdeos. Tuve que subirme al aparador para alcanzarla.

La maleta era grande y pesada. Con trabajo conseguí ponerla sobre el aparador antes de que se apagase la luz del desván. Fui a tientas hasta el interruptor, lo encendí de nuevo y abrí la maleta.

Contenía sobre todo ropa, pero había también libros y álbumes de fotos. No reconocí ningún objeto. Supuse que todo aquello había pertenecido a Paul. Me pregunté por qué no me lo habían dado a mí. Reparé en unos pantalones grises con cuadros apenas visibles y me di cuenta de que la ropa era demasiado grande para mí.

Continué rebuscando y encontré una raqueta de tenis de mesa. El forro de goma estaba reseco y se desprendió de la base de madera en cuanto cogí la raqueta. Encontré luego la otra raqueta, que parecía en mejores condiciones. La restregué con los nudillos. Sí, estaba bien. Entonces, se apagó la luz y tuve que encenderla otra vez. Cuando me disponía a guardar las cosas en la maleta, vi una cazadora en el fondo. Se trataba de una cazadora de color marrón claro y estilo vaquero. La saqué y comprobé, con sorpresa, que era de ante.

Estaba bastante tiesa, olía a mohó y tenía la manga derecha rota a la altura del codo. Pero me sentaba bien. La cogí y guardé los otros objetos. Bajé las escaleras sonriendo.

Mi madre estaba a punto de salir cuando entré en casa. Se quedó helada cuando me vio.

—¡Quítate eso inmediatamente! —gritó.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—¡Quítatelo!

Mi padre nos oyó y salió al pasillo con la revista de pesca en la mano. Al verme, se detuvo en seco.

—¡Dios mío! —murmuró. Mi madre tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Quítate la cazadora, Jonas —pidió mi padre, abrazando a mi madre.

—Pero es de mi talla —protesté—. Y es genial. Ya no hay cazadoras como esta. ¿No puedo quedármela?

Mi madre se echó a llorar. Mi padre me miró y repitió que me quitase la cazadora. Obedecí de mala gana. Mi madre se desprendió de mi padre y me arrebató la cazadora. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. Ya sé que era de Paul, pero no entiendo por qué no dejáis que me la ponga.

55/300

Mi padre, con un gesto insólito en él, se acercó a mí y me acarició la cara. Tenía la mano seca.

—Es la que llevaba... cuando murió —contestó en voz baja.

—¡Dios, qué cara tengo! —exclamó mi madre entre sollozos, secándose los ojos con el dorso de la mano. Dejó la cazadora a un lado y fue al cuarto de baño.

—Tranquilo, Jonas —dijo mi padre—. Hablaremos del asunto más tarde. Ahora será mejor que dejemos que mamá se sene o se disgustará aún más.

Cuando mi madre salió del baño, me sonrió un poco avergonzada y me acarició la mejilla. Su mano olía a jabón.

—Tengo que irme. Else me está esperando. Vuelvo dentro de un par de horas. ¡Adiós!

La puerta se cerró. Mi padre me miró sin decir nada. Y entonces me di cuenta de que parecía un chiquillo, triste e inseguro.

Acarició el ante marrón. Abrió una puerta del armario y metió la cazadora entre la ropa del estante superior. La introdujo casi a la fuerza, como si le costase mucho trabajo.

Pensé en Paul y en mis padres. Y de repente me sentí frágil y tembloroso.

Fui a mi habitación y me senté en la cama.

La muerte de Paul rondaba otra vez. *Paul* me rondaba.

Había visto la cazadora que mi hermano llevaba para pasear por el bosque. Incluso me la había probado. Era lógico que mi madre se disgustase al verme con ella puesta.

Recordé la manga rota. ¿Se había roto cuando el tren arrolló a Paul? Sí, seguramente. Pero no tenía sentido. Si llevaba la chaqueta cuando lo arrolló el tren, ¿no tendría que estar hecha trizas? ¿Cómo era posible que la persona que vestía la prenda

—mi hermano— muriese a causa de las heridas y la cazadora estuviese casi intacta, salvo un roto en la manga? ¿Y por qué no había oído el tren que se acercaba? Sin duda, la locomotora rugía y los raíles retemblaban. Paul estaba en medio de las vías. Eso me habían dicho mis padres.

¿Por qué no te apartaste, Paul? ¿En qué estabas pensando? ¿Qué viste aquel día en el bosque?

Me tumbé en la cama, casi llorando.

De pronto, oí un murmullo procedente de la sala. Me levanté y abrí la puerta con cuidado.

Era mi padre. Estaba tarareando una canción.

Apenas reconocí la melodía, pero había escuchado las palabras. Las había escuchado varias veces.

*Es la época del año en que el amor es más fuerte...*



## 2

A veces me sorprende echarte de menos. No llegué a conocerte. Pero te echo de menos. Como si te hubiese conocido. Como si te hubiese olvidado en algún momento y volviese a pensar en ti después de mucho tiempo. En ocasiones soñaba contigo. Venías a visitarme, siempre de noche. Y me contabas cosas sin hablar realmente. No sé cómo sonaba tu voz. En mis sueños manteníamos conversaciones mudas. Y siempre llevabas la cazadora de ante marrón, desde que la encontré en el trastero.

Por la noche nos sentamos en la sala los tres, mis padres y yo, a conversar.

—Tienes que perdonar que te gritase —dijo mi madre—, pero sufrí un shock cuando te vi con la cazadora. Eres tan... ahora te pareces a él, a como era él a los quince años.

—¿Me confundiste con él? —pregunté.

—No. —Mi madre sonrió—. No sois idénticos. Y tampoco creo en los fantasmas. Pero en cierto modo fue como si Paul entrase por la puerta. No era *su* cara, pero os parecéis mucho. Salta a la vista que eres su hermano. Y caminas como él. A veces tus movimientos son iguales a los suyos. Y con la cazadora puesta... esa cazadora...

Mi padre no habló. Estaba sentado junto a mi madre en el sofá, mirando por la ventana con gesto ausente mientras tamborileaba con los dedos sobre el muslo.

—Naturalmente, puedes quedarte con la cazadora si quieres —añadió mi madre—.

En realidad, necesitas una nueva. Pero será mejor que la llevemos a la tintorería.

—Tiene un roto en una manga —comenté—. Convendría arreglarlo.

Mi madre se quedó callada unos instantes. Me di cuenta de que estaba pensando en algo. Alzó la cabeza y buscó la cara de mi padre, que seguía mirando por la ventana. Entonces, se decidió.

—¿Me traes la cazadora? —dijo.

Cuando volví, mi padre apartó la vista de la ventana y se quedó mirando la cazadora en el regazo de mi madre.

—Sí, creo que podemos arreglarla —anunció mi madre, acariciando la manga.

Quise decir algo, pero no me atreví. Temía entristecerla de nuevo.

—¿Ese roto...? —comencé.

—¿Sí?

—¿Se lo hizo... cuando lo arrolló el tren?

Mi madre negó con la cabeza.

—No creo que llevase la cazadora puesta cuando ocurrió. Dijeron que la habían encontrado tirada junto a la vía.

—¿Y el roto?

—Fue anterior. Me parece que se había caído de la bicicleta.

—Sí, fue eso —dijo mi padre en voz baja.

—Pruébatela.

Dudé.

—Pruébatela, Jonas —repitió mi madre.

Me la puse muy despacio.

—Sí, es muy bonita —afirmó mi madre—. Daniel se la regaló cuando cumplió trece años. ¿O fue cuando cumplió catorce?

Mi madre se fijó en mis ojos húmedos.

—Ven —dijo—. Ven aquí, Jonas. Siéntate con nosotros.

Me senté entre mis padres y ya no pude reprimir las lágrimas.

—Eh, ¿qué es eso? —preguntó mi madre—. No llores. No has tenido la culpa de que me disgustase.

—Sí, ya lo sé. —Sollocé—. Pero... Ojalá pudiese verlo. Habláis de él y me contáis cosas, pero hay muchos detalles que nunca sabré. Me habría gustado ser su hermano pequeño de verdad. Me enseñaría la madriguera del zorro y... otras cosas. Podría... podríamos haber hecho un montón de cosas juntos.

Mi madre me acarició la cabeza, mientras mi padre me daba palmaditas en la pierna con cautela, torpemente.

—Sí —dijo mi madre—, pero es imposible. A todos nos habría gustado conocer a muchísimas personas si estuviesen vivas. Pero tenemos que conformarnos con los vivos, con los que aún viven. Yo también lo echo mucho de menos. Aunque lo vi todos los días durante más de quince años y aunque lleva muerto tantos años como vivió; y sin embargo, lo sigo echando de menos. A veces me dan ganas de llorar. Como si... como si la pena se debilitase, se

extinguiese, solo para herirme de nuevo, con más crueldad. Como algo vivo. Y nunca estoy preparada. La pena se apodera totalmente de mí y es tan demoledora como cuando ocurrió todo.

»Puedes pensar en Paul o soñar con él todo lo que quieras, pero nunca lo conocerás. A menos que exista el cielo, claro. En ese caso, sí. Y Stefan y yo también lo veremos allí.

—No deberías sufrir —dijo mi padre en tono amable—. No dejes que la tristeza te domine. Si lo haces, es peor.

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué no saltó y se apartó? ¿Cómo es posible que no oyese el tren? Sigo sin entenderlo.

Mi madre respiró a fondo.

—Jonas, yo tampoco lo entiendo. Y le he dado muchas vueltas. Pero Paul era un soñador. Se pasaba horas mirando por la ventana sin ver nada. Supongo que estaba soñando, pensando o algo así. Tenía que

llamarlo varias veces para que se enterase. No lo sé, pero tal vez fue eso lo que ocurrió. Quizá estaba allí, en medio de las vías, pensando en algo o soñando con algo, y no oyó el tren. No estoy segura, pero es lo único que se me ocurre.

—¿Y con qué soñaba?

—No lo sé —respondió mi madre, sonriendo—. Tal vez pensaba en alguna chica que había conocido. ¿En qué piensas tú?

\* \* \*

Esa noche soñé con mi hermano.

*Paul estaba sentado ante mi mesa. Llevaba la cazadora de ante marrón. A su lado, colgada en una silla, estaba la misma cazadora, pero era mía. Paul me sonrió cuando lo miré. Detrás del él la ventana era negra como el carbón.*

—Hola, Jonas —dijo.

—Hola, Paul.

—¿Sueñas conmigo?

—Sí —respondí—. Muchas veces.

—¿Y ahora también? —preguntó Paul.

—Sí, creo que sí.

Se rio y se reclinó en la silla.

Me incorporé en la cama, rodeando las rodillas con los brazos.

Paul se agarró al tablero de la mesa, rozando las pantorrillas con las manos, y se reclinó aún más.

—¡Cuidado! —grité—. ¡Te vas a caer!

Se limitó a reír.

—No me caeré —dijo, inclinándose hacia el suelo.

Pero no se cayó, sino que se estiró de tal forma que casi tocaba el techo con las manos. Durante un momento permaneció inmóvil, flotando tranquilamente entre el suelo y el techo. Y de repente, apareció junto a mi cama.

Se inclinó sobre mí y sonrió.

—Hermanito —dijo.



*Extendí la mano para tocarlo, pero cuando mis dedos se acercaron a él, ya no estaba allí.*

*Se encontraba delante de la ventana.*

*—¿Con qué soñabas cuando estabas en las vías del tren? —pregunté.*

*Paul se volvió y me miró. A continuación, soltó una carcajada y abrió la ventana de par en par. Un intenso frío se coló en la habitación, y me envolví en la manta.*

*—¿Con qué soñabas? —grité, procurando hacerme oír por encima del rugido del viento.*

*—¡Con mariposas! —respondió Paul.*

*Y la ventana abierta se llenó de brillantes mariposas plateadas que se amontonaban en mi habitación entre destellos. Traté inútilmente de divisar a mi hermano en medio de aquellos miles de alas.*

*Y entonces, me desperté.*

Al otro lado de la ventana reinaba la oscuridad total, como en mi sueño. Vi el cuello de su cazadora, mi cazadora, colgada en el respaldo de la silla. Pero Paul no estaba.

Encendí la lámpara de la mesilla, me levanté y cogí la chaqueta. Estaba fría y tiesa. Tras ahuecar las almohadas, la llevé a la cama.

Miré la chaqueta. La olí. Pero solo olía a ante. No había rastro de Paul.

La examiné a fondo. Los botones brillaban bajo la luz con un destello de latón. Y percibí las letras grabadas en uno de los botones: *Lee*. Las costuras eran amarillas. Deslicé el dedo sobre la botonadura y en torno a los dos bolsillos del pecho.

¡Los bolsillos!

Abrí el primero. Había algo en el fondo. Lo saqué. Era el envoltorio de un chicle de una marca que no había visto nunca. El

papel arrugado aún conservaba cierto olor dulce.

Abrí el segundo bolsillo. Un hormiguelo recorrió mi cuerpo cuando me di cuenta de que había un trozo de papel dentro. El papel estaba doblado, y me fijé que lo habían pegado con cinta adhesiva; el adhesivo había dejado marcas amarillentas. Lo desdoblé con cuidado.

Era una carta. Una carta escrita con tinta roja y caligrafía inclinada.

¡Hola, Princi!

No creí que respondieses a mi carta. Me puse muy contento cuando vi tu carta en el buzón. Mis padres no me quitaron ojo de encima mientras la leía durante el desayuno. Se rieron y me preguntaron si era una carta de amor, pero no me creyeron cuando se lo dije. Las vacaciones empiezan el sábado. Mis padres irán a la casa de campo, pero yo pasaré el fin de semana en casa. ¡Solo! ¿Por qué no vienes? Pídeles a tus padres que te dejen pasar la noche conmigo. Respóndeme pronto

(¡Llámame por teléfono!). Quiero que vengas porque me gustas.

P. S.

Miré el dorso de la hoja, pero estaba en blanco. La leí de nuevo. ¿Quién era Princi? ¿Por qué no había *post scriptum* ni remitente? ¿Qué hacía una carta para Princi en el bolsillo de mi hermano?

Guardé la carta en mi cofre de tesoros y colgué la chaqueta en la silla.

\* \* \*

—¿Conocéis a alguien que se llame Princi? —pregunté a mis padres en el desayuno.

—¿Princi? Suena a nombre extranjero. ¿Se pronuncia así?

—No lo sé —respondí—. Lo leí en algún lado.

—Nunca lo había oído —dijo mi madre—. ¿Estás seguro de que no se trata de una

palabra corriente? ¿Prin... príncipe o algo así?

—No —contesté—. Es un nombre de persona. Lo leí en una carta.

—Pues no sé —repitió mi madre—. Míralo en la biblioteca. Sin duda, tienen libros de nombres o enciclopedias.

—Sí, claro. Aunque me gustaría saberlo ahora, y la biblioteca no abre hasta el lunes.

—¡Llama a Daniel! —exclamó mi madre—. O vete a visitarlo. Le encantará. Pregunta por ti a menudo. Últimamente no os veis mucho.

Mi padre torció el gesto.

—¿Te parece buena idea que vaya a ver a ese hombre? —preguntó en voz baja.

En la mirada de mi madre se reflejó el enfado.

—¿A qué te refieres? —replicó—. ¿Por qué no es buena idea? Daniel está

demasiado solo. Le iría bien que Jonas fuese a verlo.

Mi padre se calló, con mala cara.

Esperé en silencio. Nunca entendí por qué mi padre se preocupaba tanto por mí. Siempre hacía lo mismo. Sobre todo, cuando se trataba de Daniel. Tal vez pensase que Daniel iba a ofrecermé alcohol. No lo sé.

—Creo que deberías ir —insistió mi madre—. Daniel se alegrará mucho.

\* \* \*

Daniel y mi madre se habían criado en la misma calle, en Oskarshamn, y se conocían desde siempre. De pequeños, estaban todo el tiempo juntos. Jugaban juntos, iban juntos al colegio, eran vecinos y se ayudaban con los deberes, aunque no estaban en el mismo curso. De mayores, iban por las noches a un pequeño club de jazz donde, por cierto, se conocieron mis padres.

En este momento, cuando yo tenía catorce años, Daniel vivía de una pensión de invalidez. Mi madre me había contado que bebía mucho desde joven y que el problema se había agravado un año antes de que yo naciese. Bebía prácticamente todos los días. «Pero siempre hizo su trabajo», puntualizaba mi madre. Mi padre soltaba un bufido y protestaba: «Ir a trabajar con resaca no es trabajar de verdad». Con eso, empezaban a discutir.

A partir de entonces Daniel empezó a tener problemas para caminar y le concedieron una pensión de invalidez. Mi padre pensó que después de eso Daniel bebería hasta matarse, pero en realidad dejó de beber.

Llamé a la puerta de Daniel.

—¡Adelante! —gritó.

Se le iluminó la cara al verme. Siempre me había tenido aprecio. Pero me pareció

notar algo más en su expresión cuando entré en la casa, una especie de sombra que desapareció enseguida.

—Hola, Jonas —saludó—. Me alegro de verte.

Se levantó del sillón y se precipitó hacia mí. Me dio una palmadita en el hombro y, luego, me acarició el pelo con cariño.

—Llevas el pelo más largo —comentó, con una sonrisa.

Miró mi cazadora.

—¿La reconoces? —pregunté.

Asintió.

—Sí, claro que la reconozco. Se la regalé a Paul cuando cumplió trece años.

—Lo sé. Papá me contó que le habías dicho: «Feliz cumpleaños, jovencito», cuando se la diste.

Daniel se rio.

—En efecto. Es cierto. Casi me había olvidado. —Se quedó callado un instante—. ¿Stefan se acuerda? Vaya, qué cosas... Oh,



no podemos quedarnos aquí. Ven. Siéntate.  
¿Te apetece un café?

—Sí —respondí, y me senté en el sofá.

—Pon un disco si quieres.

Daniel desapareció en su minúscula cocina.

Me levanté y revisé la colección de discos. La mayoría eran grabaciones de jazz de los años cuarenta y cincuenta de artistas de los que no había oído hablar en mi vida. Escogí un álbum al azar.

Daniel me llamó desde la cocina.

—Jonas, ¿me ayudas, por favor? Me temo que no estoy muy ágil...

Daniel sonrió mientras servía el café.

—Veo que eres fan de Bill Evans.

—¿Qué?

Se rio.

—Lo estás escuchando en este preciso instante.

—No tenía ni idea. Escogí un disco cualquiera.

Charlamos de cosas intrascendentes un rato hasta que me preguntó si mi visita obedecía a algún motivo concreto.

—Pues no —mentí—. Mamá me dijo que seguramente tendrías un libro sobre nombres, de esos que explican el significado de los nombres. Es que he visto un nombre que nunca había oído.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Princi.

Al principio permaneció inmutable, aspirando el humo de su cigarrillo. Luego, vi que empezaba a temblarle la mano, me miró de reojo y rápidamente desvió la vista para mirar por la ventana. Entonces, le repetí el nombre, pero pronunciándolo de otra manera.

—¿Dónde lo has visto? —preguntó.

—En un papel que encontré. Una carta, supongo.

—Una carta —murmuró Daniel.

Se quedó callado. El humo del cigarrillo ascendía formando volutas.

—¿Te suena el nombre? —insistí—. ¿Lo habías oído antes?

Me miró e hizo un gesto afirmativo.

—Sí, me suena. Pero no es un nombre.

—¿No?

—No.

Esperé a que continuase, pero no dijo nada.

—¿Qué es, entonces?

—Una palabra, solo una palabra —respondió.

—¿Una palabra? ¿Y qué significa?

—Es una palabra checa —explicó Daniel—, significa «príncipe».

—¿Príncipe?

No recuerdo si me sorprendí al principio y luego me alegré o si fue al contrario. Me sorprendió el significado de la palabra. Resultaba evidente tras desvelarlo Daniel.

Y me alegré. Tal vez alguien que llamaba Príncipe a mi hermano había escrito la carta. Podía ser una carta de mi hermano.

Daniel me miraba fijamente.

Bajé la vista.

—¿Dónde la encontraste? —preguntó.

—En el trastero —respondí en tono dubitativo.

La canción del disco terminó, y en la habitación se impuso un vibrante silencio.

Daniel sabía algo de la carta o al menos de la persona llamada Príncipe. Me sentí fatal. No debería haberle contado dónde había leído el extraño nombre. Pero ¿por qué estaba Daniel tan callado?

De nuevo sonó la música, una melodía triste de piano, acompañada poco después por una tenue percusión y un bajo.

—Mira por dónde, Jonas —comentó Daniel—, cuando crees que has olvidado cosas, los viejos recuerdos vuelven solos. Piensas que estás a salvo, que lo sucedido

ya no importa. Pero te equivocas, sí, vaya si te equivocas, porque tarde o temprano volverán. Y recuerdas. Y el pasado ya no es algo lejano, no ha desaparecido, no te deja.

Se calló con expresión serena. Miró por la ventana, y luego deslizó los ojos por la habitación sin mirar nada en concreto. Como Paul en la fotografía del colegio: presente sin estar presente.

—¿Paul era Princi? —quise saber.

Daniel asintió.

—¿Quién lo llamaba Princi?

Daniel se inclinó hacia delante y enterró la cara entre las manos. Durante un momento pensé que iba a llorar. Lo miré, aterrado. Pero se enderezó y posó la vista en mí, respirando con dificultad. Tenía los ojos enrojecidos.

—Tu hermano Paul era una de las personas más encantadoras que conocí. Me caía muy bien. Pero después de su muerte se ha convertido en un horrible fantasma. No te

miento si te digo que pienso en él todos los días.

—¿A qué te refieres con lo del horrible fantasma?

Daniel se rio entre dientes.

—Supongo que la expresión te parecerá estúpida. Naturalmente, no estoy diciendo que Paul me visite envuelto en una sábana. No. Pero me visita en sueños, en las pesadillas. Tal vez no debería decirte esto, no lo sé, pero es como si me acusase de lo que ocurrió, como si me echase la culpa. Intento que me explique por qué soy el culpable, pero no lo hace. Se limita a mirarme con aquellos ojos tan bonitos...

—¿Y por qué iba a ser culpa tuya la muerte de Paul? —pregunté—. No lo entiendo. Lo arrolló el tren porque estaba distraído pensando en otra cosa... una chica o algo así...

Daniel suspiró y me miró.

—No, Jonas. No me refiero a eso. No me echa la culpa del accidente.

—Entonces, ¿de qué?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No puedo contártelo. Ahora no.

—Pero ¿quién lo llamaba Princi? Eso sí que puedes decírmelo.

—No, no puedo porque no lo sé.

—Pero yo creí que tú...

—No lo sé, Jonas —interrumpió—. Paul estuvo aquí un día, un par de meses antes de morir, y estaba contentísimo. Eufórico. —Hizo una pausa y contempló las estanterías con libros—. Ese día le hice una foto. Te la enseñaré.

Se levantó despacio y se acercó a una estantería.

—Vamos a ver —murmuró, hojeando un álbum de fotos—. Sí, aquí, es esta.

Eras tú, Paul. Estabas sentado en una silla junto a la ventana. Llevabas la cazadora de ante. Tenías los brazos

cruzados sobre el estómago. Vi claramente el roto de la manga derecha. Sonreías. Sonreías y te brillaban los ojos. Nunca te había visto tan contento. Te brillaban los ojos y mirabas directamente a la cámara.

—Parece feliz —comenté.

—Sí, ese día estaba feliz. Por eso quise hacer la foto. Tu hermano no siempre estaba contento. Muchas veces se sentía triste, aislado.

—¿Aislado? Tenía muchos amigos, y todo el mundo lo quería.

—Sí, es cierto. Pero aun así se sentía triste y aislado. A veces ocurre aunque tengas amigos, ¿sabes?

—Sí, claro, supongo.

Miré la foto otra vez.

—¿Lo ves? —preguntó Daniel en voz baja—. ¿Te fijas en lo guapo que era? Tenía unos ojos preciosos y cuando sonreía...

—¿Qué?



—Su sonrisa era contagiosa. Encandilaba a todo el mundo, igual que cuando se reía.

—Como cuando estás enamorado.

Daniel me miró.

—Sí —admitió—, como cuando estás enamorado.

—¿Y por qué estaba tan contento ese día?

—Al parecer alguien se había encaprichado de esa sonrisa, de esos ojos. Otra persona. Ese día me lo contó. Por eso vino. Quería contarme que estaba enamorado, que había conocido a alguien. Por eso estaba tan feliz.

—Cuéntame más cosas.

—No me dijo nada más. Solo que se había enamorado. No sé dónde se conocieron ni cómo. Pero recuerdo que me dijo que irían a ver las hogueras de la Noche de las Brujas, el 30 de abril. Paul incluso compró fuegos artificiales, aunque supongo

que Sara se los quitó. Sara siempre temía que Paul se hiciese daño.

—Ya lo sé, se agobia con todo. Pero ¿a quién conoció Paul? ¿Cómo se llamaba?

Daniel tardó un poco en responder.

—No lo sé. No recuerdo que mencionase ningún nombre. Pero me comentó que esa persona lo llamaba Princi. Sonrió al decírmelo y me explicó que significaba príncipe en checo. En aquel momento pensé que el nombre le quedaba muy bien.

—¿Y no le preguntaste a quién había conocido?

—No. Pero le pregunté a Paul cómo llamaba *él* a la persona de la que se había enamorado.

—¿Y qué respondió?

Daniel sonrió.

—Ni una palabra. Se limitó a sonreír y a hacer este gesto.

Daniel puso un dedo sobre mis labios.

—¡Chiss!

—¿Y qué significaba?

—No lo sé. Supongo que no quería que lo contase.

Daniel se puso a mirar el álbum de fotos. De vez en cuando señalaba una foto y me comentaba algún detalle. Había una página distinta a las demás. Una franja negra enmarcaba cuatro fotos. Eran del funeral de mi hermano. En todas se veía el ataúd blanco.

Mis padres estaban allí, aunque solo vi a mi padre. La mujer que tenía al lado, mi madre, se cubría la cara con un velo negro.

Intenté encontrar a alguien más, a alguien que no conocía.

—¿Crees que ella está en las fotos?  
—pregunté.

—¿Quién?

—La chica de la que Paul se había enamorado.

Daniel hizo un gesto negativo.

—No, Jonas. La persona de la que Paul se había enamorado no fue al funeral.

—¿No? ¿Por qué? ¿Ya no se querían?

Daniel no respondió. Se inclinó hacia delante y encendió un cigarrillo. Insistí en mis preguntas.

—¿Cómo fue la cosa? ¿No se querían? Tal vez lo habían dejado.

—Haces demasiadas preguntas.

—Es que quiero saber —dije, intentando esquivar el humo del cigarrillo—. ¿Por qué no me lo cuentas?

Daniel se rio.

—No quiero pecar de reservado, pero a veces es mejor no contarle todo. Al menos no todo de golpe. Ya te he dicho bastante. Quizá en otra ocasión pueda decirte algo más. Cuando llegue el momento. Si aún te interesa...

—Pero ¿no puedes...?

—No, ahora no.

—Me gustaría...

Daniel suspiró.

—Jonas, por favor, no quiero contar nada más de momento. Tienes que aceptarlo así.

—De acuerdo —respondí de mala gana—, pero *me gustaría mucho* saber. Ojalá tuviese mis propios recuerdos de Paul y de lo que le ocurrió, pero no los tengo. Por eso debo preguntar a quienes lo conocieron, a los que estuvieron con él. —Hice una pausa y miré a Daniel—. ¿De verdad no puedes contarme algo más?

Daniel se acercó y me puso un dedo sobre los labios.

—¡Chiss!

### 3

Cuando llegué a casa había una nota sobre la mesa de la cocina.

¡Hola, Jonas!

Vamos de compras, y pasaremos un rato a visitar a los abuelos. Volveremos a las ocho. Hay una cazuela con sopa en el frigorífico. Caliéntala si tienes hambre.

Mamá.

Miré el reloj. Las cinco y cuarto. No, no tenía hambre.

Cogí la llave del trastero.

La maleta burdeos seguía donde la había dejado, junto a la puerta. Me embargaba

una especie de sentimiento piadoso. Aparté los pantalones de cuadros grises y el resto de la ropa y la puse encima del aparador.

Cuando se apagó la luz, encendí mi linterna. Saqué los libros de Paul. Reconocí algunos títulos porque los había pedido en la biblioteca. Separé los que no había leído.

Cogí a continuación el primer álbum de fotos. En el interior de la cubierta había algo escrito: «Este álbum de fotos pertenece a Paul Lundberg. 6 de noviembre de 1967». Reconocí la letra de mi madre.

En las primeras páginas había fotografías escolares. Examiné a la luz de la linterna las fotos en blanco y negro, buscando a mi hermano. Sonreía en la foto de su primer curso en la escuela. En las demás estaba serio. No encontré ninguna de quinto curso. Además de la foto de sexto curso, había una copia de la que estaba encima del televisor.

Pasé las páginas. En algunas fotos vi a Daniel. En una estaba en la playa, riéndose. Parecía muy joven. En otra tenía una cámara y enfocaba al fotógrafo.

Encontré fotos de Paul que no había visto nunca. En una aparecía sentado en una roca frente al mar, llevaba un bañador a cuadros y una toalla grande colgada al hombro; sonreía a la cámara.

En otra foto estaba con Daniel. Ambos sentados en la roca. Daniel se reía, mientras Paul sonreía de oreja a oreja; Daniel abrazaba a mi hermano por los hombros.

Las otras fotos que reconocí pertenecían a mis padres. Cumpleaños y navidades. Examiné las fotos del decimotercer cumpleaños de Paul. Sí, vi la cazadora de ante marrón en una foto de Paul con mi madre en la cocina. La cazadora estaba sobre la mesa, detrás de ellos. Distinguí también un cenicero, y el leve penacho de



humo de un cigarrillo encendido. Seguro que era de Daniel.

Acerqué el álbum a los ojos y estudié la cara de Paul. Se le veía feliz. Me di cuenta de que nos parecíamos. Había evidentes semejanzas. Casi como entre hermanos.

Abrí luego el otro álbum. Mi madre también había escrito el nombre en el interior de la cubierta. Y una fecha: 28 de diciembre de 1968. Tal vez fuese un regalo navideño tardío.

La primera foto era de mis padres. Nuestros padres. Estaban cogidos del brazo delante del garaje, en un extremo del patio. Se reían y miraban a la cámara. Mi padre llevaba patillas largas. A la derecha de mis padres se distinguía un viejo y polvoriento Volvo.

Pasé la página.

La foto de un chico que no conocía ocupaba la hoja entera. Era una foto en un exterior. Se veía nieve de fondo y algo

parecido a un cobertizo. El chico aparentaba catorce o quince años. Tenía el pelo negro y liso y sonreía. Llevaba un grueso abrigo oscuro bastante gastado, con los botones superiores desabrochados que dejaban al descubierto un cuello demasiado expuesto en un ambiente tan invernal. Sin embargo, no parecía tener frío. Estaba contento y los centelleantes ojos negros miraban al fotógrafo. «¡Qué guapo!», pensé. Leí el texto al pie de la foto: «Junto a la bahía. Marzo de 1969. *Petr je tady*».

—*Petr je tady?* —susurré—. ¿Y eso qué significa?

La página siguiente estaba llena de fotos en blanco y negro. La primera era tuya, Paul. En mi habitación. O tu habitación, mejor dicho. Estabas ante el escritorio, con una mano apoyada en el respaldo de la silla. El fotógrafo debía de estar en la puerta del pasillo. Lo mirabas. En tus ojos y tus labios había una sonrisa secreta como

la que veo a veces en la foto del televisor. Tienes un cuaderno en la otra mano. Parece uno de los cuadernos que utilizábamos en los primeros cursos escolares, pero más grueso.

En la segunda foto estás desnudo, alguien te ha sorprendido saliendo del baño. Tienes el pelo mojado y despeinado. En la mano derecha llevas algo que parece una toalla. La foto está un poco borrosa porque moviste la mano. Tal vez querías cubrirte delante del fotógrafo. Pareces un crío si no fuese por el vello oscuro sobre los genitales.

La tercera foto es una vista de la naturaleza, una roca junto al mar. Las olas rompen contra la roca. El viento dobla un pino solitario. En el cielo hay nubes de tormenta.

Y en la cuarta foto aparece de nuevo el chico de la foto invernal. Está agachado sobre la roca. El viento lo despeina. Mira el

mar y las olas. Tiene una mochila al lado y la sujeta con una mano.

No había texto bajo ninguna foto. Sin embargo, comprendí que estaban relacionadas. Había un hilo común que, en ese momento, solo intuí.

Decidí volver a casa. Quería estar allí cuando regresasen mis padres.

Aún no habían vuelto. El reloj de la cocina marcaba las siete menos veinte.

Fui a mi habitación y dejé los libros sobre la mesa. Me quedé con los álbumes de fotos en las manos, pensando dónde podría esconderlos. Sí, esconderlos. Tenía la impresión de haber estado fisgoneando algo prohibido y no quería que mis padres lo supiesen.

Guardé los álbumes en el fondo de mi armario y los cubrí con la ropa vieja y las cosas que se amontonan allí. Miré de nuevo la foto de Paul saliendo del baño.

Había algo raro en aquella foto. Sentí un hormigueo en el estómago. Me daba cuenta de que nos parecíamos mucho. Y quise tocarlo, tocar su cuerpo. O el mío.

Esa noche me acosté pensando en las cosas que Daniel me había contado. Comprendí que Daniel conocía algunas de las respuestas a mis preguntas. Pero no entendía por qué se resistía a contarme la historia.

Antes de acostarme, hablé con mi madre en la cocina.

—He ido a ver a Daniel —le dije.

—¿Fuiste por fin? —comentó—. ¡Qué bien! ¿Te ha ayudado?

—¿A qué?

Mi madre se rio.

—A averiguar lo del nombre, Princi, o lo que fuese aquello.

—Oh, sí, claro que me ayudó. Pero no es un nombre, sino lo que tú decías, una

simple palabra. Aunque al parecer alguien lo usaba como apodo.

—¿Qué estás tramando? —preguntó mi madre.

—¿A qué te refieres?

—Te traes algo entre manos. Se nota. Tienes la misma expresión que cuando haces un crucigrama o juegas al ajedrez. Me di cuenta en cuanto llegamos a casa. ¿Qué quieres resolver? ¿Te puedo ayudar en algo?

Dudé.

—No sé. Tal vez.

Mi madre sonrió.

—Dices que tal vez. Tal vez pueda ayudarte. ¿Cómo?

—En realidad, no lo sé —repetí—. Hablándome, quizá.

—¿Hablándote? Pero si nos pasamos el tiempo hablando. Ahora estamos hablando. A ver, ¿qué quieres saber?

—Ayer, cuando hablamos de Paul, comentaste que podía estar pensando en una chica que había conocido. ¿Sabes quién era la chica?

Mi madre hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Ni siquiera sé si había conocido a una chica.

—Pero dijiste que seguramente estaba pensando en una chica, ¿no?

—No sé en qué pensaba Paul. Fue un comentario, nada más. Paul nunca habló de ninguna chica. De ninguna en especial. Al menos que yo recuerde. No sé en qué estaba pensando. Solo fue una sugerencia. *Tal vez* estaba pensando en una chica o tal vez en otra cosa. No lo sé.

—¿Lo hacía a menudo? Me refiero a soñar despierto.

—Sí, yo diría que sí. —Hizo una pausa—. Stefan y Paul se parecían mucho en eso. Ya

sabes cómo es papá. Sí, le ocurría muchas veces.

—¿Crees que estaba triste? —pregunté—. ¿Y que por eso soñaba despierto?

—¿Triste? No, no creo que estuviese triste. ¿Por qué lo preguntas? No tenía un carácter triste, no más que tú o que yo.

Me aparté de mi madre.

—Según Daniel, Paul se ponía triste a veces.

—Daniel —susurró mi madre—... Sí, tal vez, pero en casa estaba casi siempre contento. Paul y yo hablábamos mucho. Acerca de todo. Pero cuando visitaba a Daniel... en fin...

—¿Sí?

Mi madre soltó un suspiro.

—No sé. Puede que ya lo hayas notado. Daniel no es precisamente el colmo de la felicidad. Muchas veces está apagado. Incluso se deprime. Y Paul pasaba mucho tiempo con Daniel. Tal vez a Paul le



resultaba más fácil hablar con Daniel de las cosas que lo entristecían. Quiero decir... en aquel... ambiente de la casa de Daniel. Un ambiente donde le costaba menos hablar sobre temas duros y preocupantes.

—¿Daniel se deprimía cuando eráis jóvenes? —quise saber.

—Daniel siempre tendió al desánimo. Es su carácter, supongo. Pero lo quiero mucho.

—¿Por qué está triste?

Mi madre cabeceó.

—Jonas, esto tendrás que preguntárselo a Daniel si deseas saberlo. No quiero hablar de sus sentimientos. Sería como co-tilliar, ¿no te parece?

—Sí.

Nos quedamos callados. Oímos la sintonía de una serie de televisión procedente de la sala. Miré por la ventana de la cocina y recordé mi sueño de pronto.

—¿A Paul le interesaban las mariposas?

Mi madre se rio.

—¡Oh, Jonas, nunca dejarás de sorprenderme! ¿Cómo se te ha ocurrido semejante cosa?

Sonreí, un poco avergonzado.

—Fue algo que soñé, nada más.

Mi madre me acarició la mejilla.

—Eres un encanto —comentó—, pero lamento decir que no creo que le interesasen mucho las mariposas. La verdad es que le interesaba la naturaleza en general: los mamíferos, los árboles, los pájaros, los insectos más asquerosos y las ballenas. Seguramente también las mariposas. ¿Qué soñaste?

—Soñé que Paul estaba en mi habitación. Le pregunté con que soñaba *él*. Y me respondió que soñaba con mariposas. Solo eso. Luego me desperté. No... no me desperté. La ventana se abrió de repente, y miles de mariposas entraron volando en mi habitación...

Mi madre sonrió.

—Un sueño precioso.

—¿Por qué se ponía triste Paul?

—No lo sé.

—¿Nunca lo viste triste?

—Claro que sí. Pero solo de vez en cuando. No era constante. En absoluto. Pero sí, lo vi triste algunas veces. —De pronto recordó algo—. Sí, en efecto. La última noche estaba triste. Ahora me acuerdo. Lo noté raro. Me había olvidado.

—¿Qué? ¿Por qué estaba triste?

—Había tenido una pesadilla —respondió—. Me desperté al oírlo llorar y fui a su habitación. Lo encontré llorando en sueños. No estaba despierto. Me senté en la cama y le susurré cosas para tranquilizarlo. Su nombre, supongo. Entonces, se despertó. ¡Qué triste estaba! Como un niño abandonado. Le pregunté por qué lloraba. Me dijo: «He tenido un sueño horrible».

Recuerdo que le sequé las lágrimas mientras le preguntaba qué había soñado.

Me acerqué a mi madre y la cogí de la mano.

—¿Y qué dijo?

—Dijo: «Soñé que mi castillo se quemaba». Sí, fue lo que dijo. «Soñé que mi castillo se quemaba y que todos los que estaban dentro morían.»

Mi madre se echó a llorar.

Le cogí la mano y susurré:

—Tranquila, no pasa nada. —Las arrugas de su rostro desaparecieron tras el velo de mis propias lágrimas.

Mi padre entró en la cocina.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó, agachándose a su lado.

—Nada, no ocurre nada —respondió entre sollozos—. Estaba pensando en Paul y me puse... Oh, no es nada.

Mi padre suspiró y clavó los ojos en mí.

—¿Tenías que hablarle de él? —me espetó.

—Solo estábamos... —intenté explicar, pero mi madre me interrumpió.

—No, déjalo. Se me ocurrió pensar en la última noche de Paul. ¿Te acuerdas? Tuvo una pesadilla...

Mi padre asintió y le cogió la mano.

—Sí, claro que me acuerdo.

—Yo casi lo había olvidado —dijo mi madre, secándose las lágrimas—. Y de pronto, algo me lo recordó. Fue una cosa extraña. Tal vez porque Jonas me contó un sueño suyo. En fin, ya estoy bien.

—¿De verdad? —inquirió mi padre.

Mi madre sonrió.

—Sí, de verdad. Ahora estoy bien, gracias.

## 4

Al cabo de unas semanas volví a soñar contigo.

*Caminaba por un paisaje de colores extraños y sombríos. No me reconocí a mí mismo, pero sabía que la carretera me llevaría a una casa que no se veía, una casa en la que no había estado antes. De repente, apareció la casa. Era muy grande y gris, y en las ventanas brillaban los colores del arco iris, como en las vidrieras de las catedrales del sur de Europa.*

*Llamé a la puerta.*

*Abrió Paul, sonriendo.*

*—Hola, Jonas. Estoy pintando. Entra.*

Lo seguí por unas amplias escaleras y un largo pasillo.

Paul abrió una puerta doble al final del pasillo, y entramos en una espaciosa habitación. Los ventanales eran altísimos, tanto que apenas se veía la bóveda del techo.

La habitación estaba casi vacía. Pero en un rincón había un chico desnudo, sentado en un banco, y frente a él un caballete.

—¡Ven! —dijo Paul, cogiéndome la mano.

Nos acercamos al caballete. Paul señaló la pintura.

—¿Te gusta? —preguntó.

Contemplé la pintura. Pero los colores no estaban quietos. Y las pinceladas se movían sobre el lienzo, como si no acabasen de decidirse. Las líneas cambiaban constantemente, igual que los colores.

—No lo sé —respondí.

*El chico desnudo bajó del taburete y se puso al lado de mi hermano. Tenía unos extraños ojos negros.*

*Dio la vuelta y se colocó frente a mi hermano. Palpó con las manos el pelo, la frente, los ojos y la nariz de Paul. Sus dedos siguieron la línea de los labios de Paul. Luego bajó los brazos y acarició el pecho y las caderas de Paul, que se reía.*

*El chico continuó recorriendo con las manos el cuerpo de Paul. Tenía los ojos muy abiertos, aunque daba la impresión de que no miraba nada en concreto.*

*—Ya entiendo —dije.*

*Paul me miró.*

*—¿Qué es lo que entiendes? —preguntó.*

*—Ese chico intenta hacerse idea de cómo eres valiéndose de las manos. Tiene que utilizar las manos porque no ve. Es ciego.*

*Paul se rio. Y el otro chico lo imitó.*



—No, Jonas —repuso Paul—. Te equivocas. No es ciego. El ciego eres tú. Tú eres el que no ve.

*Todo se volvió negro, y me desperté.*

\* \* \*

—¡Qué sueño más raro! —susurré.

Me levanté y abrí con cuidado la puerta del armario. Con el mismo cuidado saqué uno de los álbumes de fotos y volví a la cama.

Estudí las fotos del otro chico, al que alguien —seguramente mi hermano— había retratado junto a la bahía un año antes de que yo naciese. Las examiné en detalle. Sí, tenía los ojos negros del chico de mi sueño. Era el mismo. Pero en las fotos veía. ¿Tenía razón Paul y era yo el que no podía ver, el ciego?

En ese caso, ¿qué era lo que no podía ver?

¡El cuadro!

Sí, por fin. No había visto el cuadro. Pero no, no tenía sentido. Sí que lo había visto, aunque las líneas y los colores no formaban una figura completa. No había entendido el cuadro de Paul. O tal vez el motivo estaba allí, pero yo permanecía ciego.

Busqué pistas en las fotos sin éxito, me rendía el cansancio. Las ideas se me amontonaban en la cabeza. No podía apartar la mirada de los ojos negros de aquel chico y de mi hermano.

El álbum de fotos me resbaló de las manos cuando me quedé dormido.

# 5

Durante los dieciocho meses siguientes pensé en ti muchas veces, en lo que había soñado y en lo que me habían contado. Me gustaba mirar las fotos del álbum, pero seguía sin entender lo que veía, aunque me daba cuenta de que mi falta de visión no guardaba relación con el cuadro de mi sueño.

Un par de veces intenté convencer a Daniel para que me contase sus secretos, pero no me dijo nada. Por tanto, continué buscando pistas en tus fotografías.

Dos días antes de mi decimosexto cumpleaños estaba tumbado en la cama, al anochecer, cuando sonó el teléfono. Lo cogió mi madre. Habló un rato, pero no oí lo que decía. Luego, me llamó.

—Es Daniel. Quiere hablar contigo.

—Hola, Jonas, soy yo —dijo Daniel—. Espero no interrumpir nada.

—No, claro que no.

—Verás, es que no estaré aquí el día de tu cumpleaños. Voy a visitar a mi hermano. Así que pensé que tal vez pudieses venir esta noche, si no te parece mal. Tengo un pequeño regalo para ti.

—Por supuesto —respondí—. Iré encantado.

Cerré la puerta de mi habitación y abrí el armario. Saqué mi caja de tesoros y los dos álbumes de fotos. Algunas estaban pegadas a las páginas, cosa que ya había notado la primera vez que las vi, pero el resto solo estaban prendidas con solapas adhesivas.

Retiré con cuidado las dos fotos de Paul y las dos del otro chico.

Entonces vi algo. Alguien había escrito al dorso de una de las fotos del otro chico: *Mému malému Princi*.

Miré las palabras extranjeras sin entenderlas; luego, escondí de nuevo los álbumes y mi caja de tesoros.

—Bueno, Jonas —dijo Daniel después de la cena—, ha llegado la hora de tu regalo.

Sonrió, se levantó y fue a buscar un paquetito rojo.

—Disculpa el envoltorio navideño. No tenía otro. ¡Aquí tienes!

—¡Gracias!

Me quedé mirando el paquete entre las manos.

—¡Venga, ábrelo! No tienes por qué esperar a tu cumpleaños.

Rasgué el adhesivo y el papel con motivos navideños rojos y dorados y encontré dos cajitas.

—Ábrelas —ordenó Daniel.

En la primera caja había una figurita de madera tallada, una criatura negra como el ébano de grandes ojos.

—Se parece un poco a una figura de Klee —explicó Daniel—, pero es africana. De Ghana. La llaman *Akua ba*. La diosa de la fertilidad o del amor, como prefieras. Puedes colgártela al cuello o ponerla en la pared.

—Es preciosa. ¡Gracias, Daniel!

Sonrió, señalando la segunda caja.

La abrí y encontré varios billetes enrollados.

—Para que compres lo que te guste.

—¡Estás loco! —exclamé—. Es demasiado dinero.

—No, no lo es.

—¡Gracias! —repetí.

Permanecimos callados un rato, escuchando música y tomando café, mientras yo hojeaba un libro de arte. De pronto, recordé mi sobre y fui al recibidor a buscarlo.

—¿Qué has traído? —preguntó Daniel—. ¿Una carta?

Asentí.

—¿Es... *la* carta? ¿La que encontraste en el trastero? —Me miró con curiosidad—. ¿Por qué la has traído?

—Quería enseñártela. Creí que tal vez te apetecería...

Suspiró e hizo un gesto negativo.

—No te das por vencido, ¿verdad? ¿Qué pretendes? Sara me ha dicho que no dejas de hacerle preguntas, aunque al parecer a ella no le importa. Todo lo contrario. Se emociona. Pero yo no lo tengo tan claro... ¿Adónde quieres llegar? Ya te lo he dicho, no quiero pecar de reservado, pero no estoy seguro de que tanta pregunta te lleve a

nada bueno. ¿Qué quieres? ¿Qué esperas encontrar?

—A mi hermano —respondí lisa y llanamente.

Daniel se quedó callado.

—Jonas, lo que te interesa es un asunto muy delicado. No sé si te gustará lo que vas a encontrar. Tal vez incluso lo odies u odies a algunas de las personas involucradas.

—¿Odiar? —Estaba sorprendido—. No voy a odiar a nadie. ¿Por qué? Lo único que quiero es saber cosas sobre mi hermano. Quiero *conocerlo*. Saber quién era.

Daniel esperó, y luego se decidió a hablar.

—Entiendo muy bien que quieras saber cosas sobre tu hermano, de verdad. Pero eres un poco romántico y pretendes hacerte una imagen de tu hermano muerto. Deseas tenerlo más cerca. Eso lo comprendo, Jonas, y seguramente haría lo mismo en tu lugar. Aunque me lo pensaría



antes de formular ciertas preguntas. Pero no sé por qué te empeñas en que...

»Indagar en el pasado es como remover una piedra. Generalmente no encuentras más que cosas asquerosas y desagradables. —Hizo una pausa y me miró—. Lo que pretendo decir es que, en esa búsqueda, tal vez encuentres detalles sórdidos que preferirías ignorar.

Encendió un cigarrillo.

—De acuerdo, Jonas. Acepto. Pregunta lo que quieras. Pero no te prometo responder a todas las preguntas. ¿Te parece bien así?

No sabía por dónde empezar, así que saqué la carta y se la di.

La miró y la leyó despacio.

—Curiosa caligrafía —murmuró.

—Sí, lo mismo pensé yo cuando la vi, bueno, cuando la leí. Pero ahora creo que la carta la escribió alguien que aprendió a escribir en otro país. Por eso la caligrafía

nos resulta extraña. Me da la impresión de que la escribió alguien de Checoslovaquia.

—¿Sí?

—Es una mera suposición, pero como Princi es una palabra checa, y la caligrafía de la carta es distinta...

Observé a Daniel mientras hablaba. Su rostro no revelaba nada.

—¿Qué opinas? —pregunté.

—Podría ser como dices.

—Me dijiste lo que significa Princi y que es una palabra checa. Pero entonces no se me ocurrió preguntarte cómo lo sabías.

—No lo supe hasta que Paul me lo explicó —dijo Daniel.

—Claro. Eso mismo pensé yo. Pero ¿qué te explicó? ¿Solo te dijo que era una palabra checa? ¿No te contó nada de quién le enseñó la palabra?

—Poca cosa.

—Pero algo sí, ¿no?

Daniel dudó.

—Me dijo que la persona que lo llamaba Princi era de Checoslovaquia.

Sonreí. Daniel me miró, confundido.

—Lo has vuelto a hacer —dije.

Daniel levantó los brazos, desconcertado.

—¿Qué?

—Has dicho...

—¿Sí?

Respiré a fondo.

—Cuando me contaste que alguien se había enamorado de Paul, te pregunté su nombre. Pero no me respondiste. Dijiste que no te acordabas del nombre. Y cuando te pregunté si había ido al funeral, tus palabras fueron: «La persona que amaba no estaba en el funeral». Ahora acabas de decir: «La persona que lo llamaba Princi era de Checoslovaquia».

Me armé de valor para continuar.

Daniel clavó los ojos en mí.

—¿Sí? ¿Y qué? —preguntó.

—Pues que... creo que la persona enamorada de Paul era un chico. Un muchacho checo.

Se hizo el silencio, y el ambiente se tornó frágil. Casi no me atrevía a respirar.

Daniel se puso pálido, chupó el cigarrillo y me miró.

—Era así, ¿verdad?

—Sí.

Suspiré, aliviado.

Daniel se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación, con paso rígido y torpe. De vez en cuando se detenía, miraba algo, tocaba un objeto. Se detuvo ante los estantes de libros y se quedó mirando una foto que reconocí del álbum de mi madre: una foto infantil de Daniel y mi madre con un gran galgo ruso llamado Dourak. Recuerdo la primera vez que mi madre me dijo cómo se llamaba el perro. Me sonó a algo mágico, de cuento de hadas.

Daniel se volvió y nos miramos.

—Sí, en efecto —admitió, pero su voz había cambiado—. Era un chico de Checoslovaquia. No recuerdo su nombre. Paul lo mencionó, pero no me acuerdo. Solo sé que empezaba por M. —Me miró—. Jonas, ¿cómo has logrado enterarte? —preguntó en tono amable.

Me encogí de hombros.

—Fue un presentimiento...

—Yo era el único que lo sabía —afirmó Daniel—. El único a quien él se lo había contado, el único con quien se atrevió a hablar. Sara no lo sabía ni lo sabe. Tampoco Stefan. Era yo el único.

—¿Cuándo te lo contó Paul? —pregunté—. Que era... me refiero a...

Daniel asintió.

—Lo recuerdo perfectamente. Incluso recuerdo la fecha porque fue la noche anterior a Santa Lucía<sup>[1]</sup>, el 12 de diciembre de 1968.

—¿La noche?

—Sí, la noche.

—Cuéntamelo.

Daniel me pidió que fuese a buscar una cerveza al frigorífico.

Se la serví en un vaso largo y la puse ante él.

—Gracias. Tómate una Coca-Cola o lo que quieras.

Hice un gesto negativo.

—No, gracias. Háblame de Paul. Cuéntame qué ocurrió la víspera de Santa Lucía por la noche.

## 6

—Fue la noche anterior a Santa Lucía —explicó Daniel—. Lo recuerdo muy bien. Yo estaba en casa, escuchando la radio. Había un programa en homenaje a Jan Johansson. Tal vez lo conozcas. Un pianista de jazz. Johansson acababa de morir en un accidente de tráfico. La radio emitió sus composiciones y habló sobre él; durante una de las piezas, llamaron a la puerta. Al principio pensé que alguien venía a quejarse de que la radio hacía demasiado ruido. Eran más de las once y media. Así que bajé el volumen. Cuando llegué a la puerta, oí llorar a alguien. La abrí, y Paul

se precipitó en mis brazos. Tenía la cara bañada en lágrimas. Olía a alcohol. Lo hice pasar y le ayudé a quitarse el chaquetón y las botas.

»Se apoyó en mí cuando nos sentamos en el sofá y lloró aún más desesperadamente. “Tranquilo, no pasa nada”, le dije, tratando de consolarlo. Y lo abracé. Parecía muy pequeño en mis brazos, aunque era casi tan alto como yo. Lloró mucho...

Esperé en silencio a que Daniel continuase.

—Cuando dejó de llorar, le pregunté si quería beber algo. Había venido caminando y hacía frío. Asintió y me pidió chocolate caliente, así que le preparé una taza. Me senté otra vez a su lado y le pregunté qué había ocurrido. Entonces me contó que le interesaban más los chicos que las chicas, hacía años que lo sabía, pero durante mucho tiempo, al menos al principio, había intentado corregirlo. Lo



más difícil era en el gimnasio del colegio, donde veía a los otros chicos en el vestuario y en las duchas. Procuraba no mirar, pero le costaba trabajo.

»Me contó que había un chico en otro grupo que le gustaba desde hacía tiempo. Al parecer se llamaba Göran. Sí, eso es, Göran. Según Paul, Göran también miraba a los otros chicos. Hacía como si “fuesen chicas” y los manoseaba en las duchas, siempre riéndose. Era mucho más alto y fuerte que los demás, y nadie se atrevía a pararle los pies.

»No dije nada, al menos en un primer momento. Pero Paul se quedó callado. Estaba sentado junto a mí, calentándose las manos con la taza de chocolate. Le pregunté si le había ocurrido algo especial ese día. Asintió. “Cuéntamelo”, pedí, “tal vez pueda ayudarte”. Y sonrió por primera vez.

Daniel se frotó los ojos.

—¿Te lo imaginas, Jonas? Sonrió a pesar de lo alterado que estaba.

—¿Te contó qué había ocurrido? —inquirí, con lágrimas en los ojos.

—Sí. Me contó que lo habían invitado a una fiesta, la fiesta de Santa Lucía, organizada por los amigos de un compañero en la ciudad sin supervisión de ningún padre. Paul fue con un par de amigos y bebieron. No creo que bebiesen demasiado, pero no estaban acostumbrados. Paul se emborrachó, lo cual le facilitó el acercamiento a Göran.

»Paul salió al pasillo y estaba buscando el baño cuando apareció Göran. Se pusieron a hablar, y de repente Paul se mareó por culpa del alcohol. Si Göran no lo hubiese sujetado, se habría caído. Pero Göran no lo soltó ni siquiera después de recuperar el equilibrio. Permaneció junto a Paul, sosteniéndolo. Y Paul lo besó. Göran se rio y le preguntó a Paul si estaba enamorado

de él. Paul le dijo que tal vez; Göran soltó una carcajada y le preguntó: “¿Entonces eres gay?”. Paul no interpretó la carcajada como signo de desprecio y repitió que tal vez.

»El cuarto de baño estaba vacío. Paul le dijo a Göran si quería entrar con él. Göran le preguntó por qué, y Paul respondió: “Podemos hacer pis juntos”.

»Göran lo siguió y cerró la puerta con el pestillo. Cuando acabaron, Göran le preguntó a Paul si era cierto lo que le había dicho en el pasillo. “Claro que sí”, respondió Paul. Göran se acercó a Paul y le cogió la mano para que no se subiese la cremallera. “¿Qué haces?”, preguntó Paul. Göran respondió: “Tocarte”, y empezó a... acariciarle la entrepierna. Paul estaba desconcertado. Me confesó que se sentía excitado y con miedo al mismo tiempo. “Así”, indicó Göran, guiando la mano de Paul hasta sus genitales.

Estaba ensimismado escuchando a Daniel. Puse las piernas sobre el sofá y me apoyé en las rodillas.

—¿Tienes frío? —preguntó Daniel—. ¿Quieres que cierre la ventana?

—No, no tengo frío. Estoy bien.

—Paul sintió que el pene de Göran se endurecía en su mano, pero no se atrevió a hacer lo que Göran le pidió. “¡Cobarde!”, gritó Göran. Paul dijo que prefería que fuesen a otro sitio: “Fuera hay cola. Quieren entrar en el baño”. Göran se enfadó. “Me pediste que entrase contigo”, le espetó; “al menos podrías *hacer* algo”. Pero Paul se negó y retrocedió.

»Göran se subió la cremallera y dio un puñetazo a Paul en el pecho. Paul, que no se lo esperaba, perdió el equilibrio y, al caer, se golpeó la cabeza contra la bañera. Göran abrió la puerta sin darle tiempo a levantarse. Uno de los que hacían cola en el pasillo preguntó: “¿Qué ocurre?”. Y Paul

oyó a Göran decir: “Ese maricón asqueroso de Paul pretendía meterme mano en el baño”.

»Hasta Paul llegaron las carcajadas de los demás. Se levantó, se subió la cremallera y fue hacia la puerta. En el pasillo oyó a otro compañero decir: “Göran, ¿se puede saber qué hacías ahí dentro con otro tipo?”. Göran le dio un bofetón al que había preguntado. El chico cayó al suelo, empezó a sangrar por la nariz y se echó a llorar. “¡Vaya mierda!”, exclamó Göran, “¿Estás llorando? ¡Seguro que también eres maricón!”.

»Paul cogió su chaquetón y vino corriendo hasta aquí.

—¡Qué cabrón! —exclamé—. ¿Cómo pudo Göran hacer algo semejante?

Daniel cabeceó.

—No saques conclusiones precipitadas. Seguro que Göran estaba tan asustado como Paul, solo que ambos reaccionaron

de diferente forma. Göran perdió los estribos y usó los puños, mientras que Paul prefirió replegarse.

—Sigo pensando que Göran se portó como un cerdo —refunfuñé—. No puedes comportarte así.

Daniel se inclinó y me acarició la mano.

—Sí, Jonas, claro que puedes. Es lo que hace la gente. Se hieren, se atormentan unos a otros. Y solo porque no saben, son incapaces o no quieren entender. Es muy frecuente. Ya te lo advertí. Te dije que tal vez las cosas no te resultasen muy agradables de escuchar.

Asentí y pedí a Daniel que continuase.

—Basta por hoy. Mira qué hora es. Y Sara no quiere que llegues tarde a casa.

—Lo sé.

Aún no le había enseñado las fotografías a Daniel ni sabía nada del muchacho checo que llamaba Princi a mi hermano. Además, quería preguntarle otra cosa a Daniel.

—Solo un poco más —rogué.

Daniel hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, basta. Tal vez otro día te cuente más cosas. Ahora ya sabes algo. Por cierto, no se lo cuentes a Sara ni a Stefan. No lo saben ni tienen por qué saberlo. Seguramente se disgustarían. Y no quiero que eso ocurra. Si Paul no hubiese muerto tan joven, habrían acabado por darse cuenta de que era gay. En fin, se habrían enterado de un modo más... normal. Pero murió sin poder explicárselo personalmente... Así que ahora no tienen por qué saberlo. Solo sería motivo de disgusto. Tampoco te lo habría dicho a ti, pero lo imaginaste. ¿Cómo se te ocurrió? No entiendo... Prométeme que no contarás nada de esto a tus padres.

—Por supuesto —afirmé—, pero a cambio de que me prometas que me contarás más cosas otro día.

Daniel frunció el entrecejo.

—¡Eso se llama chantaje!

—Lo siento, no era mi intención plantearlo así. Solo quiero saber más. ¿Lo harás? Y tengo cosas que *contarte*...

Daniel se rio.

—Sí, creo que alguna tienes. Ya veremos...

Daniel me acompañó al pasillo y esperó a que me pusiese la cazadora de ante.

—Es una cazadora bonita —comentó—. Y te sienta bien.

—Sí, a mis padres también les gusta. Aunque se me va a quedar pequeña, me temo.

Me até los cordones de las botas, me levanté y miré a Daniel. Quería acercarme a él, pero parecía muy distante. Me adelanté.

—Daniel, ya sabes...

Me interrumpió una llamada de teléfono.



—Seguro que es Sara —dijo Daniel—, para preguntar si sigues aquí. Lárgate de una vez; no quiero mentirle.

—Pero...

Se acercó a mí, me puso una mano sobre el hombro y me acarició la mejilla con la otra.

—Vete, Jonas. Nos veremos pronto.

# 7

Empezó la primavera, pero caí en cama con gripe. Cuando remitió la fiebre, se apoderó de mí el aburrimiento. Y cogí el álbum de fotos de Paul.

Estaba acostado mirando la foto en la que salías del baño. Intenté ver tus ojos, pero la imagen no era nítida. Durante un momento incluso me pareció distinguir la marca de la mano de Göran en tu pecho, como si fuese un estigma. Pero seguramente fue cosa de mi imaginación. Traté de descubrir la semejanza que todos nos atribuían, aunque no creo que fuésemos tan parecidos.

Entonces recordé el espejo de cuerpo entero del interior de una de las puertas del armario del vestíbulo.

Me levanté de la cama y abrí el armario. Sí, vi mi reflejo desde la puerta del baño. Pero faltaba algo. ¡Claro, la toalla! Descolgué una toalla del toallero, la cogí con la mano derecha y posé de la misma forma que tú en la foto. Sí, de ese modo nos parecíamos más. Pero seguía habiendo diferencias. Mi pelo. Tenías el pelo mojado y despeinado. Dudé un instante y me mojé el pelo en el lavabo.

Durante un buen rato me limité a permanecer allí, comparando tu foto, tomada al salir de otro cuarto de baño diecisiete años antes, con mi reflejo. Éramos muy parecidos. Aunque yo estaba un poco más delgado. Pero éramos parecidos. Como hermanos.

En ese preciso instante mi padre abrió la puerta del fondo del pasillo.

—¡Hola! —saludó.

Me apresuré a cerrar la puerta del baño y pasé el pestillo.

—¡Hola, papá! —respondí, secándome el pelo.

Le oí junto al armario y me di cuenta de que había dejado los calzoncillos en mi habitación.

Me toqué el pelo. Estaba casi seco. Tiré de la cisterna.

Mi padre estaba sentado a la mesa de la cocina con el periódico delante. Alzó la vista cuando abrí la puerta del baño. Nuestros ojos tropezaron. «Ahora sí que se va a armar», pensé.

—¡Por amor de Dios, Jonas! —explotó—. No deberías andar por ahí desnudo en tu estado. No te pondrás bien nunca.

—Sí, ya lo sé. Pero tuve que ir al baño corriendo.

Desaparecí en mi habitación y escondí la foto. Me vestí y salí a hablar con mi padre, que preguntó:

—¿Aún tienes fiebre?

—No, creo que no. Pero me duele el pecho y la cabeza. —Tosí un poco.

Dobló el periódico y se rascó el hombro.

—¿Has estado en cama todo el día?

Asentí.

—Te aburres, ¿verdad?

—Sí.

—Puedes leer.

—Ya lo sé. Pero no me apetece.

—Entonces tendrás que buscar algo que hacer —dijo—. Algo que puedas hacer acostado, porque creo que has de guardar cama un poco más. Puedes dibujar. Yo lo hacía cuando era joven y estaba enfermo. También puedes escribir. No pongas esa cara de sorpresa. Escribe una carta, por ejemplo. A un amigo. O a la abuela. También podrías escribir un diario, como Paul.

Me estremecí de emoción.

—¿Paul tenía un diario?

—¿No lo sabías?

—No, creo que nunca me lo comentasteis.

—Pues sí. Durante varios años.

—¿Y dónde está?

Mi padre cabeceó.

—No lo sé. Si te soy sincero, casi me había olvidado. Pero debe de estar en algún sitio. Tal vez en su... —se interrumpió de pronto, frunció el entrecejo, y luego sonrió—... en *tu* habitación, quiero decir.

—¿Tú crees?

—Allí o en el trastero. No lo sé.

Le miré, perplejo.

—No tienes buena cara —dijo mi padre—. Deberías meterte en la cama. Vuelvo al trabajo. Solo quería ver cómo estabas.

Me sentí avergonzado. Mi padre pocas veces manifestaba interés.

—Ahora me acuesto —murmuré.

Al llegar a la puerta me volví. Mi padre sonrió y asintió.

—Gracias —dije en voz baja.

# 8

La puerta se cerró. Mi padre se había ido.

Estaba en la cama con el corazón a punto de estallar. Sentía los latidos resonando en mi cabeza.

Paul llevaba un diario. ¿Cómo se me había pasado por alto? ¿Y dónde estaría?

Miré mi habitación. Los muebles eran, según tenía entendido, los mismos que cuando la habitación pertenecía a Paul. Solo había cambiado la cama.

Junto a la cama había una mesilla con un cajón y un viejo sillón de cuero en el que casi nunca me sentaba. Delante de la ventana había una mesa con una vitrina y



tres cajones y a la izquierda dos estantes de libros, uno en la pared de la ventana y otro en la pared del dormitorio de mis padres. Entre las estanterías y el armario estaba mi cómoda. Esos eran los muebles de mi habitación. Los mismos que tenías tú en la tuya, Paul. ¿Dónde habías escondido el diario?

Traté de ponerme en tu lugar, fingí que llevaba un diario y no quería que nadie lo encontrara. ¿Dónde lo ocultaría?

Tenía mi vieja caja metálica negra, mi caja de tesoros. Como no podía cerrarla con llave, la escondía. Solía guardarla al fondo de uno de los armarios o debajo de la cama.

¿Dónde habías escondido tu diario, Paul?

Registré los muebles, abrí todos los cajones, las puertas, deslicé el dedo en busca de un compartimento secreto o de un diario pegado debajo de algo. Me subí a una

silla y miré encima de las estanterías, pero no encontré nada más que polvo. Hice lo propio con los armarios y solo hallé más polvo. Trepé sobre la mesa para retirar la rejilla metálica del ventilador, pero estaba atascada.

No encontré ningún diario.

Desenterré la bolsa de plástico con coches de juguete que había puesto detrás de los libros unos años antes. En realidad, me había olvidado de ella. Abrí la bolsa y fue como retroceder nueve o diez años en el tiempo.

Había conservado mis coches favoritos. Los otros se los había dado a mis primos pequeños. Vacíé la bolsa sobre la cama: de ella salieron un pequeño autobús rojo de dos pisos, un Hillman azul con una ventanilla trasera que se podía abrir, un Chevrolet oxidado que en origen había sido rosa, un transporte de caballos rojo oscuro que perteneció a Paul. «URGENTE -

REMOLQUE DE CABALLOS - SERVICIO DE ALQUILER», en letras amarillas. Y luego lo más bonito: un Austin azulado con un volante encima, un volante de plástico rojo; si se giraba el volante, las ruedas delanteras se movían. Dentro del coche había dos figuras: un monitor de autoescuela y su alumno. Mi padre me regaló el Austin cuando cumplí tres años, pero no me acuerdo. Sí recuerdo que fue el mejor coche que tuve, mi juguete máspreciado.

Dediqué un buen rato a mirar los cochecitos. Los toqué y los olí. Incluso conduje el Austin azul sobre la mesilla. El volante funcionaba a la perfección, aunque las ruedas de goma negra estaban un poquito gastadas. Se habían deteriorado, igual que la cubierta de goma de las raquetas de tenis de mesa de Paul.

Me desperté cuando mi madre llegó a casa.

—¿Cómo estás? —preguntó, tocándome la frente.

—Me siento mejor —respondí—. Creo que no tengo fiebre.

—Ya no estás tan caliente. ¿Has dormido mucho?

—Un par de horas.

Se fijó en mi mesilla, donde estaban el Austin y el remolque de caballos.

—Ya veo que has estado jugando con tus cochecitos, ¿eh? —dijo en tono infantil.

—Los encontré en mi estantería cuando estaba buscando un libro —comenté, sonriendo.

Mi madre se rio.

—No tienes por qué dar explicaciones. Lo comprendo. —Miró los coches otra vez—. ¡Qué curioso!

—¿El qué?

Cogió el remolque de caballos.

—Fue un regalo para Paul cuando cumplió los tres años. Se lo compró Stefan.

Venía con unos caballitos de plástico que desaparecieron enseguida.

Lo puso sobre la mesilla.

—Y este fue *tu* regalo, cuando cumpliste tres años. También lo compró Stefan.

La observé mientras hablaba. Percibí la amargura oculta que emerge cuando alguien se siente triste. Sin embargo, me pareció que le brillaban los ojos, como si a pesar de todo estuviese contenta.

—Y aquí están juntos en tu mesilla —continuó—. Los regalos de los dos hermanos en su tercer cumpleaños. ¿Recuerdas cuando desapareció tu coche? ¿El azul?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Estabas desolado. Pensamos que no ibas a dejar de llorar nunca. Y cuando por fin lo encontramos, no lo soltabas. Lo llevabas a todas partes. Incluso dormías con él —dijo riéndose—. ¿No te acuerdas?

—No. Solo recuerdo que era mi coche más bonito, mi favorito.

—Y ahora vuelves a jugar con él —bromeó, y se dirigió a la cocina.

Al día siguiente por la noche mis padres estaban invitados a una fiesta.

—Seguramente llegaremos tarde —anunció mi madre—, así que tendrás que arreglártelas solo.

Estábamos cenando en la cocina. Era el primer día de la semana que me levantaba de la cama.

—¿Por qué no le pedimos a Daniel que venga si quiere, claro? —sugerí.

Mis padres me miraron.

—Vaya —exclamó mi madre—. No solo vuelves a jugar con tus cochecitos, sino que también necesitas una niñera. ¿Será cierto que ya tienes dieciséis años?

—Solo estoy viajando en el tiempo —respondí.

—Hay una película en la televisión —comentó mi padre—. Del Oeste. Puedes verla. No te aburrirás.

—No es por el aburrimiento. Quiero ver a Daniel, nada más. Y como vais a salir...

—Pues claro —dijo mi madre—. Estará encantado de venir. Llámalo.

—Lo haré —afirmé, y me di cuenta de que mi padre ponía mala cara.

## 9

Me senté junto a Daniel.

—Hace mucho tiempo que no venía por aquí —comentó—. Me alegro de que me llamas.

Miró la parpadeante pantalla.

—Creo que ese es el protagonista —dijo señalando la televisión. Un hombre maduro, de expresión hosca, cabalgaba lentamente mientras masticaba una pajita y hablaba con su caballo: «Nos tomaremos un merecido descanso en este tranquilo lugar, Blackie», dijo, sonriendo a un par de fulanas que estaban ante el prostíbulo local.



—¡Qué harto estoy de toda esa mierda!  
—exclamó Daniel—. No es más que una mierda falsa y asquerosa.

—Si quieres, apago la tele. No me interesa la película.

Puse un disco, me repantigué en el sofá y miré a Daniel, que lo observaba todo: los cuadros, los muebles, el horrible florero del que nunca nos habíamos decidido a prescindir... Cuando se dio cuenta de que lo miraba, se volvió hacia mí.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—En ti —respondí con excesiva precipitación.

Se rio.

—¿En mí? ¿Por qué?

Enseguida lamenté lo que había dicho. Solo eran ideas mías, nada concreto que yo supiese o tuviese necesidad de saber.

—¿En qué piensas? —repitió.

—En nada. Se me ha ocurrido una estupidez.

—¿Una estupidez sobre mí? —sonrió con cierto recelo—. Ahora sí que tienes que explicarte, Jonas.

Dudé mucho antes de atreverme a hablar.

—Daniel, ¿estabas enamorado de Paul?

Creí que habría una reacción inmediata, pero no la hubo. Daniel se apartó de mí, lentamente, y clavó la vista en la reproducción de Miró que colgaba sobre el televisor.

—Enamorado —repitió en voz baja—. Sí, es posible. Quizá estuviese enamorado de tu hermano, aunque no estoy seguro de que fuese realmente... amor. Lo que quiero decir es que... me sentía solo, y es fácil fantasear cuando estamos solos. Y Paul...

Me miró.

—¿Has oído rumores sobre mí?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Entonces, solo es una suposición...

—Más o menos —susurré.

Daniel encendió un cigarrillo, y me levanté para abrir el balcón. Al pasar ante la foto de Paul, lo miré para ver si estaba contento o triste.

—Me visitaba a menudo —dijo Daniel—. Me gustaba verlo y hablar con él. Me gustaba mirarlo. Tal vez me hubiese gustado... En realidad no tengo gran experiencia en el terreno del amor físico. Está sobrevalorado...

—¿Lo sabía Paul? —pregunté—. Lo de que tú eras...

—No sé. Supongo que sí. Esas cosas se notan.

»No creas que me gustaban todos los chicos u hombres que conocía. Más bien al contrario. Solo me han atraído unos pocos. Lo que más he echado en falta... ¿Cómo podría decirlo? He echado en falta a *alguien*. No a cualquiera. Y Paul... en cierto modo era joven y adulto a la vez. Un chico y un hombre. Me desconcertaba. Lo

conocía desde que nació, pero hasta que llegó al período de transición no empecé... Ya sabes que le gustaba la pintura y también la fotografía. Tenía una gran capacidad para las imágenes, el poder de crear imágenes. Siempre sacaba las mejores notas en arte. Cuando compré una cámara, a finales del 68, Paul se empeñó en que hiciésemos fotos “reales”. Quería fotos distintas a las típicas de los cumpleaños y los bonitos paisajes, quería fotos artísticas.

»Un día de enero del año que murió fue a verme. Creo que era domingo. Íbamos a hacer retratos. Coloqué de fondo improvisado unas sábanas, y un vecino me prestó focos.

»Paul llegó silbando. Lo oí desde las escaleras. Estaba encantado y quería empezar enseguida. Comenzó explicando qué tipo de fotos quería hacer.

—¿Qué te dijo?

—Quería fotos mías. Que me quitase la camisa. Decía que la ropa estorbaba. Y empezamos. Hizo un montón de fotos. En algunas se me reconoce perfectamente. Pero en otras solo se ven partes de un cuerpo, un cuello, un hombro... A veces solo se perciben unas líneas, una forma.

»Estaba contento. Había hecho las fotos que quería. “Ahora te toca a ti, Daniel”, me dijo. Y se quitó el jersey. Tenía un cuerpo hermoso. Aún lo veo, todas las líneas, las suaves líneas...

»Comencé a fotografiarlo. Pero me sentía culpable mirando por el visor. Como si lo estuviese utilizando, aunque la idea había sido suya desde el principio. Paul no sabía lo que yo sentía. Al menos yo no se lo había dicho. Y su cuerpo semidesnudo me desconcertaba. Hice fotos de su rostro, su pecho, sus hombros. Las mismas fotos que él me había hecho a mí. Yo no tenía

pretensiones artísticas, en absoluto; solo quería ver su cuerpo.

»Y entonces... de repente Paul dijo que se quitaría toda la ropa si quería hacerle fotos desnudo.

Daniel se calló y no me atreví a molestarlo.

—Tal vez no debería contarte esto —continuó al poco tiempo—. Me parece que ya te he contado demasiadas cosas. Pero ahora no importa. No sé a ciencia cierta si estaba enamorado de Paul de una forma sensual, pero lo quería, y cuando lo pienso, me siento confuso. No recuerdo qué ocurrió. No, no recuerdo *qué* deseaba. Pero sí que amaba a tu hermano. Eso sí. Y no me avergüenza reconocer que me atraía él, su cuerpo, en efecto, pero no solo eso. Sino también su carácter, su *apego* a mí. Había algo sensual en él, algo casi abrumador que estuvo a punto de cegarme cuando me dijo que le hiciese fotos desnudo. Solo era un

chico. Un niño. Aunque ese niño significaba más para mí que ningún adulto. Estaba sentado en el suelo, con el pecho desnudo, mirándome con sus hermosos ojos negros, y de repente me dijo que podía hacerle fotos desnudo.

»Farfullé una respuesta. Y Paul dijo que quería *hacerme* fotos desnudo. —Daniel cabeceó—. Eso fue demasiado para mí, así que me escondí en el baño. Tenía que alejarme de él un rato. Temía que Paul notase lo excitado que estaba. Solo Dios sabe lo que habría ocurrido.

—Tal vez le apeteciese —sugerí.

—Sí, tal vez, pero me daba miedo arruinar nuestra amistad. Solo era un chico. ¿Y si hacíamos algo que lo asustase...? No, no me atreví.

—¿Y qué hiciste?

—Me quedé en el baño un rato. Luego, salí. Paul se había desnudado. Estaba sentado en el sofá, desnudo, esperándome.

Sonreía. Tenía un vaso de limonada en la mano. Y *eso mismo* fue otra confirmación de que solo era un crío. «¿Cómo quieres que pose?», preguntó. Murmuré algo, no recuerdo qué. Paul se levantó y se colocó delante de la sábana. Me oculté tras la cámara, mirando su cuerpo a través del visor y muriéndome de ganas por tocarlo...

Daniel miró el balcón abierto. El disco había terminado, y se oía el tictac del reloj de la cocina.

—¿Hiciste fotos? —quise saber.

—Sí, pero solo una.

—¿La tienes?

Asintió.

—¿Puedo verla?

—Sí, claro, cuando vayas a mi casa.

—¿Por qué hiciste solo una foto?

Daniel emitió un sonido, aunque no supe si era un lamento o una carcajada.

—Me salvé por los pelos —respondió Daniel—: en ese momento sonó el teléfono.



»Ahora me doy cuenta de lo extraño que fue todo. Pero en aquel momento sentí un gran alivio. Llamó alguien para pedirme una película. Y gracias a esa llamada, no hubo más fotos de desnudos. Paul se vistió entre risitas. Dijo que continuaríamos otro día, pero comprendí que no volvería a ocurrir. Jamás me atrevería.

Permanecimos callados unos minutos hasta que rompí el silencio.

—¿Sabías que Paul escribía un diario?

—Sí.

—¿Tienes idea de dónde puede estar?

Daniel se rio y me acarició la mejilla.

—No, Sherlock, no la tengo. Ni la más remota idea. Creo que eres *tú* quien debe encontrar las pistas y resolver los interrogantes de esta historia.

—Tal vez *he sido* demasiado reservado —dijo Daniel cuando estábamos en el vestíbulo—. En general, me refiero. —Me miró—. Eres muy agradable. Me gusta

hablar contigo. Me gusta estar contigo. Y cada vez será más agradable. Te estás haciendo mayor.

—A mí también me caes muy bien, Daniel —dije, abrazándolo.

## 10

Estaba leyendo en la cama cuando volvieron mis padres de la fiesta.

—Aún hay luz en la habitación de Jonas —oí susurrar a mi madre.

—Estoy despierto —grité.

Les oí quitarse los abrigos y los apresurados pasos de mi padre camino del baño. Mi madre apareció en la puerta de mi habitación.

—Hola, cariño. ¿Llevas mucho tiempo solo?

—No. Daniel se fue hace media hora o así.

—¿Qué hicisteis?

—Hablar.

Oímos la cisterna en el baño. Mi madre salió; en ese momento, entró mi padre y se sentó en la cama.

—¿Lo habéis pasado bien? —pregunté.

—No estuvo mal —respondió—. Sí, bien. ¿Y tú? ¿Viste la película?

—No.

—¿Por qué?

—Me aburría. Era predecible.

Me miró.

—Me pareció buena en mi juventud. La vi en una sesión matinal. —Hizo una pausa—. Bueno, ¿y qué hicisteis?

—Escuchar música. Hablar.

—¿De qué?

—De muchas cosas —mentí—. Nada en particular. Lo que iba surgiendo.

Mi padre estaba triste. Cambié de postura y, al dar la vuelta, mi mano se posó en su brazo por pura casualidad.

Al principio se puso rígido. Luego, cubrió mi mano con la suya y la acarició.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, más o menos.

Desvió la vista y descubrió los cochecitos.

—Has vuelto a sacar tus juguetes. —Cogió el Austin azul—. Te lo compré cuando cumpliste tres años. En la juguetería que está cerca del puerto. Salí a comprarlo a la hora de comer.

—¿Por qué lo elegiste?

—¿No te gusta? —preguntó, sorprendido. Me reí.

—Claro que sí. Era mi coche favorito. Me gusta mucho.

—Sí, a mí también —dijo mi padre—. Por eso te lo compré. Era el más bonito de la tienda. ¿Recuerdas cuando lo escondiste y no lo encontrábamos? Estuviste muy disgustado durante días. ¿No te acuerdas?

—No, pero mamá me lo ha contado.

—Lo encontramos en el fondo de uno de los armarios del pasillo. Detrás del panel que siempre se caía cuando tu madre pasaba la aspiradora.

Me puse tenso de pronto.

—No, no me acuerdo. ¿Qué panel?

—El que cubría la base —explicó mi padre—. La parte frontal. Todos se caían hasta que los atornillé. ¿No te acuerdas? Supongo que aquel día también cayó la parte frontal. Utilizabas la base abierta como garaje para tus coches. Y seguramente tu madre o yo colocamos el panel sin comprobar si había algo dentro. Por eso tardamos una semana en encontrar el Austin.

No podía dormir. Estaba demasiado alterado. Junto a mí, en la mesilla, tenía el Austin azul. Me pareció que escintilaba, como un objeto mágico. Y el color azulado,

que nunca me había gustado, de pronto se volvió precioso.

Miré mis dos armarios con los paneles blancos en la base. Mi hermano también se había criado en aquel piso, en aquella habitación. También él había jugado con sus cochecitos en el pasillo. Tal vez incluso usase los paneles de los armarios como garajes para sus coches, para su remolque de caballos color burdeos.

Me levanté y me acerqué a los armarios. Oí resoplidos y tenues ronquidos procedentes de la habitación de mis padres. Me senté y observé las bases blancas. No vi ningún tornillo.

Examiné los paneles frontales. Parecían pegados. No me atreví a utilizar herramientas por miedo a despertar a mis padres.

Volví a la cama.

Me desperté tarde. Mi padre había ido a una competición de tiro con arco. Mi

madre estaría en casa todo el día, y yo quería estar solo cuando abriese los paneles.

A primera hora de la tarde mi madre me preguntó cómo me sentía.

—Pareces muy nervioso —comentó—. ¿Ocurre algo especial?

—No, en absoluto —mentí—. No pasa nada.

Me miró con suspicacia.

—Tal vez aún estés enfermo.

—Creo que necesito aire fresco. Voy a dar una vuelta.

Daniel abrió la puerta sonriendo.

—Hoy vienes en plan explorador. ¡Entra!

—Me gustaría ver la foto —dije, sentándome en el sofá.

Daniel movió varios libros de arte de la librería y cogió una antigua caja de madera pintada de negro. Supuse que era su caja de tesoros.



Se sentó junto a mí con la caja, dándole la vuelta para que yo no viese el interior cuando la abrió. Rebuscó, sacó la foto y me la dio.

—Aquí la tienes —dijo. La entrega fue casi ceremonial.

Eras tú, Paul.

Estás delante de una sábana colgada. Luces y sombras suaves bailan en el tejido, detrás de ti. Te estás desperezando como si acabases de despertar. Tienes los brazos levantados, con las manos detrás del cuello y los codos a ambos lados de la cabeza. Entrecierro los ojos, y tus brazos me parecen alas. El pecho y el abdomen sobresalen un poco. La pierna derecha se mantiene firme mientras el pie izquierdo se levanta, tocando el suelo solo con los dedos. Al estirarte giras el cuerpo. Tienes los ojos medio cerrados y sonríes.

—¿Planeaste tú la foto? —pregunté a Daniel.

—No. No la planeó nadie. Estaba mirándolo, y Paul se estiró. Entonces disparé. ¡Clic! Y nada más.

—Una foto hermosa —dije.

—Era un chico hermoso —afirmó Daniel.

—¿Tienes copias?

—Sí, creo que sí. ¿Por qué? ¿Quieres una?

—Sí, me encantaría.

—De acuerdo, pero no se la enseñes...

—No, claro que no. No se la enseñaré a nadie.

Daniel se inclinó para mirar la foto.

—¿Entiendes ahora por qué me desconcertaba tanto? ¿Entiendes que no supiese qué hacer y que ni siquiera me atreviese a acercarme a él?

—Sí —respondí—. Lo entiendo.

—Mira qué guapo es. Él... cada día te pareces más a él.

Me di cuenta de que lo ofendí al responder:

—No creo que seamos tan parecidos. Tenemos un aire familiar. Te lo recuerdo, es eso. Creo que quienes lo conocisteis, los que estuvisteis con él, mezcláis los recuerdos de Paul conmigo, con mi cara, mi cuerpo y mis gestos. Por eso nos ves parecidos.

—No estoy diciendo que te parezcas a él —puntualizó Daniel—. Tienes tu propia expresión, actitudes propias. Y se distinguen mucho de las de Paul. Sin embargo... solo has visto fotos tuyas, por eso te cuesta más percibir el parecido. Nunca lo viste moverse ni viste sus gestos. No oíste su voz.

—Cierto —admití—, pero pienso mucho en él, y me habéis contado muchas cosas de él. Lo he visto moverse en sueños. Pero no he oído su voz. Es algo que me intriga. Paul nunca me habla en sueños. Tengo la sensación de que intenta decirme algo, solo eso. Pero tú has hablado con él, has oído su voz. ¿Cómo sonaba? ¿Cómo era?

—Como la tuya —respondió Daniel.

—Yo también tengo fotos para enseñarte —anuncié.

—¿En serio? ¿Qué fotos?

Le di primero las dos fotos del otro chico.

—¿Quién es?

—Creo que es el otro chico, el checoslovaco. Tenía un nombre que empezaba por M. Estoy casi seguro de que es él. Fíjate en lo que pone al dorso. Creo que está en checo.

—*Mému malému Princi* —leyó Daniel—. Sí, es checo.

—¿Lo reconoces?

Daniel negó con la cabeza.

—No, no creo. Naturalmente, se trata de una foto antigua, pero no recuerdo haberlo visto nunca.

Le di entonces la foto de Paul sentado ante su escritorio. Daniel sonrió.

—A este chico sí que lo reconozco. Pero nunca había visto esta foto. ¿Dónde la has encontrado?

—En el trastero.

—Ya.

—¿Lo que tiene en la mano es su diario? Daniel acercó la foto a los ojos.

—No lo sé. No recuerdo cómo era. Seguro que tuvo varios. Escribió durante años.

Por último le enseñé la foto de Paul camino del baño. Daniel sonrió de nuevo.

—Parece un crío. Si no fuera por...

—Sí, claro.

—¿Dónde se hizo la foto? No es tu casa.

—No. Supongo que donde vivía el otro chico. En la casa de M. Debió de ser *él* quien hizo la foto.

Mi madre estaba leyendo cuando llegué a casa.

—Has tardado mucho.

—Sí. A la vuelta he subido a ver a Daniel.  
Me miró y frunció el entrecejo.

—Ven, deja que te vea. Estás un poco pálido.

Me puso la mano en la frente.

—Jonas, estás muy acalorado. Es mejor que te acuestes. No tienes buena cara. No deberías estar fuera tanto tiempo. Mañana al salir del colegio creo que debes venir a casa directamente. ¿Lo harás?

—Sí —respondí—. De acuerdo.

Me dormí con una sonrisa en los labios.

## 11

La puerta se cerró. Mi madre se había ido.

Me senté en el suelo, delante de los armarios de mi habitación. Durante un buen rato me limité a mirar las bases blancas. No me atrevía a examinarlas. ¿Y si estaba equivocado?

El armario de la izquierda estaba en el rincón de la pared del pasillo, lo cual dificultaba retirar el panel frontal. Toqué la base del derecho. Estaba atascada y no se movió. La golpeé. Sí, sonaba hueca, igual que las de los armarios del recibidor.

Me incliné y examiné el lateral de la base. Había un hueco muy estrecho entre

el panel y la propia base. Fui a por un cuchillo.

Con cuidado introduje la punta del cuchillo en la ranura. Un milímetro, dos, tres. Empujé el mango con la mano y el panel se movió un poco.

Metí la mitad de la hoja en la ranura ensanchada, retorciéndola a un lado y a otro. Empujé el mango de nuevo y, de pronto, el panel cayó delante de mis rodillas.

Se me paró el corazón.

Me temblaba la mano cuando dejé el cuchillo en el suelo. Acerqué la cara y miré la base abierta. Polvo, muchísimo polvo. Y un par de lepismas huyendo de la luz. Pero detrás del polvo y las lepismas había una caja.

Grité.

Y saqué la caja.

La habían rebajado cortándola unos centímetros. Encajaba perfectamente en la base. Cubrían los laterales las letras de una



marca comercial partidas al recortar la caja, pero no acerté a descifrar las palabras. No había letras en la tapa, aunque alguien había dibujado un cráneo y unos huesos cruzados en la superficie marrón.

Acababa de encontrar la caja de tesoros de Paul.

Sonreí a la caja como si fuese algo vivo, un objeto amado. Limpié el polvo, coloqué provisionalmente el panel en su sitio, y volví a la cama.

Me estremecí de emoción al sentir el peso de la caja. Retiré la tapa. Y allí estaba, el diario. Había además cartas, fotos y otros papeles. La caja había estado esperándome durante casi dieciocho años. El polvo y la suciedad de dieciocho años habían tapiado la estrecha ranura del escondite de Paul. Pero yo lo había encontrado.

Cogí el diario con mimo. Era el mismo cuaderno que Paul tenía en la foto que

descubrí en el trastero. Al menos se parecía mucho. En la tapa había una etiqueta escrita a mano, pero no por mi madre. Supuse que sería tu letra, Paul, y leí:

«Paul Lundberg. Diario n.º 4. 24 de diciembre de 1968».

—Debe de ser tu último diario —susurré.

Dejé a un lado el cuaderno y saqué el resto de lo que contenía la caja. Entre diferentes cosas había dos fotos del otro chico. La primera parecía una foto escolar. El chico miraba a la cámara, con el cuello un poco torcido y una sonrisa en los labios. En la otra, una foto en color de cuerpo entero, estaba en la playa, a la orilla del mar, con un albornoz amarillo. Se reía ante el fotógrafo, con los brazos estirados. Como una cruz, pensé. El albornoz entreabierto dejaba entrever su cuerpo desnudo.

Di la vuelta a la foto y me encontré con la misma caligrafía de la carta del trastero: «*Mému malému Princi. Tvůj Milenec*».

—¡Milenec! —susurré—. ¡Tu nombre!  
¿Qué fue de ti cuando Paul... Princi murió?

Saqué las tres cartas. Estaban dirigidas a Paul. Y la letra era de Milenec.

Me eché en la cama. La habitación daba vueltas y vueltas, sin parar. Me sentí aturdido y confuso.

Por primera vez me asaltaron las dudas sobre mi investigación. ¿Tenía derecho a curiosear en las cosas escondidas de mi hermano? ¿Tenía derecho a descubrir sus secretos? En caso afirmativo, ¿quién o qué me otorgaba ese derecho?

Cerré los ojos y susurré tu nombre, esperando que me hablastes de algún modo, que me dieras tu aprobación.

Pero no oí nada.

Me levanté y fui a la cocina. Los restos de mi desayuno seguían allí. Puse la radio y limpié la mesa. Llené el fregadero de agua y lavé los platos.

Media hora después volví a mi habitación y me fijé en que una de las cartas había caído al suelo al levantarme de la cama.

La cogí, y dos palabras me llamaron la atención: «... significa hermano...».

Se me aceleró el corazón y leí la carta:

Ahoj, můj Bratře!

Me paso los días soñando contigo. Ni te cuento por las noches. Así que he decidido escribirte, Princi. «*Bratr*» significa hermano en checo. Mi madre me ha hablado de dos tipos (eran amantes) que conoció en Praga. Se llamaban entre sí «*bratr*». Supongo que podemos decir que al fin ambos tenemos un hermano. *Ahoj můj bratře!* (¡Hola, hermano!). No olvides pedirles a tus padres que te dejen quedarte en mi casa la Noche de Valborg.

Hasta el viernes. ¡Con cariño!

P. S.

Me reí. Era la señal que estaba esperando. Paul se había buscado un hermano. Y a un hermano se lo cuentas todo.

Di la vuelta a la carta. No había nada escrito al dorso.

«¿Por qué pusiste P. S. si no hay *post scriptum*, Milenec?»

Me tumbé en cama con las otras dos cartas.

*Ahoj, Paul!*

Hoy le he hablado de ti a mi madre. Al principio se puso un poquitín triste, pero cuando le conté más cosas de ti y de lo que sentía, se alegró. Aunque cree que no debo contárselo a mi padre. Al menos, de momento. Dijo que me ayudaría a explicárselo más adelante. Y me preguntó cuánto te quiero. «*Stává se smrtelně důležitým*», respondí. Se rio. (Significa que no puedo vivir sin ti, Princi.) Y entonces me habló de los tipos que conoció en Praga. Pero en Checoslovaquia es duro ser «*bratr*». Hay demasiados prejuicios. Supongo que ahora aún es peor con el nuevo régimen soviético.

Antes me preocupaba ser «*bratr*». A veces incluso me ponía triste. Pero desde que te conozco, no me importa nada.

Es todo de momento. Hasta pronto, *můj bratře!*

Milenec.

Doblé la carta y la guardé. Y cogí la tercera y última carta. Enseguida me di cuenta de que debía de ser la primera carta que Milenec escribió a mi hermano.

¡Hola, Paul!

Me alegro de que el señor Håkansson me convenciese para posar en tu clase. De lo contrario, nunca nos habríamos conocido. En cuanto entré en el aula me di cuenta de que tenías algo especial. Y noté que me mirabas. Al principio, casi no me atrevía a mirarte. Era difícil estar desnudo delante de toda la clase. No pensé que me pondría tan nervioso. En mi familia nunca dimos mucha importancia a la desnudez. Pero aquello era totalmente distinto, posar desnudo en la mesa del profesor delante de una clase entera. Sobre todo después de que entrases tú. No sé por qué, pero me di cuenta de que eras como yo. ¿Te pasó lo mismo a ti?

Fue una suerte coincidir contigo fuera del colegio. Aquella noche soñé contigo, y ayer

también. Mis padres me dijeron que me veían muy contento. Pero no me atreví a contarles por qué. No lo saben. Se lo diré algún día.

La foto que te mando con la carta es del colegio, del año pasado. Pensé que tal vez quisieses tenerla. Me encantaría tener una foto tuya.

Quiero volver a verte, Paul. Pronto, a ser posible. Tal vez podamos vernos el sábado en la ciudad. Dar una vuelta o algo así. Podríamos quedar en la calle peatonal que hay junto a los grandes almacenes sobre las diez y media. Llámame si no puedes ir. Aunque ojalá puedas.

Me gustas, Paul.

¡Con cariño, Petr!

—¿Petr? —Al principio estaba confundido—. ¿Petr? ¡Pero si te llamas Milenec!

Saqué mi caja de tesoros y miré las fotos de Milenec.

—¡Mierda! Las tiene Daniel.

De pronto, se me aclararon las ideas y recordé la página en la que estaban las fotos.

«Sí, claro.» Había visto el nombre bajo la foto. «Junto a la bahía. Marzo de 1969. *Petr je tady.*»

Sonreí, feliz. Así debías de haberte sentido tú al ver los tres cachorros de zorro.

Miré el despertador. Las dos menos veinte. ¡Genial! La biblioteca estaba a punto de abrir.

\* \* \*

—¿Tiene un diccionario checo-sueco?  
—pregunté a la mujer del mostrador.

Se quitó las gafas y me miró.

—No, no creo, pero miraré por si acaso.

Revisó las fichas del catálogo.

—No, lo siento, no tenemos, pero hay un diccionario checo-inglés en la sección de referencia. ¿Te sirve?

—Sí —respondí.

—Me temo que no puedes llevártelo. No prestamos los libros de referencia.

—No importa. Solo quiero mirar unas palabras.



Hojeé el libro.

*Látka, lhář, lump, matematika, mimořadny...*

«Tiene que estar en algún lado.»

Deslicé los ojos por los renglones. Y lo encontré allí, en medio de la página:

**milnec** [mi-le-nets] amante.

—¡Amante! —exclamé, riéndome. Milnec no era un nombre. Milnec era el apodo que mi hermano daba a su amigo.

—Amante —susurré—. El Príncipe y su amante.

## 12

Me obligué a no abrir el diario de Paul hasta el viernes por la noche. Mis padres estaban viendo una película en la televisión. Estuve un rato con ellos en la sala.

—Creo que no me voy a quedar —dije, y me levanté—. Me voy a la cama a leer. Que descanséis bien.

Me miraron, sorprendidos.

—Son las nueve y media —comentó mi padre.

—No estarás enfermo otra vez, ¿verdad? —se interesó mi madre.

—No, qué va. Solo un poco cansado. Buenas noches.

147/300

Coloqué las almohadas contra la cabecera, me desvestí y me metí en la cama con tu diario en las manos.

Martes, 24 de diciembre de 1968

Es casi la una, por tanto ya es miércoles. Hoy hemos ido a ver a los abuelos. Les regalé una vela que hice en el colegio. La abuela me regaló un jersey y el abuelo un libro. Tomamos café y volvimos a casa. Por la tarde vino Daniel. Celebramos la cena de Nochebuena, y luego papá dijo que le apetecía salir a pasear. Pero le dije que ya no creía en Santa Claus. Tengo quince años. Mamá y Daniel se rieron, y papá se puso un poco triste. Sin embargo, repartió los regalos. Me regaló este diario y el LP del musical *Hair*. Mamá me regaló unos vaqueros, pero tengo que cambiarlos. Me quedan grandes. Daniel quiere introducirme en el jazz. Me ha regalado un álbum de Dave Brubeck. Es buenísimo. Pero todo este rollo navideño me resulta un poco extraño. Me gustaba cuando era pequeño; ahora tengo que fingir.

Viernes, 27 de diciembre de 1968

Por la mañana fui a la ciudad con papá. Cambié los vaqueros por otros de mi talla. Tomamos café en Nilsson antes de separarnos. En la plaza encontré a Elisabeth y Carina. Quieren que vaya con ellas a una fiesta de Nochevieja en casa de Anders. Pero les he dicho que tengo cosas que hacer. No quiero ver a Göran ni a Janne después de lo que ocurrió en la fiesta de Santa Lucía. Esta noche he ido a visitar a Daniel. Me ha enseñado su nueva cámara, una Nikon. Hablamos de hacernos fotos el uno al otro. Quería hablar con él sobre ESO, pero no tuve ocasión. No es solo que no salga con mujeres, sino algo más, un presentimiento. Y aunque es mucho mayor que yo, lo considero un compañero, como un hermano mayor.

Paul escribía a veces cosas que me habían contado mis padres. Nada especial, solo detalles. Y hablaba mucho de Daniel.

Daniel se equivocó en el día que hicieron las fotos. No fue un domingo, sino el viernes 17 de enero de 1969. Y la historia de

Paul era un poco distinta a la que me había contado Daniel.

... Entonces Daniel me dijo que yo era hermoso, que le gustan mis ojos. No supe qué responder. Dijo que quería hacerme fotos, pero no solo de la cara. Le pregunté a qué se refería, y me dijo que quería hacerme fotos desnudo. Al principio me quedé atónito, pero luego me pareció divertido. Aunque me puse muy nervioso. Me desnudé mientras él iba al baño. Pero solo me hizo una foto; sonó el teléfono...

Continué leyendo. Y sonreí ante algo que había ocurrido a finales de febrero de 1969. Paul había comentado el empeño de papá de atornillar los paneles frontales de las bases de los armarios:

Le dije que quería estar solo en mi habitación y que tendría que hacerlo otro día o que ya lo haría yo. Se enfadó un poco, pero aceptó. Espero que se olvide. De lo contrario,

tendré que encontrar un nuevo escondite o arreglarme con el otro.

Por tanto, había otro escondite. Ya lo imaginé cuando descubrí el cuarto diario. Seguro que los anteriores no habían desaparecido. Estaba convencido de que el otro escondite no se encontraba en mi habitación.

Luego, vi la primera anotación sobre Petr. O Milenec.

Martes, 13 de marzo de 1969

¡Qué día tan increíble! La última parte ha sido una doble lección de Arte. Håkansson nos dijo que íbamos a hacer algo nuevo: dibujo de un modelo natural. Supuse que nos dibujaríamos unos a otros. Pero cuando entramos en la otra aula había un tipo esperándonos. Tenía tan buen aspecto que me puse colorado. Llevaba una gruesa bata y, mientras Håkansson daba explicaciones, se quitó la bata y se sentó en la mesa. Estaba completamente desnudo. Me quedé mirándolo sin pestañear. En cierto modo, estaba mucho más desnudo que

los chicos en el vestuario. Tuve una erección. Cuando empecé a dibujar, me temblaba la mano. Pero a Håkansson le gustó mi dibujo, aunque piensa que embellezco las cosas. Me ruboricé otra vez. A veces tengo la impresión de que lo sabe. Al salir del colegio, encontré al chico que posó como modelo. Salía de la tienda de golosinas cuando yo entraba. «Hola», dijo con una sonrisa. Lo saludé con un gesto y me puse colorado...

Creo que en mi vida leí nada con más avidez. Tampoco leí nada tan emocionante como el diario de los últimos seis meses de mi hermano. Seguí leyendo después de que mi madre entrase a darme las buenas noches. Tras leer el diario entero, me quedé totalmente conmovido.

Volví hacia atrás y releí párrafos. Notaba los latidos del corazón en la cabeza y creo que acabé llorando.

Fui al baño. Vi en el espejo mi cara blanca como el papel. Tenía los ojos

enrojecidos. Me lavé la cara con agua fría para reaccionar.

El reloj de la cocina marcaba las dos y media. Se vislumbraban las primeras luces del amanecer al otro lado de la ventana.

Apagué la lámpara de la mesilla, me cubrí con la manta y cerré los ojos. Pero no sé si estaba despierto o dormido. Tenía los ojos cerrados, pero en mi cabeza la historia surgía una y otra vez, la historia de mi hermano Princi y de su amante.



## 13

—¿Adónde vas, Paul? —gritó uno de sus compañeros.

—A la tienda de golosinas. Cogeré el autobús para ir de compras a la ciudad. Hasta mañana.

Atravesó el patio del colegio y siguió el camino que llevaba a la carretera y a la tienda de golosinas.

Iba a abrir la puerta cuando alguien lo hizo desde dentro.

—Hola.

Paul alzó la vista.

—Hola —respondió en un susurro, poniéndose colorado.

—Te he visto antes en clase —dijo el otro chico—. ¿Cómo te llamas?

—Paul.

—Yo soy Petr.

—¿Petr?

El otro chico se rio.

—Sí, Petr. Pero aquí casi todos me llaman Peter. Seguramente Petr les suena raro y abreviado. Es un nombre checo. Mejor dicho, es Peter en checo. Soy checo.

—¿Llevas aquí mucho tiempo? —preguntó Paul.

—Nueve años.

Se quedaron callados, y Paul bajó la vista.

—¿No ibas a comprar algo?

—¿Qué? Sí, claro. Espera un momento —dijo Paul, y entró en la tienda.

Cuando salió, se sentía más tranquilo. Y Petr lo estaba esperando.

—¿Vas a tu casa? —preguntó Paul, ofreciéndole un tofe a Petr.

—No sé. Supongo. ¿Adónde vas tú?

—A la ciudad. Por nada en concreto. Solo a dar una vuelta.

—¿Puedo acompañarte?

—Podemos tomar un café en la cafetería del puerto —sugirió Petr al bajar del autobús—. Si te apetece.

—Claro.

Paul estaba desconcertado. No acababa de entender cómo había establecido contacto con el otro chico. Caminaban juntos; Paul intentaba seguir el paso de Petr. De vez en cuando lo miraba. Le pareció que el otro chico tenía unos ojos preciosos.

Petr se dio cuenta de que Paul lo miraba, se volvió hacia él y le sonrió.

Se sentaron en una de las mesas de los ventanales, desde las que se veía el puerto. Petr señaló una grúa enorme.

—Mi padre trabaja ahí —dijo—. En la grúa verde.

—¿Has estado alguna vez arriba?

—No, es muy alto. No me atrevería —respondió Petr, riéndose—. ¿Tú te atreverías a subir?

—Sí, yo creo que sí. Seguro que es divertido.

Se quedaron callados.

—¿Cómo me has dibujado? —preguntó Petr al poco rato.

Paul sonrió con cierta vergüenza y miró por el ventanal.

—No lo sé. Al señor Håkansson le pareció demasiado bonito.

Petr se rio.

—¿Demasiado bonito? ¿A qué se refería?

—No dijo eso exactamente, sino algo parecido. No sé muy bien a qué se refería.

—¿Y a ti te parece un dibujo demasiado bonito?

Paul dudó antes de responder.

—No. Es como tú, igual a ti.

Petr se rio de nuevo y estiró la mano para tocar a Paul, que se ruborizó ante el contacto, temiendo que alguien los viese.

—¿A qué tienes miedo?

Paul se encogió de hombros.

—No hay por qué tener miedo —continuó el otro chico—. Lo peor que puede ocurrir es que gente que no tiene nada que ver con nosotros diga tonterías. Pero como no tienen nada que ver con nosotros, no nos importa, ¿verdad?

Paul permaneció callado.

Petr se inclinó sobre la mesa y susurró:

—Me fijé en ti en cuanto entraste en la clase de dibujo. Y tuve la sensación de... que éramos iguales. *Somos* iguales. Quería conocerte. Podemos ser colegas. Amigos. ¿No crees?

Paul asintió, pensando que incluso la mujer que atendía el mostrador oiría los acelerados latidos de su corazón.

—Me encantaría ser amigo tuyo, si quieres —concluyó Petr.

—Sí, claro que sí.

Pasearon por el puerto. Petr habló de sus padres. Dijo que les gustaría regresar a Checoslovaquia, pero que no podían después de la invasión soviética.

—¿Huisteis de Checoslovaquia?

—No. Emigramos. Primero a Alemania, donde mi padre encontró trabajo en el puerto de Hamburgo. Allí aprendió a manejar grúas. Al cabo de un año nos trasladamos aquí. Pensábamos estar un año o así, pero la cosa se prolongó. Y un año después Checoslovaquia fue invadida por los soviéticos; ahora tenemos que quedarnos.

—¿Por qué no podéis regresar?

—En realidad, podríamos si quisiéramos. Pero allí hay muchos problemas. No se sabe lo que puede ocurrir. Es demasiado inestable. Hay soldados y policías por

todas partes. No quiero volver. Al menos, aún no. Y mis padres también prefieren estar aquí de momento.

Se sentaron en un banco junto al mercadillo del pescado.

—Una vez sufrí un accidente con la bicicleta en este lugar —dijo Paul, señalando la vía del ferrocarril—. Me volví para mirar a... para mirar a alguien que conocía y no me fijé en la vía. La rueda delantera se atascó y me caí. Una anciana acudió en mi ayuda. Me eché a llorar, no porque me doliese, sino porque había estropeado mi cazadora nueva.

Petr miraba a Paul a la cara mientras hablaba, pero no daba la impresión de estar escuchando.

—¡Ya lo tengo! —exclamó de repente.

—¿Qué? —preguntó Paul.

—Tuve la sensación de que me recordabas a alguien desde que te vi por primera

vez. No sabía a quién, pero acabo de acordarme.

—¿A quién?

—Me recuerdas a un chico de un libro que me leía mi abuela cuando vivíamos en Praga. Era un cuento de hadas con dibujos preciosos.

—¿De qué trataba?

—*O malém princi.*

—¿Qué has dicho?

—Era un cuento sobre un joven príncipe —explicó Petr, sonriendo.

Dos días después, Paul estaba sentado en la valla del aparcamiento de la plaza, esperando a Petr. Había recibido una carta en la que Petr le decía que le gustaría verlo. La madre de Paul se rio cuando lo vio leer la carta. «¿Tienes novia? —preguntó—. Se te ve feliz.» Pero Paul se limitó a reír.



Miró su reloj. Petr había dicho a las once en punto y pasaban diez minutos. ¿Y si no aparecía?

Miraba hacia la parada del autobús cada vez que oía llegar un bus. Pero ni siquiera sabía dónde vivía Petr y, por tanto, no sabía qué bus había tomado.

De pronto, sintió un aliento cálido en la nuca. Y antes de que pudiese dar la vuelta, oyó una voz que decía:

—Creo que me estoy enamorando de ti.

Paul sintió una agradable sensación de bienestar.

—¿Qué has dicho? —preguntó cuando Petr saltó la valla.

—Ya me has oído —respondió Petr—. Pensé que era mejor decírtelo enseguida, antes de que me vieses. Si no, tal vez no me hubiese atrevido.

Paul se rio y se bajó de la valla.

—Sí, claro que te he oído.

—¿Y qué? —preguntó Petr—. ¿No piensas decir nada?

—¿Yo? ¿Por qué?

Petr agitó los brazos.

—En las películas siempre hablan.

Paul sonrió y sacó un trozo de papel de un bolsillo de la cazadora.

—Supongamos que se trata de una película muda —dijo, indicando con gestos: «¡Toma!».

Petr desdobló el papel.

Yo soy el otro,  
el que ha pasado mucho tiempo esperando  
esperando algo que nunca pensé que  
ocurriría.

Soy el otro;  
el que ha estado esperándote.

Creo que somos  
amigos.

Petr miró a Paul, se inclinó y le dio un fugaz beso en la mejilla.

—No te asustes, Paul —susurró—. Mira a tu alrededor. La gente está demasiado ocupada. Nadie se fija en nosotros. Y aunque lo hiciesen, no importa. Eres la persona que he estado esperando. Tú y yo. Y si hemos esperado tanto, no tenemos por qué dejar de hacer lo que queremos. ¿Comprendes?

—Sí, claro —respondió Paul—, pero me pongo nervioso. No por ti, sino por los demás. Yo... me gustaría estar solo contigo. Solos los dos. Sin nadie más.

Petr asintió.

—A mí también —afirmó—. Podemos ir a mi casa. Mis padres han ido a ver a un amigo esta tarde. No volverán hasta la noche. Estaremos solos.

Petr abrió la puerta de su casa y entró corriendo.

—Tengo que ir al baño. ¡Es urgente!

Paul fue a la cocina y se sentó ante la mesa. Oyó el ruido de la cisterna y una puerta que se abría.

—¿Dónde estás? —gritó Petr.

—En la cocina. Hay una nota para ti en la mesa.

—¿Qué dice? —preguntó Petr.

—Dice: «*Petr. Jdeš... jdeš mi na ner... nervy*». No, no lo entiendo.

Petr cogió la nota, riéndose.

—¿Qué dice? —quiso saber Paul.

—Es de mi madre. Está un poco molesta porque me olvidé de lavar los cacharros del desayuno. No suelo olvidarme, pero con la emoción de verte...

—¿Se ha enfadado?

—No, qué va. Un poco, nada más. Se pone nerviosa conmigo. Es eso. —Se sentó frente a Paul—. ¿Te apetece tomar algo? ¿Café? ¿Té?

Paul hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Nada de nada?

—Nada.

—¿Seguro?

Paul se rio.

—Claro que sí. ¿Por qué insistes? ¿También quieres ponerme nervioso a mí?

—No, pero pensé que te apetecería algo.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, yo —respondió Petr con una sonrisa—. Ven, te enseñaré la casa.

A Paul le llamó la atención un cuadro colgado en la sala. Era un retrato de un joven de ojos negros. Su sonrisa se parecía a la de Petr.

—¿Es de la familia?

—No —dijo Petr—. Es Jan Palach. El chico que se quemó a lo bonzo hace un par de meses.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Se quemó a lo bonzo a mediados de enero, para protestar contra el nuevo régimen de Checoslovaquia.

Paul miró el retrato con curiosidad.

—¿Dónde ocurrió?

—En Praga. En la *Václavské náměstí*. Una plaza muy grande. Lo hizo delante del Museo Nacional, al lado de una estatua. Pero no murió inmediatamente. La gente apagó el fuego y lo llevaron al hospital. Murió dos días después.

—¡Dios! ¡Qué locura! No debía de ser mucho mayor que nosotros. ¿O es un retrato antiguo?

—No, no creo que sea antiguo —respondió Petr—. No era mayor. Creo que tenía veinte años, poco más que yo. Mi madre enmarcó el retrato. Lo recortó de una revista. En Checoslovaquia es una especie de santo. La gente peregrina a la plaza Václav y a la tumba de Jan Palach para honrar su memoria y manifestarse en

contra del régimen. —Hizo una pausa—. Después de la muerte de Palach, mi abuela nos escribió una carta. Mi abuelo y ella estaban cerca cuando ocurrió todo. Se acercaron a la estatua cuando llegó la ambulancia; creo que el olor a gasolina y carne quemada era espantoso.

—¿Tu abuela lo conocía?

Petr cabeceó.

—No creo. Tal vez supiese quién era, pero no estoy seguro. Palach no era de Praga, sino de un pueblecito. Mi primo Sasa, que pertenecía al mismo sindicato de estudiantes, sí que lo conoció. Participó en la huelga de hambre que se hizo junto al Museo Nacional tras la muerte de Palach. Mi tío lo obligó a dejarla. Temía perder a Sasa.

—¿Ha servido para algo? Me refiero a su sacrificio.

—No, supongo que no. O sí, tal vez. La gente se unió y comprendió la gravedad de

la situación. Pero los que tendrían que haber escuchado a los manifestantes, el poder ocupador, no se inmutaron. Incluso tuvieron la desfachatez de decir que Jan Palach había sido «víctima del nefasto sistema escolar checo», un sistema que naturalmente no le había enseñando la «verdad» del marxismo-leninismo. Mi padre dice que los checos saben muy bien cuál es la «verdad».

Paul farfulló algo.

—¿Qué has dicho?

—Que es terrible que alguien piense que el único modo de cambiar las cosas es prenderse fuego. Como los monjes de Saigón hace dos años. ¿Te acuerdas? También se quemaron a lo bonzo. La gente incluso los filmó. ¡Qué barbaridad! Veían a una persona ardiendo y, en vez de tratar de evitarlo o de apagar el fuego, cogieron las cámaras y se pusieron a filmar.



—Sí, lo sé. Pero nadie filmó a Jan Palach. Nadie lo sabía, salvo otros estudiantes que también iban a quemarse.

—¿Qué?

—Sí. Tenían que quemarse otros después de Palach. Pero no lo hicieron. No sé por qué. Tal vez no se atrevieron. O tal vez pensaron que la muerte de Jan Palach ya había suscitado suficiente interés. No lo sé. Creo que eran doce o catorce los que pensaban suicidarse a lo bonzo, uno tras otro. Echaron a suertes quién empezaría. Y le tocó a Palach. Dios, no quiero seguir hablando de eso. Me deprime. Ven, te enseñaré mi habitación.

Paul estaba sentado junto a Petr en la cama. Contempló la habitación desconocida, sin poder apartar la vista de los extraños cuadros que colgaban sobre la cama. Había tres, llenos de mariposas

clavadas con alfileres bajo el cristal. Cientos de mariposas.

—¿Te gustan? —preguntó Petr.

Paul dudó antes de responder.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Bueno, las mariposas son bonitas. Son preciosas. Pero resulta un poco espeluznante.

—Sí, ya te entiendo. Yo tampoco sé si me gustan o no —confesó Petr—. Me las regaló mi tío Luba. Se ha pasado la vida coleccionando mariposas. Cuando nos fuimos de Praga, me dio los cuadros como regalo de despedida. —Petr se puso de rodillas y señaló una mariposa—. Esta es la más bonita. Es de América del Sur. La llaman mariposa plateada. Pero el nombre científico es *Argyrophorus argenteus*. Con esta luz parece una mariposa de la col. Pero de vez en cuando aparecen reflejos nacarados en las alas. En los Andes,

17/300  
cuando les da el sol, relucen como la plata. ¡Fíjate!, las alas parecen de plata. Es preciosa, ¿no crees?

Se sentó y cogió la mano de Paul.

—Pero tú eres aún más hermoso —dijo—. Creo que eres lo más hermoso. —Se inclinó y besó a Paul en la mejilla.

Paul sintió que el calor envolvía su cuerpo y se echó hacia atrás, arrastrando a Petr consigo.

—¡Ven! —pidió—. ¡Acércate!

Petr se tendió junto a Paul, acariciándole la ceja con el dedo.

—*Mũj malý princi* —susurró—. *Mũj malý, malý princi.*

Paul percibió el aliento de Petr en su cara. Era cálido, ardiente, como si tuviese fiebre.

Petr sonrió cuando Paul le preguntó si, en efecto, tenía fiebre.

—No, creo que no. Pero si la tengo, es culpa tuya.

Y se besaron.

\* \* \*

Al anochecer estaban en la parada del autobús esperando el bus que llevaría a Paul a casa.

—Tenemos que vernos pronto —dijo Petr—. Si no, me volveré loco.

Paul se rio.

—Pues claro que nos veremos pronto —replicó—. No podría vivir sin verte.

Petr lo rodeó con sus brazos, y a Paul ya no le importó que los vieses. Sintió el cuerpo del otro chico junto al suyo y la reacción de su propio cuerpo.

Petr también reaccionó. Apretó a Paul contra sí antes de soltarlo y retroceder.

—Esto es peligrosísimo —comentó, riéndose.

—Sí, y muy excitante.

# 14

—Tienes una carta —anunció a Paul su madre cuando volvió del colegio—. Y te ha llamado un chico por teléfono. Creo que dijo que se llamaba Peter.

—Seguramente era Petr —corrigió Paul, quitándose la cazadora de ante—. ¿Verdad?

—¿Petr?

—Es un nombre checo.

—Sí, tal vez fuese Petr. No estoy segura. Toma la carta.

—Gracias. ¿Volverá a llamar?

—Creo que dijo que sí. Sí, eso dijo. ¿Lo conoces?

—No mucho, lo he conocido hace poco.

—¿En el colegio?

—Sí, en el colegio.

Sonó el teléfono. Paul oyó a su madre.

—Es para ti, Paul. Es Peter... quiero decir, Petr.

Paul cogió el auricular.

—¡Hola, Princi! Soy yo.

—¡Hola! Gracias por la carta. Pero aún no he tenido tiempo de preguntarles si me dejan quedarme en tu casa la Noche de las Brujas.

—No importa. Ya se lo preguntarás en otro momento. Ahora tienes que pedirles algo más importante.

—¿Qué?

—Si puedes quedarte en mi casa mañana por la noche.

—¿Mañana?

—Sí. Mis padres van a visitar a unos amigos de Kalmar. Quieren ver el partido de

176/300

hockey entre la URSS y Checoslovaquia y no volverán hasta el sábado por la tarde.

—Un momento —dijo Paul—. Voy a preguntarle a mi madre.

Poco después Paul volvió al teléfono.

—Sí, me dejan. ¿Cuándo voy?

Estaban hablando ante el fuego de la chimenea. Tenían la televisión encendida; había empezado el partido. Pero habían eliminado el sonido para escuchar un disco.

—Mi madre está convencida de que me he vuelto loco —dijo Paul.

—¿Por qué?

—Le comenté que iba a ver el partido, pero sabe perfectamente que me importa un bledo el hockey.

Petr se rio.

—No le has mentado. La televisión está encendida.

Paul se inclinó hacia Petr y lo rodeó con los brazos.

—¡Dios, cuánto me alegro de haberte conocido!

—Sí, yo también.

—Cuéntame cómo acabaste posando de modelo en nuestro colegio. ¿Cómo te atreviste?

—Oh, no fue para tanto —aseguró Petr—. El señor Håkansson preguntó si alguien de nuestra clase quería posar como modelo, y levanté la mano. No sabía que me iba a poner tan nervioso. Sin embargo, no fue tan horrible. —Sonrió y acarició los labios de Paul—. Y tuve el presentimiento de que iba a verte.

—¿En serio?

—Creo que sí.

—¿A qué te refieres?

—Creo que te vi en el patio del colegio un día que estaba hablando con un amigo. Incluso le pregunté a alguien cómo te



llamabas, en qué clase estabas, y puede que también le preguntase al señor Håkansson en qué curso quería que posase.

—¿Qué me estás diciendo? ¿El señor Håkansson también da clase en tu colegio?

—Sí. Empiezas a entenderlo, ¿verdad?

—Sí, tal vez. Pero no entiendo por qué no te vi cuando estuviste en el patio de nuestro colegio. Debería haberte visto.

Petr se rio.

—Solo te vi una vez antes de la clase de dibujo. Estabas solo delante del comedor del colegio, mirando algo que había en el suelo. Algo pequeño. Te agachaste y cogiste lo que estabas mirando, no pude ver qué era; parecías completamente absorto en lo que habías encontrado.

—No sé de qué me hablas —dijo Paul, intrigado—. ¿Eso cuándo fue?

—El otoño pasado.

—¿El otoño pasado?

—Sí, el otoño pasado. A finales de septiembre, para ser preciso.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque era la víspera de mi cumpleaños.

—¿Algo más?

—Fue el 20 de septiembre de 1968. Creo que eran las doce y diez.

Paul se rio y dio un empujón a Petr.

—Me tomas el pelo.

—No, te prometo que es verdad.

—Lo comprobaré en mi diario.

Petr fue hasta la ventana, bajó la persiana y se volvió con una sonrisa.

—Es mejor que pongamos el colchón en el suelo —sugirió—. Así tendremos más sitio.

A continuación, empezó a desnudarse: se quitó el jersey, los vaqueros, los calcetines y los calzoncillos. Una vez desnudo, se acercó a Paul, posó las manos en sus hombros y lo apretó contra sí.

Paul apenas se atrevió a tocarlo.

—Tranquilo —susurró Petr—. No soy peligroso.

Paul sintió el otro cuerpo contra el suyo, sintió el pene del otro rozando su pierna.

—¿No sería mejor que te desnudases? —sugirió Petr.

—Sí, lo haré —respondió Paul—. Tengo que hacer pis.

Paul cerró la puerta del baño. Le latía el corazón de tal forma que pensó que Petr podía oírlo. Se acercó al lavabo y se lavó la cara con agua fría.

—Calma —dijo a su imagen en el espejo—. Tranquilízate y entrégate a él. Es lo que deseas.

Paul se quitó la camisa y los vaqueros. Se sentó en el colchón y se quitó los calzoncillos y los calcetines. Inmediatamente se ocultó bajo la sábana.

Petr lo imitó y se acercó a él, sonriendo.

Paul volvió a sentir el cálido aliento de Petr en la cara y su pene rozando la cadera. Se puso de lado. A Paul le pareció que los ojos del otro chico habían absorbido la suave luz de la habitación de tanto como relucían: eran como gotas de agua bajo el claro de luna.

Sus manos se encontraron y los dedos se entrelazaron. ¿Cuál es tu mano? Y los penes coincidieron como dos espadas cruzadas.

—*Mũj princi* —susurró Petr—. *Mũj malý princi*.

—¿Qué significa? —preguntó Paul, aunque lo sabía.

Petr susurró la respuesta mientras sus manos exploraban el cuerpo de Paul, acariciaban su pecho y se demoraban en el ombligo. Manos curiosas, ardientes, deseosas de examinar. Los labios de ambos estaban muy cerca. Paul besó a Petr. Y los ojos de Petr resplandecieron cuando su mano

encontró el pene de Paul y lo acarició suavemente.

Paul acarició los hombros y la espalda de Petr. Los brazos se enredaron, y los dos se rieron. La mano de Paul se posó en el culo de Petr cuando sintió la mano del otro sobre su pene. Petr lo acariciaba con ternura, y Paul no pudo contenerse más.

—¡Ya! —susurró Petr, sonriendo.

Paul soltó un gemido, casi sin respiración.

—Ahora estás todo pegajoso —murmuró, acariciando el estómago de Petr.

—No importa. Tenemos un cuarto de baño... y una lavadora. —Cogió la camiseta colgada en la cabecera, y la manta se cayó con el movimiento.

Paul vio el cuerpo de Petr en la penumbra. Tocó el pene de Petr, acariciándole la base suavemente. Petr suspiró, soltó la camiseta y se tumbó. Paul continuó moviendo la mano. Oyó a Petr decir algo,

pero no lo entendió. Se apoyó en un codo para ver mejor, para moverse con más facilidad. Notó un cambio en la respiración de Petr, se interrumpió y contempló su cuerpo.

—Eres maravilloso —susurró antes de continuar.

Petr se volvió lentamente y acarició a Paul.

—¡Oh, Paul!

Paul rozó con los labios el cuello del otro chico. Se dio cuenta de que tragaba saliva. Lo besó y notó algo húmedo en su propio cuello. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando oyó respirar a Petr, casi entre sollozos.

—¡Dios! —susurró Petr—. ¡Abrázame fuerte! ¡Sí!

Se estrecharon firmemente durante largo rato.

—Nunca había sentido nada igual —dijo Paul, riéndose.

—Ni yo —se sumó Petr—. No creo que haya nada parecido, y si lo hay, no me importa. Esto es lo máximo para mí.

De repente, los dos se echaron a reír.

Petr se estiró y se acercó a Paul.

—Esto es lo más maravilloso del mundo. ¿Y si lo supiesen?

—¿Quiénes?

—¡Todos! No me importa. Que lo sepan todos.

—Supongo que algunos ya lo saben —comentó Paul—. ¿No crees?

—Sí, imagino. Algunos sí.

Paul bostezó y se estiró. El reloj de la mesa de Petr marcaba las dos y media.

—¿Te apetece dormir, Princi?

Paul asintió, tarareando algo.

—Luego te canto una nana. Una nana que me cantaba mi abuela cuando era pequeño. Apóyate en mi almohada.

Paul puso la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Se sentía como si el colchón diese vueltas sin parar, igual que un tiovivo.

Y Petr empezó a cantar en tono susurrante y extraño.

Hajej můj princi a spi  
jsou s tebou anděle tví...

Pero Paul se había dormido.

Paul se despertó con ganas de ir al baño. Incluso antes de abrir los ojos, se dio cuenta de que estaba en casa de Petr. Reconoció el leve olor del otro chico y oyó su respiración.

El brazo de Petr descansaba sobre su pecho, y Paul no se atrevió a moverse, pero llegó un momento en que no le quedó más remedio. Se deslizó con cuidado y bajó al cuarto de baño.



Cuando volvió, susurró:

—¿Estás despierto?

No obtuvo respuesta.

—¿Estás despierto, Milenec?

Petr sonrió y abrió los ojos. Estiró un brazo y, al posar la mano sobre el pecho de Paul, sintió los latidos del corazón del chico.

—Sí, Princi —respondió Petr—. Estoy despierto. Y completamente desnudo. ¡Tócame!

Paul se rio.

—Sí, ya lo veo. Yo también estoy despierto. ¡Tócame!

Petr acarició el rostro de Paul.

—¿Cuándo vuelven tus padres?

—No te preocupes por eso.

—No me preocupo, pero quiero saberlo. ¿Cuándo vuelven?

—¿Por qué lo preguntas?

—He visto que tenéis una enorme bañera, y he pensado que tal vez

pudiésemos darnos un baño antes de que vengan.

Petr se rio.

—Tenemos tiempo de bañarnos y de...

—¿De qué?

—En fin...

—¿De qué más? —insistió Paul.

—De lavar las sábanas.

Tras el baño salieron a pasear. Estaba nevando. Sus pies chirriaban sobre la nieve.

—¿Por qué me preguntaste si había estado antes con alguien? —quiso saber Petr.

—No sé, es todo muy raro. Haces muchas cosas. Te atreves a hacerlas. Haces cosas que yo ni había soñado. Ni siquiera sabía que pudiesen hacerse. Es como si fueses un profesor o algo por el estilo. Por eso pensé que tal vez te hubiese enseñando alguien. Apenas eres un año mayor que yo. ¿Dónde has aprendido tantas cosas?

Petr se quedó callado unos instantes y luego dijo:

—No sé si he aprendido mucho. Pero me gusta jugar. Me gusta imaginar cosas. Además, no estoy tan seguro de haber sido el profesor. ¿Y qué me dices de *ti*, Paul?

Paul se detuvo y lo miró.

—¿Yo? Si no sé nada. Jamás se me habría ocurrido... eso que hiciste en la bañera. Nunca había besado a nadie hasta que te conocí.

—Sin embargo, a veces las cosas ocurren sin más —dijo Petr—. Salen de ti. No siempre se necesita un profesor para aprender algo nuevo. Las cosas surgen. Y no creo... ¡Espera! ¡No te muevas! —Se quitó el guante y acercó la mano a la mejilla de Paul—. ¡Una pestaña!

Desabrochó la parte superior de su chaquetón y metió la mano bajo el jersey.

—¿Qué estás haciendo?

—Pedir un deseo.

—¿Cómo es eso?

—Si encuentras una pestaña de alguien, debes meterla bajo tu ropa interior y pedir un deseo.

Paul se rio.

—Jamás había oído nada igual. ¿Te lo has inventado?

Petr hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no me lo he inventado. Algunas cosas se aprenden de otras personas. Y eso lo aprendí de mi abuela de Praga.

—¿Quieres decir que es una especie de superstición checa?

—Sí.

—¿Y qué deseo has pedido?

—No está permitido revelar los deseos. Si se descubren, no se convierten en realidad, ni aquí ni en Checoslovaquia. Sigamos. Hace frío.

—¿No deberías abrocharte el chaquetón?

—No, no hace *tanto* frío.

Llegaron al mar. El viento estaba helado, y Paul se moría de frío.

Petr señaló un pabellón en una punta que se adentraba en el mar.

—Hace dos años estaba allí, viendo cómo ardía la casa del otro lado de la bahía. ¡Allí, mira! Aún están los restos de la chimenea, ¿los ves?

Paul asintió.

—Las llamas eran enormes y el fuego prendió en los árboles de detrás de la casa. Temí que hubiese un incendio forestal y que afectase también a nuestra casa.

—¿No actuaron los bomberos?

—Sí, pero no obstante me dio mucho miedo.

—¿Estabas solo?

—Sí.

—¿Cómo entraste en el pabellón?

Petr dudó. —El pabellón era... supongo que podría considerarlo mi escondite

secreto —respondió—. Iba casi todos los días.

—Seguro que no estabas tan escondido. La gente que vivía en la casa del otro lado de la bahía tenía que verte a la fuerza, ¿no crees?

—No. La casa llevaba años deshabitada antes de arder. No había... nadie que me viese. —Se quedó pensativo, mirando el pabellón.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué dudas?

—¿Dudar? No dudo. Solo estaba pensando en algo... Vamos a la punta.

Paul se agachó junto a una roca.

Petr acercó la cámara a los ojos. A través del visor vio a un chico que le recordaba al príncipe del cuento que su abuela le leía cuando era niño. Pero el chico del visor no era un príncipe de cuento de hadas, sino una persona real. El fuerte viento

alborotaba su pelo negro, y sus ojos oscuros miraban a la cámara mientras sonreía.

—No he pintado tu retrato —dijo Petr—. Por eso debo hacer una foto, para mirarte cuando no estés.

Paul se rio.

—A mí también me gustaría tener una foto tuya. Aunque te he pintado y tengo tu fotografía del colegio. Siéntate en la roca.

Petr le dio la cámara a Paul.

—Ponte de perfil —pidió Paul—. Quiero tu nariz.

Petr se echo a reír.

—¿Mi nariz? ¿Tan especial es?

—Sí.

—¿En qué sentido?

—Es la única nariz que he visto sobre mi ombligo.

Petr se rio tanto que a punto estuvo de caer de la roca.

—Pues en ese caso también debes tener mis labios en la foto.

—No te preocupes, estarán tus labios.



# 15

El sol achicharraba la playa en la que habían quedado. A Paul le habría gustado más ir en bicicleta a la costa rocosa del otro extremo de la ciudad, pero dejó decidir a Petr.

—Mi madre no se encuentra bien —dijo Petr por teléfono—. Tiene migraña. Y no quiero alejarme mucho de casa. Me gustaría acercarme a casa a mediodía para ver cómo está. ¿Te parece bien?

—Sí, claro, con tal de que podamos vernos... —respondió Paul.

Nadaron hasta una balsa donde tomaron el sol.

—¡Y pensar que mañana el hombre pisará la luna! —exclamó Paul—. ¡Es fantástico! Ojalá pudiese ir yo también. Debe de ser lo máximo.

—Sí, no lo dudo, pero yo no me atrevería —confesó Petr.

—¿No? ¿Por qué no?

—No lo sé... Está... demasiado lejos. ¿Y si no pueden regresar? ¿Y si se estropea la nave espacial y no pueden salir de la luna? Jamás me arriesgaría tanto.

—Yo sí —dijo Paul, incorporándose sobre los codos—. No tiene tanta importancia. Me refiero al hecho de no regresar. Piensa en lo que debe de ser caminar por la luna, ver la tierra desde arriba. Solo por eso valdría la pena el viaje. Tiene que ser algo increíble, y el regreso es lo de menos, ¿no crees? ¿No morirías por una cosa así?

Petr frunció el entrecejo.

—Por supuesto que no. Hay montones de lugares y países en la Tierra que me gustaría ver. Imagínate ir a África y ver los animales salvajes. O las pirámides. O navegar por el río subterráneo que recorre las grutas de Postojna, sentado en una barca, mirando las estalactitas.

Paul se rio.

—Eso también sería genial, pero lo puedes hacer antes, ¿no? Y reservar el viaje a la luna para después, cuando hayas visto todo lo que quieres ver en la Tierra. ¿Irás entonces?

—A lo mejor, aunque no creo. Seguiría dándome miedo.

—Ya veo —dijo Paul—, pero sabrás que en las cuevas hay unas enormes y asquerosas arañas, ¿verdad? —Estiró la mano, doblando los dedos como si fueran patas de araña sobre la espalda de Petr.

Petr se apartó, riéndose.

Fueron a la playa.

Paul se tumbó en la toalla, y Petr se cambió la ropa.

—Me estás mirando, ¿verdad? —preguntó Petr con una sonrisa.

—Sí. Eres muy guapo. El mero hecho de mirarte me produce una extraña sensación en el estómago. Deberíamos estar en tu casa, solos.

—Lo haremos el próximo fin de semana. Mis padres van a volver a Kalmar y se quedarán tres días. Puedo pasar el tiempo vistiéndome y desnudándome, si te apetece. Pero en ese caso tendrás que tomar algo para el estómago o no sobrevivirás al fin de semana.

—No me importa que me amputen el estómago con tal de estar contigo.

—De acuerdo —dijo Petr—, siempre que no te amputen nada más.

Se vistió y se inclinó sobre Paul.

—Vuelvo dentro de media hora. Solo voy a ver cómo está mi madre. —Besó a Paul en la mejilla—. Cuando vuelva, te traeré helado. ¡Hasta luego, Princi!

—Estupendo. ¡No tardes, por favor!

El sol abrasaba la espalda de Paul, que estaba tumbado con la toalla sobre la cabeza, escuchando todos los sonidos que lo rodeaban: risas infantiles, gritos de padres, radios que emitían canciones que tan pronto se desvanecían como revivían. Oyó sirenas a lo lejos y un autobús que arrancaba. A su lado se sentó una niña que se puso a hablar con su patito de plástico.

Paul retiró la toalla de la cabeza, se incorporó sobre los codos y miró el reloj de Petr.

—¿Por qué no viene? —susurró—. Hace casi una hora que se fue.

Se levantó y miró a la carretera.

—Date prisa, Milenec. —Luego se volvió hacia el mar y tomó una decisión.

Recogió sus cosas y las de Petr y montó en la bicicleta. Había casi un kilómetro desde la playa a casa de Petr por la carretera. Pero Paul tomó otro camino, un antiguo sendero del bosque bordeado de maleza.

Pedaleó lo más rápido que pudo, sin apartar los ojos del camino para esquivar los socavones y las piedras. Tenía la sensación de que había ocurrido algo, algo importante, pero no imaginaba qué podía ser.

Cuando estuvo cerca de la casa, comprendió lo que había olvidado: las sirenas. En cuanto vio la casa y los camiones de bomberos, se dio cuenta de que hacía un rato que olía a humo.

—¡Petr! —gritó, y tropezó. El manillar de la bicicleta se le clavó en el estómago, pero no le importó. Se levantó enseguida y corrió hacia la casa. Ni siquiera se fijó en que

tuvo que saltar sobre la bicicleta de Petr, tirada en el suelo.

Las llamas surgían del tejado. Por todas partes había bomberos que apuntaban al fuego con sus mangueras. Había un ruido ensordecedor, pero no supo si procedía de las llamas o de los coches de bomberos.

—¡Petr! —gritó otra vez.

—¡Por amor de Dios, fuera de aquí! —ordenó un bombero, cogiéndolo por un brazo y apartándolo—. ¿Qué haces? ¿Quieres matarte? ¡Lárgate de aquí!

Paul se cayó. Intentó levantarse, pero las piernas no le obedecieron. Volvió a caer y se lastimó un codo.

De pronto, se produjo un terrible rugido. Miró la casa, paralizado. Vio a los bomberos apartarse cuando el tejado se derrumbó. Una enorme lluvia de chispas moteó el jardín. Paul vio cómo el fuego prendía en un abedul.

Y entonces descubrió la ambulancia.

Se levantó y caminó hacia ella, tambaleándose. Le pesaban las piernas. Sentía cada paso como si le arrancasen el corazón. ¿Qué están haciendo?, pensó, confundido, cuando vio al personal sanitario con una camilla.

Había alguien en la camilla. Un hombre de bata blanca cubrió el cuerpo. Paul frenó en seco y cayó de rodillas a pocos metros. Vio una cosa oscura que sobresalía bajo la sábana. No supo qué era. Tenía el pulso acelerado y problemas para centrar la vista. Entonces comprendió, horrorizado, que la cosa negra y deforme que estaba viendo era un brazo, un brazo totalmente quemado.

Le llamó la atención algo más.

Al principio no quiso dar crédito a lo que estaba viendo. Pero no pudo apartar los ojos del pie que sobresalía de la camilla.

Como si fuese un eco, un producto del sueño, oyó a un camillero hablar con otro.



Cuando la horrible realidad se impuso a su resistencia a comprender, escuchó el diálogo:

—¿Ha muerto?

—Sí. Totalmente quemado.

—¡Mierda!

—¿Y el otro?

—Lo han llevado al hospital.

Levantaron la camilla y la metieron en la ambulancia. Paul vio moverse las zapatillas de deporte rojas de Petr cuando la camilla fue introducida en el vehículo, como si perteneciesen al alguien vivo.

La puerta se cerró.

Paul dio la vuelta y vomitó.

Estaba en el cuarto de baño. No recordaba cómo había llegado a casa, seguramente en bicicleta. Había llevado todas las cosas. Tenía las toallas y los bañadores en las manos, aún mojados. Los colgó en la

bañera para que se secasen. Como si no hubiese ocurrido nada.

Cuando se volvió y se vio en el espejo, el mundo se le echó encima y cayó al suelo, llorando.

Luego, salió al pasillo, con las cosas de Petr. El cristal del reloj se había roto cuando cayó de la bicicleta. Olió la toalla y el bañador, pero olían a agua salada y arena. Ni rastro de Petr.

Salió a la escalera, abrió la rampa de la basura y arrojó en ella las cosas de Petr.

Horas después a Paul lo despertó el ruido de una llave en la puerta principal. Abrió los ojos y lo invadió el recuerdo de lo ocurrido.

—¿Paul?

Su madre entró en la habitación.

—¿Paul?

La miró.

—Hola, cariño. ¿Estás durmiendo a estas horas del día?

Paul asintió.

—¿Qué ocurre? ¿No te encuentras bien? —Se sentó al borde de la cama y puso la mano sobre la frente de Paul—. ¡Estás ardiendo!

—Creo que tengo fiebre —murmuró Paul—. Me he dormido.

—¿Has mirado la fiebre?

Paul hizo un gesto negativo.

—¿Quieres mirarla?

—No. Ya estoy mejor. Me pondré bien.

—Espero que no hayas vuelto a coger la gripe —dijo la madre, nerviosa—. Ahora que por fin es verano y puedes disfrutar de tus últimas vacaciones antes de ir al instituto. Confío en que no caigas enfermo. Tal vez no te quede tiempo el próximo verano. ¿Quién sabe? A lo mejor tienes que trabajar en vacaciones.

Paul no dijo nada. Cerró los ojos y disfrutó de las caricias de su madre, como si fuese pequeño otra vez. O...

Intentó no pensar en Petr y abrió los ojos.

—¿Qué tienes en el brazo? —preguntó su madre—. ¡Hay sangre por todas partes!

Paul rozó con los dedos las costras que cubrían su piel.

—Me caí —dijo—. Ya no me duele.

—Tenemos que limpiarte —observó la madre—. Por cierto, ¿fuiste a nadar?

Paul cerró los ojos y asintió lentamente.

—Tal vez prefieras dormir un poco más.

—Sí, creo que sí. Un rato.

—Te despertaré antes de la cena. ¿Te parece?

—De acuerdo.

Se levantó para salir de la habitación.

—¡No, espera! —gritó Paul.

—¿Qué ocurre, cariño?

Paul sujetó la mano de su madre.

—¿Puedes esperar a que me duerma?

—Sí, claro que puedo —respondió ella—.

Me quedaré.

# 16

Las últimas notas del cuarto diario de mi hermano fueron escritas la noche anterior al lunes 21 de julio de 1969. En ellas describe brevemente los terribles acontecimientos. Pero al final cambia el estilo, y las frases son más largas.

Estoy en casa. En la cama. O me siento en la mesa y miro por la ventana sin ver nada en realidad. Al menos no sé lo que veo. No asumo que esté muerto. Intento pensar en otras cosas, pero siempre vuelvo a Petr. O al vacío. Mamá cree que estoy enfermo, y yo la dejo. No puedo hablarle de la muerte de Petr. Al menos de momento. Tendría que explicar demasiadas cosas. Me temo que no las entendería.

Papá tampoco. Pero quiero que sepan lo mío con Petr. ¡Dios, ya no recuerdo cómo era! Miro las fotos, pero es como si también estuviesen muertas. Me siento junto a la ventana y contemplo la luna. Está en cuarto menguante y no se verá la mitad antes de que los astronautas caminen por la superficie. Mañana. Y Petr, que no se habría atrevido a pisarla, ni siquiera verá el acontecimiento por televisión. ¡Dios, qué cansado estoy! Intentaré dormir.

Unos días después volví a casa de Daniel.

—Quieres que te cuente cosas de Paul  
—dijo Daniel, sentándose frente a mí.

—Sí, pero primero me gustaría preguntarte una cosa.

—Claro. Pregunta lo que quieras.

—¿Cómo sabías que Petr no asistió al funeral?

Daniel me miró, sorprendido.

—¿A qué te refieres?

—Cuando te pregunté si la persona que amaba a Paul estaba en el funeral, me dijiste que no. ¿Cómo lo sabías?

Daniel bajó la vista y se acarició el muslo.

—¿Cómo lo supiste? —insistí.

—Sí, sí, te lo diré. No me presiones. —Suspiró—. Petr, o Milenec, no asistió al funeral por una razón muy sencilla. No podía. —Hizo una pausa, levantó la cabeza y me miró—. Había muerto.

—¿Y cómo te enteraste?

Daniel se encogió de hombros.

—Murió. ¿Acaso no lo entiendes?

—Sí, claro que lo entiendo. Pero ¿cómo supiste que había muerto? ¿Quién te lo contó?

Se puso pálido, inclinó la cabeza y enteró la cara entre las manos.

—¿Te lo contó Paul?

Daniel asintió.

—¿Vino a verte la noche antes de morir?



—Sí —susurró Daniel.

—¿Y por qué no me lo contaste? ¿Por qué no lo mencionaste? Sabías que me interesaba saberlo. Sabías... —Me di cuenta de que Daniel estaba llorando y me callé. Lo miré, atónito.

—No llores, Daniel —dije en tono amable, y le cogí la mano—. No llores.

Se apartó y me espetó:

—¡Que no llore! ¿Y eso a qué viene? —explotó—. ¡Te empeñas en hablar de cosas pasadas, desagradables y tristes y quieres que no llore! ¿Qué debo hacer? ¡Dímelo! ¿Cómo pretendes que reaccione? Dime, ¿cómo?

—Yo... no quiero que sufras —murmuré.

—Estoy sufriendo ahora mismo al contarte todos los detalles, los horribles detalles que preferiría olvidar.

Apagó el cigarrillo y encendió otro.

—Solo quiero saber qué le pasó a mi hermano —musité—. Por eso te pido que

me cuentas lo que sabes. Daniel... ya sé que es triste y...

Suspiró, se levantó y se acercó a la ventana.

—Te avisé cuando empezaste a «investigar» de que seguramente encontrarías cosas que no te iban a gustar y que incluso podría cambiar tu opinión sobre... los que participamos...

—Temes que te rechace —interrumpí.  
Se volvió y me miró.

—Tal vez.

—No lo entiendo —dije—. ¿Por qué iba a cambiar? No soy quién para juzgarte. Solo quiero saber qué ocurrió. ¿Por qué tendría que rechazarte o condenarte? No hiciste nada malo, ¿verdad? Entonces, ¿por qué tengo que juzgarte?

Daniel sonrió.

—No son más que palabras. No sabes cómo reaccionarás.

Me encogí de hombros.

—No, supongo que no. Pero...

—¿Cómo supiste que Petr murió antes que Paul? —me preguntó Daniel—. Lo sabías ya antes de que yo te lo dijese, ¿verdad?

—Sí, es cierto. Encontré el último diario de Paul. Eso es lo que quería contarte.

Daniel se desmoronó y se hundió en el sofá.

—Ya entiendo. Entonces, Paul escribió en su diario poco antes de morir.

—Sí.

—Cuéntamelo —pidió—. Cuéntame qué escribió el último día.

Se lo expliqué con el máximo detalle.

—¿Nada más?

—Sí.

—¿Cuándo lo escribió?

—El veinte —respondí—. El día antes de morir.

—Sí, eso ya lo sé. Pero ¿a qué hora?

—Tarde, muy tarde. De noche. Estuvo durmiendo, pero se despertó y se puso a escribir.

—¿Y no escribió nada sobre mí?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—¿Estás seguro?

—Sí, totalmente.

Daniel suspiró. Tenía las manos enlazadas entre las piernas. Vi lágrimas en sus ojos.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. No lo entiendo.

—Jonas, es una especie de... alivio. —Esbozó una sonrisa y se secó los ojos—. De acuerdo, te lo contaré puesto que quieres saberlo.

»Paul vino a verme la víspera de su muerte a última hora de la tarde. No sé si estuvo en casa primero o vino directamente aquí. Y yo... no estaba sobrio cuando él vino. Me había pasado la tarde bebiendo y estaba bastante borracho. Paul entró

como un cohete. Lloraba, totalmente destrozado, y me pidió que lo abrazase. Nos sentamos aquí mismo, en este sofá. Y me contó que Petr había muerto. Lo abracé, le acaricié el cabello, susurré palabras de consuelo. “¡Está muerto! ¡Está muerto!”, repetía Paul. “Tanto fuego... y está muerto.” Lo abracé muy fuerte para consolarlo.

Daniel se calló un momento.

—Le dije: «No pasa nada» o algo así. En realidad, no lo creí. Pensé que tal vez se habían enfadado, que habían discutido, y Paul había venido corriendo a mi casa. Creí que se refería a que las cosas habían acabado. Cuando dijo que Petr estaba muerto, pensé que quería decir que... sus sentimientos habían muerto. «Tanto fuego», dijo. Lo recuerdo bien. Pero lo malinterpreté todo. Creí...

Suspiró y me miró.

—¿Lo entiendes? ¿Puedes entenderlo? Creí que estaba exagerando, que la pena le hacía exagerar...

—Sigue —pedí—. ¿Qué ocurrió después?

—Yo estaba cansado, borracho y triste ya antes de que Paul llegase, y no... no tenía recursos para consolarlo, así que no lo hice; al cabo de media hora le dije que se fuese.

—¡Dios mío! —exclamé, aunque no creo que me oyese.

Daniel se frotó los ojos y me miró de refilón.

—¿Lo has oído? —preguntó—. *¡Le dije que se fuese!* ¿Te lo imaginas? Creí que era un riña de amantes o algo por el estilo y lo eché. Paul se marchó. Fue la última vez.

No se me ocurrió nada que decir. Permanecí en el sofá, mirando a Daniel. Había echado la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados. De repente me pareció viejo. Tenía la cara cansada y ojerosa; siempre le

había encontrado un aire juvenil, como si se hubiese plantado en una especie de misteriosa juventud. Pero en aquel momento me pareció que se le habían echado todos los años encima.

—¿Cuándo te enteraste?

Abrió los ojos con un estremecimiento.

—¿Qué has dicho?

—¿Cuándo te enteraste de que era cierto, de que Petr había muerto de verdad?

—Al día siguiente. No me desperté hasta las doce y media. Y ni siquiera me molesté en bajar a por el periódico. Lo cogí horas después. Cuando iba a leerlo, me llamó Sara y me dijo lo que le había ocurrido a Paul.

»Se me cayó el periódico y, aunque me sentía fatal mientras Sara me hablaba de la muerte de Paul, mis ojos no podían apartarse de los titulares. Aún los veo con total claridad: “Violento incendio con víctimas mortales en Saltvik”. No lo entendí. Estaba

totalmente conmocionado por lo que Sara me contaba, podría repetir sus palabras una a una, pero mi cabeza obnubilada por la resaca seguía pendiente de aquel titular.

—¡Qué horror! —susurré.

Daniel me miró.

—¿Qué decía el artículo? —pregunté poco después.

—¿El artículo? Creo que no llegué a leerlo. Solo los titulares, una y otra vez.

—Entonces sabías que Petr había...

Daniel asintió.

—Sí, pero no entiendo cómo...

—¿Cómo pude ser tan jodidamente estúpido para echar a Paul de aquí? —me interrumpió Daniel, en tono airado. Su voz me asustó.

—¡No! —exploté. De pronto, caí en la cuenta—. ¡Oh, es eso! Crees que te voy a odiar porque lo echaste.

—Sí, claro —respondió, cortante.



—Comprendo que te sientas mal por haber echado a Paul —dije con cautela—, pero no veo por qué tendría que odiarte. Tú mismo me has explicado que estabas triste, cansado y borracho y que creíste que Paul exageraba. Así que no hiciste nada malo. Fue un malentendido.

—¿Un malentendido? —gritó Daniel—. ¡Un puñetero malentendido! No entendí ni una palabra de lo que me dijo. Se me metió en la cabeza algo totalmente distinto y lo eché.

Me estaba asustando de verdad.

—No lo *echaste*. En realidad, le pediste que...

—¿Qué más da si lo eché o le pedí que se fuese? Si lo hubiese escuchado, él nunca...  
—No acabó la frase.

Me temblaban las manos. Las apreté contra las piernas para que Daniel no se diese cuenta.

—¿Se hubiese suicidado?

Asintió en silencio. Apenas me atreví a formular la siguiente pregunta.

—¿Crees que Paul se suicidó?

—No lo sé —respondió Daniel—. A veces creo que sí y entonces me siento...

—Culpable —sugerí.

—Sí. Pero otras veces, casi siempre, pienso que fue un accidente. Era bastante soñador. Tenías que llamarlo varias veces para que se enterase.

—Lo sé.

—Pero mi culpa sigue ahí, por haber echado a Paul la última noche de su vida. De eso me acusa en mis pesadillas. De no haberlo escuchado, no haberlo ayudado. De estar tan... Fue el jodido alcohol. No entendí lo que quería decir. ¿Cómo pude ser tan...?

—Estás exagerando —interrumpí—. *Malinterpretaste* lo que dijo. Nadie te puede condenar por eso. Y no creo que Paul se suicidase. Seguro que no lo hizo.

Daniel me miró, asombrado.

—¿Y por qué piensas que no fue un suicidio?

—No creo que lo fuese. Sí, estaba triste. Seguro que tenía una pena inmensa. Pero escribió en su diario que iba a hablar con mis padres de Petr. Que necesitaba un tiempo. Tenía que recuperarse después del terrible accidente. Y luego, quería contarles lo de Petr. Por cierto, también escribió algo sobre la llegada del hombre a la luna. Le emocionaba la idea de pisar la luna. Escribió mucho sobre eso. Hasta el último día. No creo que quisiese perderse el acontecimiento.

Daniel asintió.

—Sí, es cierto. No lo había pensado. Hablaba mucho sobre la llegada a la luna. No, no lo había pensado. Recuerdo la transmisión vía satélite. El ángulo de la cámara cuando Neil Armstrong, o quien

fuese, bajó por la escalerilla y pisó la superficie de la luna. Él...

—¿Ves lo que son las cosas? —le interrumpí—. Mientras veías la televisión, casi te habías olvidado de un amigo; igual que Paul cuando salió a pasear por el bosque.

—¿Adónde quieres llegar?

—Me refiero a que no te cegaban la tristeza ni la pena el primer día tras la muerte de un amigo. Sí, estabas conmovido y apenado por la muerte de Paul, pero aun así podías ver las noticias; y Paul, a pesar de haber perdido a su mejor amigo el día antes, pudo salir a pasear por el bosque. A eso me refiero. La pena no es constante ni siquiera el primer día. Viene y va, como las olas en la playa. A veces hay intervalos más breves entre las olas, pero siempre existe un respiro antes de la siguiente embestida. Y durante ese respiro tienes tiempo para ver la tele o para pasear

por el bosque. Es casi «de rigor». ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí, lo entiendo. Seguramente es así, la pena se difumina un momento. Pero la pena tiene vida propia y a veces la alimentamos con nuestros pensamientos. Corremos el riesgo de que la pena domine los pensamientos y se convierta en algo más o menos constante. Tal vez incluso acabe controlándonos y, entonces, no podemos escapar.

—Sí, sé a qué te refieres —admití—, pero no creo que la pena se hubiese apoderado de Paul. En su diario se ve que también pensaba en otras cosas. Quería hablar de Petr. No solo de su muerte, sino de Petr como persona, como... amante. Pero en aquel momento no tenía valor. Y, como te dije, le interesaba la llegada a la luna. Por eso no creo que se suicidase y, por supuesto, no te estoy acusando de nada. Te conocía, Daniel. Por eso vino aquí a buscar

consuelo. Intentaste dárselo. Y eso era todo lo que podías hacer, ¿o no? No podías devolverle la vida a Petr. Lo único que podías hacer era consolar a Paul diciéndole las cosas que se le dicen a una persona cuando está triste. No se pueden cambiar los hechos, por mucho que queramos.

—Sí —reconoció Daniel tras una pausa—. Supongo que tienes razón. Y casi siempre considero la muerte de Paul como un accidente. Pero a veces, cuando me deprimó, pienso que se suicidó.

—A eso precisamente me refiero —dije—. Cuando te sientes deprimido y triste, alimentas la pena por la muerte de Paul con ideas sobre una posible relación tuya con su muerte. Es entonces cuando la pena adquiere vida propia y te domina.

—Sí —reconoció Daniel.

Permanecimos largo rato en silencio. Me di cuenta de que Daniel seguía dolido, pero me pareció que había logrado comunicarle

algo y que su tristeza no era tan intensa como antes. No me quedaba nada más que decir. Había hecho todo lo que había podido. Mezclé mis propias ideas y especulaciones con frases de mis padres. Durante toda mi niñez escuché sus conversaciones sobre Paul, sobre la pena que sentían tras su muerte. Se podría decir que crecí en un pequeño mundo de tristeza. Quizá sea el producto del período inicial del dolor de mis padres, el resultado de su esfuerzo mutuo por salir adelante. Y en ese momento traté de ayudar a Daniel en su propio dolor.

—Creo que debo volver a casa.

—Sí, claro —afirmó Daniel, levantando la vista—. Es tarde.

Se levantó y se acercó a la ventana.

—Siento haberte asustado, pero estaba muy triste. Me caes bien, quiero que lo sepas. Y me gusta hablar contigo. Pero creo que deberíamos dejar de hablar de Paul y

Petr. Solo sirve para deprimirnos. No pretendo que dejemos de hablar de ellos radicalmente, pero no nos conviene seguir dando vueltas a las cosas tristes que ocurrieron en sus vidas.

—En la vida de Paul no todo fue triste —precisé—. Lo único triste, lo único *realmente* triste, por lo que yo sé, fue la muerte de Petr. Las otras tristezas ocurrieron en *tu* vida y en la de mis padres. La pena se volcó sobre vosotros. La muerte de Paul fue el motivo, y al hablar de lo que le sucedió, hablamos también de vuestra pena, que en cierto modo se disipa. Por eso creo que deberíamos hablar de Paul.

—Sí, tal vez.



# 17

Llegó la primavera, y luego el verano. Empecé a escribir sobre ti, Paul. Sobre ti y Petr. Pero era mucho más difícil de lo que había pensado. Rompí páginas y páginas porque no decían lo que yo quería. O mejor dicho, no expresaban mi idea sobre lo ocurrido. Siempre comenzaba por tu diario y por lo que nuestros padres y Daniel me habían contado, pero mi romántica historia resultaba demasiado dramática o pecaba de exceso de sentimentalismo. La descartaba, la reescribía y acababa por romperla. Me obsesionaba escribir sobre ti, Paul, y sobre lo que realmente había sucedido. Por

las noches, después de acostarme, pensaba en ti obstinadamente para que mis pensamientos te hiciesen aparecer en mis sueños. Pero no soñaba contigo.

Estaba escribiendo sobre la Noche de las Brujas que Paul y Petr habían celebrado juntos cuando alguien llamó a la puerta de mi habitación. Guardé el diario en el cajón de la mesa antes de responder.

Era mi madre.

—Hola, ¿qué haces?

—Escribir —respondí.

—Ya veo. Solo quería preguntarte si mañana vas a ir a nadar.

—No lo sé. Supongo que sí. ¿Por qué?

—Es el día veintiuno —respondió mi madre—. Stefan y yo vamos a visitar el cementerio y poner flores en la tumba de Paul. Pensé que tal vez quisieras acompañarnos.

—Sí, me gustaría —afirmé—. ¿Cuándo vais?

—No lo sé. No tenemos más planes. ¿Querías ir a nadar?

Asentí.

—Puedes llevar el bañador, e iremos a la playa después de la visita al cementerio. ¿Verdad que sería estupendo? Casi nunca salimos los tres juntos.

—Sí, claro. Será estupendo.

La lápida era cuadrada, pequeña y negra. Casi insignificante.

PAUL LUNDBERG

15 años

OSKARSHAMN

No había año de nacimiento ni año de la muerte. Pero era la tumba de mi hermano.

—Hay flores —comentó mi madre, sorprendida—. Alguien las ha puesto hoy. Están frescas.

—Pudo ser la abuela —sugirió mi padre, agachándose ante la lápida—. O tus padres.

—No, no creo. Si hubieran venido, nos lo habrían dicho, ¿no crees?

—Tal vez fue Daniel —observé.

—Sí, tal vez.

Mi padre plantó la flor que mamá había llevado, se levantó y se limpió la tierra de las manos.

—Hace dieciocho años que murió —murmuró mi madre—, pero parece como si hubiese sido ayer. ¿Verdad, Stefan?

Estábamos tomando el sol sobre una roca.

—¡Oh, no aguanto más! —protestó mi madre, levantándose—. Hace demasiado calor. Voy a darme un chapuzón. ¿Venís?

—Luego —dijo mi padre.

—Sí, luego —añadí, cerré los ojos y escuché los sonidos que nos rodeaban: niños que se reían y gritaban, radios que emitían programas veraniegos. A lo lejos se oía el traqueteo de la máquina de un barco. Pensé en el último día que habían pasado juntos Paul y Petr.

—¡Papá!

—¿Qué?

—¿Sabes si hay alguna familia checa en la ciudad?

Mi padre abrió los ojos un instante.

—¿Una familia checa? Supongo que sí. La mujer que trabajaba en el Cine Saga era checoslovaca. ¿Cómo se llamaba? Ludmila, creo. Se casó con uno de mis compañeros de colegio.

—Sí, pero yo me refiero a toda una familia checa —precisé.

Pensó la respuesta.

—No, que yo sepa. Al menos, ya no.

—¿A qué te refieres?

—Hace años había un checo trabajando en el puerto. Se llamaba Adam. Su familia y él eran de Checoslovaquia. De Praga, me parece.

—¿Recuerdas el apellido?

—No, era difícil de pronunciar. Sha... Sho... Shore... Sí, eso. Shorely. Pero no se pronunciaba así. Nunca aprendí a pronunciarlo correctamente. Le llamábamos Adam. Pero se apellidaba Shorely. Adam Shorely.

En ese momento regresó mi madre de bañarse. Se sentó junto a mi padre y se dedicó a secarse el pelo.

—¿De quién hablabais? —preguntó.

—De Adam Shorely —respondió mi padre—. ¿Lo recuerdas?

—No, creo que no. Pero el nombre me suena.

Mi padre se incorporó.

—Seguro que lo recuerdas. Era un tipo alto y flaco, que siempre llevaba una gorra.

—El tono de voz de mi padre cambió de pronto—. Su casa ardió, en Saltvik. ¿No te acuerdas? Murió alguien. Pero Adam no resultó herido. Tienes que acordarte. Trabajaba en el puerto. Después del incendio se trasladaron a Kalmar.

—Sí —dijo mi madre, dubitativa—. Ahora me acuerdo.

Me estaba entrando el frío. *P. S.* Así firmaba las cartas Petr. Y yo había pensado que significaba *post scriptum*.

—¿Cuándo ocurrió eso? —pregunté, disimulando el interés.

Mi padre se quedó pensativo.

—Uff, hace mucho tiempo. Creo que fue antes de que tú nacieses. —Miró a mi madre—. Debió de ser en 1969.

Me senté y me cubrí los hombros con la toalla.

—El mismo año que murió Paul —murmuré.

—Sí, el mismo año.

—¿Lo conocías?

—¿A Adam? No, tanto como eso no. Nos saludábamos cuando nos veíamos en el puerto. Pero no trabajábamos juntos...

Pasó un rato antes de que me atreviese a continuar.

—Dijiste que su casa ardió.

—Sí.

—¿Fue...? ¿Ocurrió en verano, en la época en que murió Paul?

—Sí, ya te lo dije.

—Cuéntame más cosas.

Me miró con curiosidad.

—En realidad, no hay mucho que contar. No recuerdo cómo se produjo el incendio. Pero no estaban en casa cuando empezó. O... no. Adam no estaba. Llegó después. Supongo que fue un incendio fulminante, pues nadie tuvo tiempo de salir.

Me di cuenta de que mi madre me miraba, pero no me atreví a volver la vista hacia ella.



—Sigue —pedí.

—La casa estaba envuelta en llamas cuando llegaron los bomberos. Lo único que pudieron hacer fue impedir que se propagasen. Pero no pudieron salvar la casa.

—¿Y cuándo lo encontraron? —pregunté con voz tensa.

Mis padres me miraron.

—¿A quién? —replicó mi padre.

Miré a mi madre, que parecía asustada.

—A él... el que murió —farfullé.

—¿Acaso no me escuchas? —dijo mi padre, irritado—. Adam no murió; murió su mujer.

—Y el hijo también murió —insistí.

—No, sobrevivió. Pero sufrió graves...

—¡Basta! ¡Acabad de una vez esta horripilante conversación! —exclamó mi madre—. Es totalmente... morboso estar aquí repasando detalles de un accidente que ocurrió hace siglos. —Me lanzó una mirada iracunda—. ¿Qué se te ha metido

en la cabeza, Jonas? ¿Por qué te interesa tanto esa familia? No sabes nada de ellos. No los conoces. Ocurrió mucho antes de que nacieras.

—Y tú —continuó, dirigiéndose a mi padre—, ¿por qué le cuentas esas cosas tan horrendas? ¿Por qué?

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento —murmuré, levantándome a toda prisa.

El agua estaba fría como el hielo cuando me sumergí en ella.

# 18

Llamaron a la puerta de mi habitación.

—¿Sí?

—Soy yo —respondió mi madre, y entró.

Estaba acostado, con la almohada entre los brazos.

—La cena está casi lista —informó—.

¿Tienes hambre?

—Un poco.

Silencio.

—¿Qué estás tramando, Jonas?

—preguntó.

Enterré el rostro en la almohada.

—¡Eh! Podrías contármelo, ¿o no?

Me eché a llorar.

Mi madre me cogió las manos.

—Tranquilo, no llores —susurró—. Te sentirás mejor si me lo cuentas, ¿no crees? —Se inclinó y me susurró al oído—: Hay que lavar la funda de la almohada, pero no sé si aguantará muchas más lágrimas saladas.

—¡No te burles! No es ninguna broma.

—Oh, lo siento. No pretendía... Escucha, Jonas, comprendo que es algo serio; de lo contrario, no reaccionarías así, pero no puedo ayudarte si no me lo cuentas.

Deseaba contárselo todo, pero no me sentía capaz y tampoco quería mentirle.

—He soñado... unas cosas horribles últimamente.

Mi madre me acariciaba las manos.

—No sé, pero algunos sueños eran casi reales. Sobre cosas reales. Y me he enterado de cosas que ocurrieron. Me refiero a cosas reales, que ocurrieron de verdad. He soñado con todo eso, con esas cosas

horribles. Y aunque no conozco a las personas con las que he soñado, es como si casi las conociese, como si pudiese llegar a conocerlas. Pero algunas han muerto.

—¿Quieres decir que has soñado con la familia checa?

—Sí.

—Y también has soñado con la casa que ardió, en la que murió alguien.

Asentí.

—Sí, pero los sueños eran distintos a lo que me contó papá.

Mi madre permaneció callada un rato, mirando por la ventana. Luego, me miró. Sobre la frente le caía un mechón de pelo. Tenía los ojos bañados en lágrimas.

—Jonas, sé que los sueños, las pesadillas, son a veces horribles —dijo—. No importa que sean reales o solo ideas confusas. Tal vez duermes poco, lees mucho de noche, y si no duermes lo suficiente, te sensibilizas ante todo lo que ocurre o lo

que sueñas. Sería conveniente que durmieses un poco más.

—Sí, quizás.

—Debes perdonarme por reñirte en la playa —continuó—, pero creí que me iba a volver loca escuchándoos remover los detalles de aquel horrible incendio.

—Es cierto. Yo también estuve a punto de perder los nervios —admití—. ¿Recuerdas a la familia?

—Sí. Pensé en ellos en el coche. Sí que los recuerdo. A la mujer la conocí en el hospital. Se había perdido y la ayudé a ir a la sala que buscaba. Y también me acuerdo de Adam, aunque muy poco.

—¿Y el hijo? ¿Lo recuerdas?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, creo que nunca lo vi. Solo sé lo que los periódicos dijeron de él. Sufrió graves heridas en el incendio y estuvo inconsciente en el hospital durante un tiempo.

Me pregunté si sabría que su madre había muerto.

La miré, atónito.

—¿Cuándo leíste la noticia?

—Salió en el periódico el día después del incendio —respondió—, el día que murió Paul.

—¿Y te acuerdas? ¿El día de la muerte de Paul recuerdas un artículo de periódico sobre otra familia, otro chico?

—Pues sí. Tal vez por eso mismo. Creo que recuerdo todo lo que ocurrió ese día.

—¿Y no...?

—¿Qué?

—¿Y no recuerdas su nombre? ¿El nombre del otro chico?

Lo pensó un rato.

—Sí. Se llamaba Peter. No, espera... ¡Petr! Eso mismo. Petr. —De pronto, se puso rígida.

—¿Qué ocurre? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Acabo de darme cuenta de algo —respondió—. Creo que Paul conocía a un joven checo que se llamaba Petr. Sí, era el mismo nombre, y ahora tengo la impresión de que se trataba del mismo chico... ¿Y si era el mismo chico el que perdió a su madre y conocía a Paul?

Me costó encontrar las palabras.

—No es probable —acerté a decir—. Seguramente Petr es un nombre muy corriente, ¿no crees? Igual que Peter.

Mi madre asintió.

—Sí, claro. Tienes razón. De todas formas, ahora ya no importa, ¿verdad?

—No, no importa nada —repuse—. Ya no.



## 19

Una placa de latón con la inscripción «Hemeroteca» me indicó que había acertado con el sitio. Llamé a la puerta.

—¡Adelante!

Cuando entré, vi a una mujer de espaldas. Se volvió enseguida y me sonrió.

—¡Hola! ¿Puedo ayudarte?

—Me gustaría ver un periódico antiguo  
—afirmé.

—¿De qué época? Me refiero a la fecha.

—Del 21 de julio de 1969.

La mujer se rio.

—¡Caramba! De eso hace mucho tiempo. Supongo que tú aún no habías nacido.

—No —respondí—. Cierto.

—Naturalmente, puedes buscar. Espera un segundo a que vaya a por la llave.

La mujer sacó un enorme volumen forrado en tela de uno de los numerosos estantes.

—Sí, aquí está —dijo señalando la etiqueta—. Este volumen contiene las ediciones de julio de 1969. Te lo dejo encima de la mesa. ¿Te parece bien?

—Sí, gracias.

Señaló el otro extremo de la sala.

—Tengo que fotocopiar varios artículos —comentó—. Estaré allí. Avísame cuando termines o si necesitas ayuda.

Había mucha información sobre la llegada del hombre a la luna, pero no miré las grisáceas fotografías del satélite. En la cuarta página encontré el titular que Daniel había leído una y otra vez:

## VIOLENTO INCENDIO CON VÍCTIMAS EN SALTVIK

Se me escapó un grito y miré al fondo de la sala. Apenas distinguía a la mujer, que estaba detrás de la polvorienta mampara de cristal. Empecé a leer:

Un violento incendio destruyó una casa en Saltvik ayer por la tarde. Una mujer de cincuenta años murió, y su hijo de dieciséis resultó gravemente herido. El marido no estaba en casa cuando se produjo el incendio. Aunque los bomberos y la ambulancia acudieron rápidamente, la gran densidad del humo impidió salvar la casa. La mujer estaba muerta cuando se halló su cuerpo, pero el joven de dieciséis años presentaba señales de vida. El chico fue trasladado al hospital de Västervik, donde se le diagnosticaron heridas de menor gravedad. El violento incendio amenazó con extenderse a edificios cercanos. Los bomberos no consiguieron apagarlo hasta las diez de la noche. La casa quedó completamente destruida. Aún no se conocen las causas del incendio, pero podría haber sido consecuencia de

un cortocircuito. El marido está en el hospital con un ataque de ansiedad.

Pasé las páginas, confundido y asombrado. Esperaba ver el apellido de Petr en letra impresa. No sabía cómo se pronunciaba ni cómo se escribía. Tal vez encontrase la esquila de su madre más adelante.

Pero mis ojos tropezaron con otra noticia:

## JOVEN MUERTO EN ACCIDENTE DE TREN

—¡Dios mío! —susurré—. Ni siquiera lo había pensado. No contaba con encontrar un artículo sobre la muerte de Paul, sobre la muerte de mi hermano.

Un joven de quince años de Döderhult, en las afueras de Oskarshamn, murió al ser arrollado por un tren el lunes por la tarde. El accidente se produjo en una curva a cinco kilómetros al oeste de Oskarshamn. El joven no

oyó las señales del maquinista, que no pudo frenar el tren. Al parecer, el muchacho había salido a pasear por el bosque. Conocía muy bien la zona y sabía que la línea ferroviaria tenía tráfico frecuente. Murió en el acto.

Eso era todo. Una breve noticia sobre la muerte de mi hermano.

—¡Dios mío! —susurré otra vez. Petr y Paul, Milenec y Princi, solo eran el «hijo de dieciséis años» y «un chico de quince años». Sin duda, hay muchas formas de describir un suceso. O de describir a una persona que ha vivido y amado, llorado y reído. Una persona que vivió y murió, alguien como nosotros, acaba con su vida entera reducida a unas breves líneas en un periódico que enseguida pierde el interés, se pone amarillo y se desecha o se esconde en un archivo oscuro y polvoriento.

No reconocí a mi hermano y a su amigo en aquellos escuetos artículos.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

Me volví rápidamente.

—Oh, lo siento —dijo la mujer—. ¿Te he asustado? Lo siento mucho.

Murmuré algo.

—¿Has encontrado lo que buscabas?  
—repitió.

Asentí con la cabeza.

Se quitó las gafas y me miró. Sus ojos eran de un extraño color azul.

—¿Puedo saber qué estabas buscando?

—Sí, claro —respondí, señalando el artículo.

Se puso las gafas de nuevo y lo leyó.

—Vaya —exclamó—, ¿y cómo se te ha ocurrido buscar este artículo en concreto? Aún no habías nacido.

—Era mi hermano —expliqué—. Murió un año antes de mi nacimiento. Diecisiete meses antes de que yo naciese.

—Entiendo —dijo la mujer en tono amable—, es muy triste. No llegaste a conocerlo, ¿verdad?

Cabeceé.

—¿Cómo se llamaba?

—Paul. Paul Lundberg.

—Sí, claro. Eres el hijo de Sara Lundberg, ¿no? Debería haberlo supuesto. Te pareces mucho a ella.

—¿Conoce a mi madre?

—Sí. Bueno, la conocí de joven. Sara y yo íbamos al mismo colegio. Pero hace siglos que no nos vemos. Recuerdo lo apenada que me sentí cuando leí el anuncio de la muerte de tu hermano. Tuvo que ser horrible para ella. Y también para tu padre. Me alegré cuando supe que había tenido otro hijo. Y aquí estás, frente a mí. El segundo hijo.

—Sí.

—Me llamo Agneta. Agneta Carlsson. Por favor, dale recuerdos a tu madre.

—De su parte —dije—. Por cierto, la es-  
quela... de Paul. ¿Cuándo se publicó?

Se inclinó sobre los periódicos  
encuadernados.

—Veamos. —Pasó con cuidado las frá-  
giles páginas—. No debe de ser difícil de  
encontrar. A ver... No, aquí no está.

Cerró el volumen y cogió el siguiente de  
la estantería. Buscó durante un rato, se de-  
tuvo y señaló con un dedo en el que bril-  
laba una alianza.

Me acerqué, me incliné sobre la página y  
leí la esquila de mi hermano.

Detrás de tu nombre —una estrella y una  
cruz— y detrás de los nombres de nuestros  
padres —Sara y Stefan— y detrás del grupo  
anónimo de personas que te conocían —fa-  
milia y amigos—, alguien había elegido un  
verso de un poema para explicarte y expli-  
carnos a todos por qué te habías ido tan  
pronto:



«La eternidad está enamorada de las obras del tiempo».

Leí el verso otra vez y volví a leerlo.

«La eternidad está enamorada de las obras del tiempo.»

Pensé en las palabras y me gustaron. Encajaban con la idea que me había hecho de lo ocurrido. Era la única explicación razonable. Cualquier otra me suscitaba más ideas, más preguntas. En cierto sentido, aquella era la mejor explicación. Suficiente.

«La eternidad está enamorada de las obras del tiempo.»

La mujer me tocó el brazo con delicadeza.

—William Blake —dijo.

—¿Perdón?

—Es un verso de William Blake. Lo conozco. En nuestra clase había un chico empeñado en hacernos leer a Blake. No creo que lograra convencer a nadie. Pero recuerdo ese verso. Es precioso.

—Sí, en efecto.

Pasé la página y vi el apellido de Petr:

**Nuestra amada  
Daniela Shořelá**

**\* 28 de abril de 1924 - † 20 de julio de  
1969**

**Adam & Petr Shořely  
Tvůj anděl je s tebou**

—¡Agneta! —exclamó mi madre cuando le conté mi visita a la hemeroteca—. ¡Qué bien! Hace muchísimo tiempo que no la veo.

—Leí la esquila de Paul —continué.

—¿Sí? ¿No la habías visto antes?

Negué con la cabeza.

—No, claro. Hay un recorte en alguna parte. Creo que está en un cajón de nuestro dormitorio con un breve artículo sobre... el accidente.

—Sí, también he visto el artículo —afirmé—. Era muy escueto. No lo estaba

buscando, pero cuando lo encontré y lo leí, me pareció mezquino. Casi nada. Pero me gustó el verso.

—¿Qué verso?

—El de la esquila. «La eternidad está enamorada de las obras del tiempo.» Agneta me dijo que lo había escrito William Blake.

—Sí, es cierto. Lo reconoció, ¿eh?

—Sí —afirmé, y le conté lo que Agneta me había explicado.

Mi madre sonrió.

—Yo también recuerdo ese verso —admitió—. Puede decirse que me ha perseguido. Es una de esas frases que se me ocurren de vez en cuando, como si fuese un extraño refrán, una especie de mágico mantra.

—¿Conociste al tipo?

—¿A qué tipo?

—Al de la clase de Agneta, el único que leía a Blake.

Mi madre se rio.

—Sí, claro que lo conocí, y muy bien.

—¿Dónde está la gracia?

—Tú también lo conoces, Jonas. Es Daniel.

\* \* \*

—Jonas —dijo mi madre, algún tiempo después—, me da la impresión de que aún sigues trabajando en ese «crucigrama», ¿verdad? El que tratabas de solucionar hace un par de años, cuando empezaste a preguntarnos cosas a Daniel y a mí. Creías que podíamos ayudarte.

Asentí.

—Pienso que deberías dejarlo. Me parece un lastre para ti, y los «crucigramas» son para entretener, ¿o no? Si lo dejas, seguramente dormirás mucho mejor y te librarás de esas horribles pesadillas.

—Sí, es posible —admití—. Pero solo me falta una palabra y, después, habré acabado el crucigrama y desaparecerán todas mis pesadillas.

—¿Realmente lo crees?

—Sí, de verdad.

## 20

Esa noche escribí a Petr Shořely. Tras la visita a la hemeroteca, fui a la tienda de Telecom. No recuerdo cuántas guías telefónicas consulté antes de encontrar su nombre. Y por fin lo encontré en la guía de mi propia ciudad y sus alrededores. «Shorely, Petr», leí. No había acentos diacríticos y ningún título acompañaba al nombre. Pero figuraba la dirección: una calle de Paskallavik, una pequeña comunidad a unos veinte kilómetros al sur de la ciudad. Me sentí feliz cuando lo encontré, y decidí escribirle inmediatamente.

Le expliqué quién era yo y por qué me ponía en contacto con él.

Me gustaría conocerte. Pronto. A ser posible antes de que empiecen las clases. Tengo muchas cosas que preguntarte. Y hay otras que me gustaría que vieses. Por favor, responde pronto.

Después de cerrar el sobre y poner el sello, empecé a sentir cierta reticencia.

—¿Vas a salir ahora? —preguntó mi padre, sorprendido—. Casi es medianoche.

—Ya lo sé —respondí—, pero quiero echar esta carta en el buzón.

—No llegará antes por más que la eches esta noche —observó—. No vacían el buzón hasta mañana por la mañana.

—Sí, pero yo quiero enviarla ahora.

Esa noche soñé con mi hermano.

*Mi hermano estaba sentado al borde de la cama. Se inclinó sobre mí y susurró mi nombre.*

—¿Sí?

—Ven conmigo —dijo Paul—. Esta noche han salido todas las estrellas.

Me cogió de la mano y me condujo al exterior. Las estrellas brillaban más que nunca. Parecía como si flotasen sobre los tejados y las copas de los árboles.

—¿Ves todo eso, Jonas? —preguntó Paul, señalando el cielo.

—Sí —respondí—. Ahora lo veo.

—¿Sabes qué estás viendo?

Negué con la cabeza.

—Los fuegos artificiales de la eternidad. Los fuegos artificiales eternos que nos encandilan constantemente. Están siempre sobre nosotros, aunque no podamos verlos. Son los fuegos artificiales de la eternidad.

—¿Y qué es la eternidad? —quise saber.

Paul no respondió, se limitó a sonreír.

—¿Es algo vivo? —insistí—. ¿O una fuerza? ¿Es acaso una divinidad?

Mi hermano hizo un gesto negativo.



—No, la eternidad no es un ser vivo ni una divinidad. Tal vez sea una fuerza, sí. La eternidad está en nuestros pensamientos y nuestros deseos.

—¿Y por qué se ha enamorado de ti la eternidad?

—La eternidad está enamorada de todas las obras del tiempo. Y ahí también entras tú, Jonas. La eternidad te ve. Ve tus ojos. Pero tus ojos son obra del tiempo. La eternidad no conoce el tiempo. La eternidad trasciende el tiempo y, por tanto, no ve a través de tus ojos. Por eso la eternidad está enamorada de ti y de todos los que viven en el tiempo.

—Entonces, ¿no debería yo estar contigo?

—Y estarás algún día. Con el tiempo. Pero no hay prisa. La eternidad nunca tiene prisa. Es su esencia.

—Si la eternidad no tiene prisa, ¿por qué moriste tan joven?

*Paul se encogió de hombros y sonrió.*

*—Son cosas que pasan —respondió—. Estaba pensando en la eternidad, las estrellas y el amor y...*

*—¿Y Petr?*

*Paul me acarició la mejilla.*

*—Petr —susurró—. Můj bratře.*

## 21

Las vacaciones de verano terminaron, y comenzaron las clases sin recibir ningún mensaje de Petr. Pensé escribirle otra carta, pero no lo hice. No tenía nada más que decir. Sería una mera repetición de mi primera carta.

—¿Tienes algún problema? —me preguntó mi madre un día.

—No.

Se fijó en mi expresión.

—¿Se trata del crucigrama?

No pude reprimir una sonrisa.

—Sí, en cierto modo. Pero no es solo eso.

—¿No? ¿Quieres hablar del tema?

Negué con la cabeza.

—¿Me contarás todo cuando haya acabado?

La miré.

—Tal vez —respondí—. No lo sé. Tal vez.

Estaba acostado en la cama. Junto a mí, en la mesilla, tenía el Austin azul. Lo cogí, giré el volante de plástico negro y vi cómo se movían las ruedas delanteras. Adelante y atrás, sin parar. Tras el parabrisas lleno de rasguños apenas se distinguían dos figuras de plástico. Acerqué el coche a los ojos. Seguía sin ver las caras. Recordé que, a veces, de pequeño me preguntaba si las figuras estarían contentas o tristes.

Y entonces pensé en Petr.

Y entonces me decidí.

Mi madre estaba sentada ante la mesa de la cocina.

—¿Te apetece un café? —preguntó—. Hay suficiente para los dos.

Me serví una taza y me senté frente a ella.

—¿Sabes una cosa, mamá? —dije tras una pausa—. Este fin de semana voy a visitar a un amigo.

—¡Oh! ¿A quién?

—A un chico del colegio —mentí—. Vive en Paskallavik. Cogeré el primer autobús el sábado por la mañana.

—¿Te quedarás a pasar la noche?

La pregunta me cogió por sorpresa. No había pensado en esa posibilidad. Pero conseguí mantener la expresión bastante tranquila e indiferente.

—No lo sé —respondí—. No hemos hablado de eso. Depende de si se hace tarde o no.

—¿Qué vais a hacer?

Me encogí de hombros.

—Nada especial. Hablar, supongo. Poner discos y cosas así.

—Me parece estupendo —dijo mi madre—. Espero que lo pases bien.

## 22

El conductor del autobús se volvió y me hizo una seña.

—Es aquí.

—Muchas gracias —dije, y me levanté.

El autobús se detuvo, se abrieron las puertas, y me apeé.

Dejé la mochila en el suelo y miré a mi alrededor. En un jardín, no muy lejos de la parada del bus, había una enorme estatua de cristal, una figura humana de reluciente color azul. Casi del mismo color que mi Austin. Un chico de cristal azul.

Saqué el mapa de la mochila. El jardín con la estatua de cristal era mi objetivo.

Miré el mapa y conté las calles. Alcé la vista y me puse en marcha.

\* \* \*

Era una casa pequeña en medio de un umbrío jardín. Parecía una casa de veraneo.

Me detuve ante la verja. El cinco primorosamente rotulado en el buzón me indicó que había acertado. Me temblaba la mano cuando empujé la verja.

Me sentía irreal. Leí las letras en la placa junto al timbre una y otra vez. Durante un buen rato permanecí allí, sin atreverme a llamar.

Los ladridos de un perro rompieron el hechizo. Me volví. Una anciana me miraba desde el otro lado de la calle. Tenía un perro gordo que no dejaba de ladrar mientras tiraba de la correa.

Le di la espalda y llamé al timbre.

No hubo respuesta.

Llamé otra vez. Y el perro volvió a ladrar.



Cuando iba a llamar por tercera vez, se entreabrió la puerta, y los ojos negros de Petr se clavaron en mí.

De pronto su expresión cambió con la rapidez del rayo. Parecía conmocionado.

—Hola —saludé en voz baja.

—¡Oh, Dios! —exclamó Petr.

El perro gordo ladró ferozmente al otro lado de la calle.

Petr miró con mala cara a la anciana y al perro y, abriendo la puerta, me dijo:

—¡Entra! —Entonces pude ver que estaba casi desnudo y que solo llevaba una toalla sobre la entrepierna.

Asombrado, contemplé su cuerpo. Una enorme marca, que se extendía desde la cadera izquierda sobre el pecho hasta el pezón derecho, recordaba la huella de una mano gigantesca. Y la piel, de extraño color, tenía un suave brillo, como el de la seda.

Petr se apresuró a cerrar la puerta y me miró.

—Soy yo, Jonas —murmuré—. El hermano de Paul.

Petr retrocedió y musitó algo que sonó como «crucifijo».

—Iba a ducharme. Estaba... —No acabó la frase.

—¿Te molesto? —Fue lo único que se me ocurrió preguntar.

Se echó a reír.

—¿Molestarme? No lo sé. De momento no.

Procuré no mirar la extraña marca. Petr suspiró.

—Lo siento. Me ha sorprendido mucho verte. En mi vida había pensado que... ¡Entra! Puedes colgar aquí la cazadora y esperar en la sala mientras me ducho.

Asentí, avergonzado.

Petr me llevó a la sala.

—Pon música si te apetece —sugirió, señalando el tocadiscos—. Vuelvo enseguida.

Aquello se me antojaba irreal. Me encontraba en la sala de estar de Petr, mirando sus fotos y sus chucherías, leyendo los títulos de sus libros y curioseando sus discos. Como si formase parte de aquel mundo, como si fuese un lugar familiar. O como si yo fuese otra persona.

Escogí un disco al azar y, de pronto, me rodeó un extraño coro. Palabras extrañas envueltas en música mágica. Y mis manos dejaron de temblar.

Me senté en el sofá y cerré los ojos.

\* \* \*

—¿Jonas?

Me sobresalté.

Petr estaba al otro lado de la mesita. No lo oí entrar. Pero estaba allí. *Petr je tady.*

—¿Te he asustado?

—No, claro que no.

Lo observé mientras hablaba y lo identifiqué con las fotos del álbum de mi hermano. Su cara era un poco más redonda que cuando Paul le hizo las fotos en la bahía. Pero el perfil era el mismo. También los ojos negros.

—Debes perdonarme, pero la verdad es que sufrí una impresión al abrir la puerta.

—¿Me confundiste con Paul?

Petr sonrió; la sonrisa era la misma que la de las fotos.

—No. Me di cuenta de que eras tú, pero no esperaba que vinieses aquí. No contaba con eso.

Desvié la vista.

Petr se acercó al tocadiscos y bajó el volumen de la música.

—¿Cuánto te quedarás? Quiero decir... ¿te vas a marchar... pronto?

—No lo sé —murmuré—. Solo quería verte.

Me miró unos momentos, y luego sonrió.

—Había quedado con un compañero de trabajo dentro de una hora, Jonas, pero puedo llamarle y decirle que no voy a ir. ¿Te parece bien? Así tendremos más tiempo para nosotros.

Me limité a asentir.

Petr se rio y se sentó a mi lado.

—No pongas esa cara de miedo —dijo—. No soy peligroso. Y tampoco estoy enfadado, por si es eso lo que temes. Solo me ha sorprendido verte.

Estiró la mano y me acarició el brazo.

—Quería contestar a tu carta, pero no sabía qué responder. Decías que deseabas hablar de tu hermano, querías averiguar cosas sobre él. Pero yo no tenía muy claro que me apeteciese hablar de Paul. Tienes que comprender que me resulta muy duro.

Aún me duele cuando pienso en él. Pero podemos intentarlo, ya que has venido.

## 23

Después de tomar café, Peter me enseñó su casita. De vez en cuando nos deteníamos, y Petr me daba detalles sobre una foto o cualquier cosa que estuviésemos mirando. En su estudio había dos fotos en marcos ovalados.

—Son mis padres.

—Adam y Daniela —dije.

Petr se rio.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo leí en algún lado.

Petr me miró, y luego sonrió.

—Creo que empiezo a entender.

Le devolví la sonrisa, un poco avergonzado.

—Has leído el diario de Paul, ¿verdad?

Asentí. Petr se rio de nuevo, con una mirada centelleante. De pronto, su expresión cambió.

—¡Dios, cuánto te pareces a él!  
—susurró.

Bajé la vista al suelo, sin saber qué responder.

—Lo siento. No pretendía... —murmuró Petr.

Estábamos los dos sentados en el sofá de la sala. Yo había llevado las fotografías de la caja de tesoros de Paul y se las enseñé a Petr. Le hablé de mi hermano, del cambio que había experimentado la imagen que yo tenía de él con los años, y le conté cómo había encontrado el diario y las fotos.

Me sentía más relajado.



—Parece cosa de Sherlock Holmes —comentó Petr—. ¿Cuándo ocurrió todo eso?

—Hace bastante tiempo —respondí, tratando de recordar—. No, quizá no tanto. Primero encontré las fotografías, y luego el diario.

—Entiendo. Y no sabías nada de mí hasta que encontraste el diario, ¿verdad?

La pregunta me desconcertó.

—No mucho.

—Es una extraña respuesta. ¿Qué quieres decir?

Carraspeé y tosí un poco para ganar tiempo. Pero aunque dudase, no quería ni podía mentir a Petr. Ni siquiera quería disfrazar la verdad con un eufemismo.

—Cuando leí el diario de Paul encontré información sobre ti. Pero tú quieres saber si el diario me desveló tu existencia, ¿no?

Hizo un gesto afirmativo y me miró, asombrado.

—No fue eso lo que averigüé —continué—. Solo me enteré de que *habías* existido. Porque Paul pensó que habías muerto en el incendio de tu casa.

Petr se puso pálido. Se inclinó hacia delante, enterró la cara entre las manos y farfulló algo. Esperé un rato. Y luego me decidí a hablar:

—¿Quieres que te cuente por qué Paul creyó que habías muerto?

—Sí, cuéntamelo.

—Paul te esperó en la playa, pero como tardabas tanto fue en bicicleta hasta tu casa. Llegó poco después de los bomberos y la ambulancia. Y vio un cuerpo con graves quemaduras en una camilla. Los camilleros cubrieron el cuerpo cuando apareció Paul, pero reparó en los pies que sobresalían bajo la manta. Sin ninguna duda vio tus zapatillas rojas de gimnasia, Petr.

—¡Dios mío! —exclamó Petr. Tenía los ojos llenos de lágrimas y de nuevo murmuró algo que sonó a «crucifijo».

—No era *yo* el de la camilla —dijo con una voz teñida de llanto—, sino mi madre. Tenía puestas sus zapatillas de gimnasia, que eran iguales a las mías. No era yo. Cuando la encontraron, yo iba camino del hospital. Ella estaba en el piso de arriba. ¿Por qué no habló con los bomberos? Seguro que se lo habrían dicho. Le habrían explicado... ¡Oh, Dios! Paul creyó que yo había muerto...

Nos quedamos callados un instante. Deseaba decir algo reconfortante, pero no encontré las palabras adecuadas. Y en cambio, le pregunté por el incendio.

—La casa estaba en llamas —explicó—. Después, en el hospital me dijeron que un vecino había llamado a los bomberos, pero que aún no habían llegado cuando aparecí yo. No me di cuenta de que la casa estaba

ardiendo hasta que me acerqué con la bicicleta y, al ver las llamas, me caí. Tropecé con una piedra, un tronco de árbol o algo así, y me caí. Me torcí el tobillo y apenas podía caminar. Resulta casi cómica mi imagen saltando a la pata coja para ir a la casa. Sabía que mi madre estaba en el piso de arriba y quería salvarla. Dentro todo estaba oscuro debido al humo, y me caí en las escaleras. Creo que me golpeé la cabeza y me desmayé. Lo siguiente que recuerdo es despertar en el hospital.

—¿Cuándo te enteraste de que tu madre había muerto?

—Por la noche. Mi padre y un psicólogo fueron a mi habitación y me lo contaron. Pero ya sospechaba lo peor. Solo confirmaron mis temores.

Petr se reclinó en el sofá y se mesó los cabellos.

—¿Y qué ocurrió con Paul? ¿Cuándo te enteraste de que había muerto?

—Un par de días después. Aún estaba en la sala de cuidados especiales. Mi padre leyó la noticia del accidente. Y luego, creo que uno de sus compañeros de trabajo le dijo quién era el chico que había muerto. Que era Paul.

—¡Dios, qué horrible! —murmuré—. Eso significa que perdiste a las dos personas más próximas...

—Sí —dijo Petr—. Fue terrible, lo más terrible.

Petr estaba mirando la foto en la que Paul salía del baño.

—¿Fue en tu casa? —pregunté.

—Sí. La hice por la mañana, después de nuestra primera noche juntos. ¡Dios, qué enamorado estaba de él! Me parecía maravilloso. Era guapo y... mágico.

—Como un Princi.

Petr se rio.

—Sí, como un Princi. —Se le empañaron los ojos de nuevo—. Por lo visto, lo sabes todo sobre nosotros.

Me encogí de hombros. Petr me acarició la mejilla.

—Sufrí una impresión al verte. Te encontré mucho parecido con él. Era como ver otra vez a Paul. Pero ahora que estás cerca, me doy cuenta de que no sois tan parecidos, sino como los hermanos.

—¿De qué estás hablando? ¿Me habías visto antes?

—Sí, este verano en el cementerio. Estaba...

—Fuiste tú el que puso flores en la tumba de Paul.

Petr hizo un gesto afirmativo.

—Sí, fui yo. He visitado su tumba un par de veces cuando he pasado por allí. Pero este verano decidí ir el día del aniversario de su muerte. —Se rio—. Me sentí

acorralado al verte en el cementerio. Como si yo estuviese haciendo algo ilegal.

—Entonces, ¿nos viste?

—Sí, cuando me levanté, te vi abrir la verja. Durante un momento me quedé mirándote. Luego di la vuelta y salí por la otra verja. No quería que me vieseis. Yo no... no quería verte.

Hablamos de Paul durante horas.

Petr completó las cosas que yo sabía y me contó otras que ignoraba.

—¿Paul hablaba checo? ¿Era capaz de expresarse en ese idioma?

Petr hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Aprendió tan solo palabras y frases sueltas. Lo que yo le enseñé. Parecía un crío cuando decía algo en checo. Y no era por la pronunciación, sino porque hablaba como un niño. Mucho después me di cuenta de que se debía a mi propio checo.

Paul me imitaba. Yo era pequeño cuando salimos de Praga para ir primero a Hamburgo y venir luego a Suecia. Y al llegar aquí no hablaba checo casi nunca. Mis padres querían aprender sueco lo antes posible. Y mi conocimiento del checo disminuyó. Podría decirse que mi dominio de la lengua se quedó en un nivel infantil. Pero no comprendí lo infantil que sonaba hasta que oí pronunciar a Paul las palabras que yo le había enseñado. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, creo que sí —respondí, bostezando sin querer.

Petr me acarició la mejilla.

—Pobrecillo —susurró—. Llevamos horas hablando. Será mejor dejar el resto de la historia para otro momento si te aburres.

—No, nada de eso —dije, estirándome—. Solo estoy un poco cansado. Además, quiero preguntarte una cosa.



—¿En serio? —Petr se rio—. Creo que llervas todo el tiempo preguntándome cosas.

—Sí, ya lo sé, pero he estado esperando para preguntarte algo en concreto. Las otras preguntas fueron surgiendo.

—¿Qué es?

—¿Qué ocurrió el viernes 20 de septiembre de 1968 a las doce y diez?

Petr me miró, asombrado. Luego, sus ojos centellearon y se rio.

—¿Estás loco? ¡Debes de creer que soy un ordenador viviente!

—Pues sí, lo creo —dije riéndome—. En cierto modo...

—A ver... Déjame pensar. ¿Has dicho el 20 de septiembre de 1968?

—Sí.

—¿Era viernes?

—Sí. A las doce y diez.

—Para empezar, era la víspera de mi cumpleaños. Por tanto, al día siguiente cumplía quince años... Ya veo —añadió en

voz baja—. Sé adónde quieres llegar. Fue cuando vi a Paul por primera vez.

—Sí.

—Ante el comedor del colegio. Hace siglos que no pienso en eso. Paul estaba mirando algo que había en el suelo. Era guapísimo.

—¡Lo sabía! —exclamé.

—¿Qué?

—Paul lo escribió en su diario. Le hablaste de eso a Paul la primera vez que durmió en tu casa. Pero Paul no te tomó muy en serio. ¿Recuerdas, Petr?

Asintió.

—Paul dijo que consultaría su tercer diario para ver qué estaba haciendo ese día en concreto.

—Sí, en efecto.

—Pero como solo he encontrado el cuarto diario de Paul, no he podido comprobar qué estaba mirando. ¿Sabes qué era?

Petr respiró a fondo.

—Sí, Jonas, lo sé. Me acuerdo perfectamente, aunque hace mucho tiempo que no pensaba en eso. Paul vio un ciervo volante en el asfalto, delante del comedor. Un ciervo volante muy grande. Pero tenía algo raro, un defecto, creo que en una de las alas. Sí, eso es. Un ala sobresalía de forma extraña. Y Paul se agachó para verlo mejor. Incluso lo cogió en la mano para estudiar el ala herida. Y cuando estaba allí, con la mano extendida, mirando el ciervo volante, el insecto alzó el vuelo de repente y se perdió entre los árboles del aparcamiento. —Petr hizo una pausa—. Paul era muy guapo. Yo estaba en el camino del aparcamiento, mirándolo. No vi el ciervo volante porque me encontraba bastante lejos. Solo veía a Paul y sus movimientos: cómo miraba el asfalto, cómo se agachaba sin poner las manos en el suelo, cómo se levantaba. Estiró la palma de la mano ante

el rostro, miró su propia mano. Y de repente, alzó los ojos al cielo, como si buscara algo que yo no podía ver. Y durante todo el tiempo, mientras seguía el vuelo del ciervo volante, mantuvo la mano extendida delante de la cara.

Petr me miró.

—Fue una experiencia espiritual. Como contemplar un baile mágico, una ceremonia ritual. Era muy hermoso.

Y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Era de noche, muy tarde, y llovía cuando Petr me llevó a casa en coche.

—Puedes visitarme cuando quieras —dijo mientras salía de su calle—, si te apetece. No ha sido tan duro como creía. En realidad, me ha gustado hablar de Paul.

—Sí, me gustaría volver.

Petr encendió el estéreo del coche y el sonido de una trompeta solitaria se mezcló con la lluvia que azotaba el parabrisas.

—¿Te gusta el jazz?

Me encogí de hombros.

—Un poco. Daniel solo tiene discos de jazz, así que he escuchado bastantes. Algunos me gustan.

—Daniel... —murmuró Petr—. Paul hablaba mucho de él. Era amigo de la infancia de tu madre, ¿verdad?

—Sí. ¿Paul contaba cosas de él?

—Bueno, no tantas. Pero le caía bien.

—Sí, ya lo sé.

Petr se rio y me miró.

—¿Hay algo que *no* sepas?

Me quedé pensativo.

—Sí, bastantes cosas. Por ejemplo, no sé qué pensaba Paul cuando estaba en medio de las vías del tren.

—Nadie sabe qué pensaba —observó Petr—. ¿De verdad quieres saberlo, Jonas?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—No, creo que no. Me gusta la imagen que tengo ahora. La imagen de Paul. Quiero conservarla.

## 24

Petr frenó en el aparcamiento próximo a nuestra casa. A través de la lluvia vi luz en la ventana de la cocina.

Dejó el motor en marcha unos instantes. Luego lo apagó.

Permanecí sentado a su lado en silencio. Ni siquiera me di cuenta de que me miraba.

—¿En qué estás pensando, *klučina*?

Me asusté.

—¿Qué has dicho?

Petr sonrió.

—¿En qué estás pensando, Jonas?

Hice un gesto de indiferencia.

—No lo sé. En cosas. Nada en especial.

Seguía lloviendo a mares. Vi a alguien sentado ante la mesa de nuestra cocina, pero no distinguí si era mi padre o mi madre.

—No estás triste, ¿verdad? —preguntó, tocándome el brazo.

—¿Triste? En absoluto. ¿Por qué motivo? No, no estoy triste. Solo que todo esto me parece muy raro, como un sueño.

—¿A qué te refieres?

Lo miré a los ojos.

—No sé. Es como... como si todo se borrase y no supiese qué ocurrió en realidad, no pudiese distinguir la imaginación de la realidad.

—Te refieres a lo que le ocurrió a Paul y a lo que ocurre ahora.

Asentí.

—A veces es como si Paul y yo fuésemos la misma persona. Como si solo existiese uno de nosotros. Y las cosas que le



ocurrieron a él, también me ocurren a mí. Pero ahora. ¿Lo entiendes?

—La verdad es que no —confesó Petr—. ¿Quieres decir que las cosas que te están ocurriendo son repeticiones de lo que le ocurrió a Paul?

Lo pensé durante unos momentos.

—Es difícil de explicar. Se trata más bien de una sensación, una sensación de tristeza. Como si supiese más cosas de Paul de lo que debería saber. Sé más de lo que me han contado. Es como si mi imagen de Paul se basase no solo en lo que otros me han dicho y en lo que leí en su diario, sino en algo más. Como si hubiese otro camino entre Paul y yo. Una especie de atajo.

Petr asintió.

—Sí. Tal vez haya un atajo. ¿Quién sabe?

Se quedó callado. La lluvia amainó, y luego dejó de llover. Cogí mi mochila y abrí la puerta del coche.

Petr estiró la mano y me acarició la mejilla.

—¡Hasta luego!

Me quedé en el aparcamiento, mirando cómo Petr se alejaba por la calle en dirección a la carretera.

Me sentí frágil. Estaba feliz y triste a un tiempo. Feliz porque había conocido a Petr, triste —o más bien melancólico— porque ya no tenía más pistas que seguir en mi búsqueda de Paul.

Petr había sido la última pista. Ahora solo quedaba yo.

Abrí la puerta principal. El piso estaba en silencio. Me quité la cazadora y los zapatos y dejé la mochila en mi habitación. Oí un suave susurro procedente de la cocina.

Era mi padre, que estaba leyendo un periódico sensacionalista.

—¡Hola! —exclamó, sorprendido al verme—. Creí que era Sara. Hace un par de horas que se fue a ver a Else.

Me senté frente a mi padre.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó.

—Sí.

Dobló el periódico.

—No esperaba que volvieres hasta mañana.

—¿En serio? Bueno, no habíamos... decidido cuánto me iba a quedar. Y aquí estoy.

De nuevo se impuso aquella extraña sensación de vacío que surgía cuando mi padre y yo estábamos solos. Era como si no tuviésemos nada en común. Y en cierto modo me sentí culpable, como si fuese culpa mía que no tuviésemos nada de que hablar, nada que decirnos.

Permanecimos callados un rato, esperando que sucediese algo. Luego, me

levanté y fui a la sala a llamar a Daniel. Mi padre volvió a sumirse en su periódico.

Esperé con el auricular en la mano a que Daniel respondiese. Pero no estaba.

Colgué y regresé a la cocina.

—¿No contestan?

Negué con la cabeza.

—¿Te apetece un café? —pregunté, sirviéndome una taza.

—No, gracias. Acabo de tomar uno.

Me di cuenta de que me miraba cuando me dirigí con la taza de café a la sala.

Poco después apareció en la sala y se sentó en el sillón.

—Mañana por la mañana podemos salir a pasear —sugirió—, aprovechando que estás en casa. Los dos solos. Si no tienes nada mejor que hacer, claro.

Lo miré.

—¿Adónde vamos? —pregunté, como si importase mucho.

Lo pensó durante un rato.

—Puedo enseñarte la madriguera en la que Paul vio a las tres crías de zorro.

Estuve a punto de atragantarme con el café.

—¿Sabes dónde está?

Asintió.

—Por supuesto. Fuimos los dos juntos. Paul y yo. Me la enseñó unas semanas después de encontrarla. Y volvimos un par de veces más antes de...

—Oh, no lo sabía —exclamé, mirando el televisor y la fotografía de Paul.

—Tal vez no la sigan utilizando —continuó mi padre—. Esta primavera no he ido ninguna vez. Pero sería bonito que vieses la madriguera, ¿no crees? Y la roca a la que trepó antes de ver las crías de zorro.

Una suave brisa agitaba la cortina blanca del balcón abierto. Las luces y sombras se reflejaban en el cristal del retrato de mi hermano y lo hacían revivir. Me miraba y me sonreía.

—Sí, sería bonito. Sería realmente bonito  
—afirmé.

Y mi padre también sonrió.

# PALABRAS Y FRASES EN CHECO

*Petr je tady*      *Petr está aquí / Ha  
llegado Petr*

*Mému malému Princi*      *A mi principito*

*Tvůj milenec*      *Tu amante*

*Ahoj můj bratře*      *Hola, hermano*

*Stává se smrtelně důležitým*      *Él es importantísimo*

*O malém  
princi*      *Sobre un principito*

*Jdeš mi  
na nervy*      *Me sacas de quicio*

*Václavské  
náměsti*      *Plaza Václav*

*Můj malý  
princi*      *Mi principito*

*Hajej můj  
princi a  
spi*      *Shhh, mi principito,  
duérmete*

*Tus ángeles te acom-  
Jsou s te-pañan (primera estro-  
bou      fa en checo de la «Can-  
anděle tví ción de cuna» de  
Mozart)*

*Tvůj  
anděl je s      Tu      ángel      te  
tebou      acompaña*

*Krucifix      Crucifijo      (usado  
como taco)*



---

*Klučina*      *Chico*

Agradezco a Klára & Václav la revisión de mi checo. *Tisíceré díky.*

Gracias a mis amigos Tom Stuart & Glenn Rounds

por sus comentarios y apoyo  
y por su gran ayuda en la corrección de mi traducción al inglés.

La frase «Es la época del año en que el amor es más fuerte» corresponde a la primera estrofa de la canción de Rod Argent *Time of the Season (La época del año)*. La canción fue interpretada por su grupo, The Zombies, en 1968 y al año siguiente se convirtió en un éxito.

Título original: *Min bror och hans bror*

© Håkan Lindquist, 2002

© Editorial EGALES, S.L. 2012

Cervantes, 2. 08002 Barcelona. Tel.: 93 412 52  
61

Hortaleza, 62. 28004 Madrid. Tel.: 91 522 55  
99

[www.editorialesgales.com](http://www.editorialesgales.com)

ISBN: 978-84-15574-38-5

© Fotografía de portada: Howard Roffman

© Traductora: Raquel Vázquez Ramil

Maquetación: Cristihan González

# Notas

[1]. Nota de la Traductora: La fiesta de Santa Lucía tiene gran tradición en Suecia. Se celebra la noche más larga del año. El día 13 de diciembre por la mañana las niñas se visten de *Lucia* (túnicas blancas con coronas de siete velas) y los niños de *stjämgostrar* (sombrosos puntiagudos decorados con estrellas), en las familias se hacen pastelillos de jengibre y se reparten mientras se cantan cantos tradicionales.

